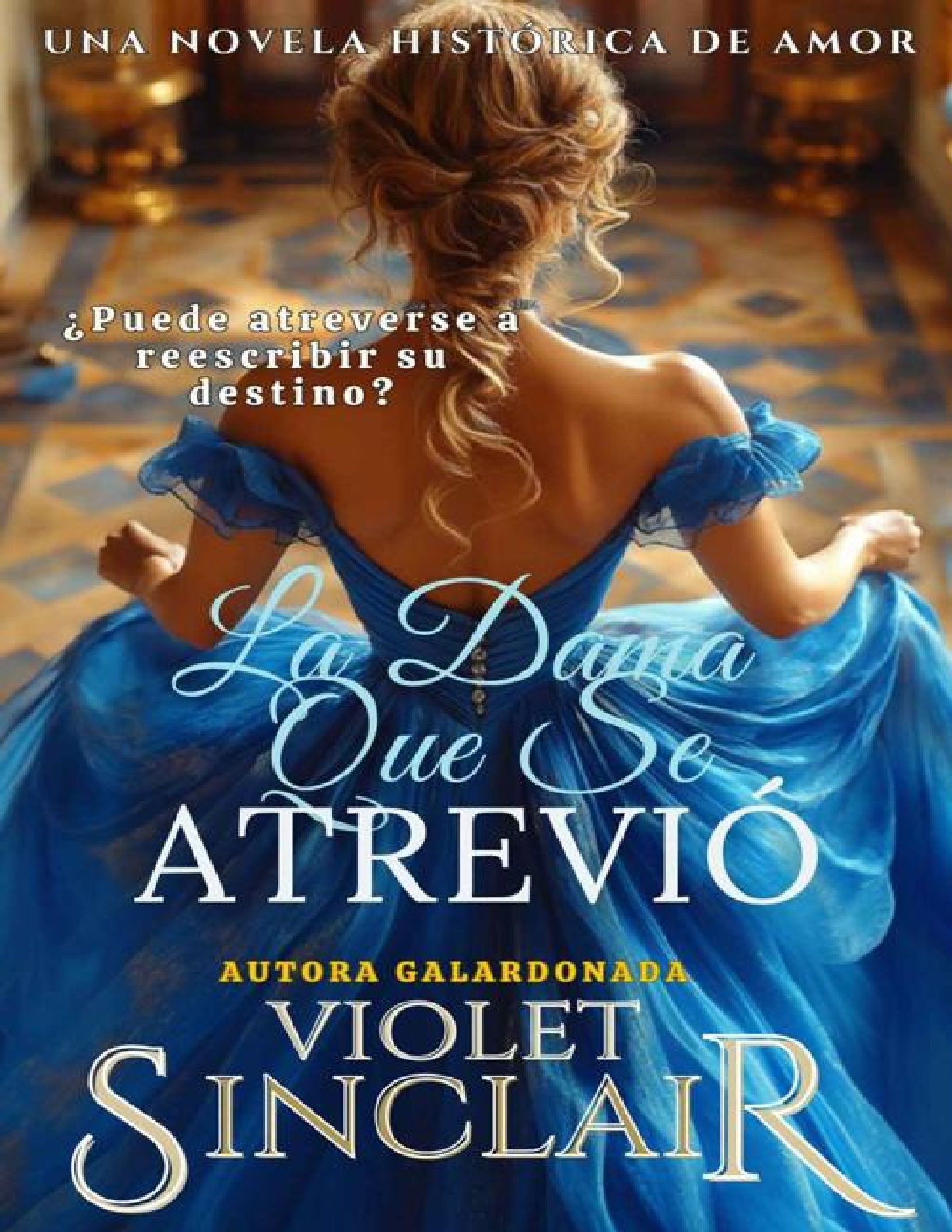

UNA NOVELA HISTÓRICA DE AMOR
¿Puede atreverse a reescribir su destino?
La Dama Que Se ATREVIÓ
AUTORA GALARDONADA
VIOLET SINCLAIR

La dama que se atrevió

Violet Sinclair

BiCoastal Publications, LLC

Derechos de autor © 2024 por Violet Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Contents

Prólogo

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Chapter 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

Epílogo

About Violet Sinclair

Also by Violet Sinclair

Prólogo

La mansión Harcourt se erguía contra el pálido cielo, una reliquia del reinado de Enrique VIII, sus muros de piedra desgastados por siglos de secretos y vientos suspirantes. Generaciones de Harcourts habían vivido y muerto dentro de estos pasillos, sus historias grabadas en los corredores llenos de corrientes de aire.

Ahora, Lady Juliette Harcourt estaba de pie en el camino de grava, el viento frío cortando a través de su fino chal y mordiendo su piel como una reprimenda. La grava crujía bajo sus botas, anclándola mientras el viento helado atravesaba su chal.

Se detuvo, la vacilación atrapándola a medio paso. La grava crujió bajo sus botas, anclándola mientras el viento helado atravesaba su chal.

Durante meses después de la muerte de Charles, había evitado volver a entrar en la casa tanto como pudo soportar, como si las paredes mismas fueran cómplices de los silencios que habían llenado su matrimonio. Pero ahora, con su decisión tomada y su propósito claro, se recordó a sí misma que ya no necesitaba temer la fría bienvenida de la mansión.

Eres la señora aquí, Juliette, pensó, levantando la barbilla e infundiendo fuerza a sus miembros. Ya no había lugar para la vacilación.

Con gracia deliberada, subió los escalones y asintió una vez al lacayo que esperaba. Él abrió la pesada puerta de roble, el chirrido de las bisagras sonando como un gemido de descontento. Sus ojos se encontraron con los de ella con una leve curva conocedora en la comisura de su boca, una mirada que había llegado a esperar desde la muerte de Charles. Juliette apartó la mirada, decidida a no mostrar el escalofrío que le recorría la espalda. El aire frío la siguió dentro, persistiendo en sus faldas como si fuera reacio a dejarla ir.

Entró, el vestíbulo tan grandioso y frío como lo recordaba. Las sombras se acumulaban en las esquinas, suavizadas solo por el resplandor de un fuego que ardía bajo en la chimenea. Olía a

humo y roble envejecido, un recordatorio de que la casa misma estaba tan cansada como ella. El lacayo se quedó rezagado, sus ojos siguiéndola mientras se movía hacia la imponente escalera. Su vestido de luto —negro sin alivio, encargado apresuradamente después de la muerte inesperada de Charles— susurraba contra la madera pulida de los balaustres. Le quedaba mejor que cualquier vestido que poseía, ajustado a su ligera figura y realzando una juventud que parecía casi incongruente con su condición de viuda.

El corazón de Juliette dio un pequeño y desafiante vuelco ante la realización. *Aún hay vida en mí*, pensó, incluso si el matrimonio era una puerta cerrada que nunca volvería a abrir.

Los ojos del lacayo le quemaban la espalda, y ella enderezó su postura, cada paso deliberado mientras ascendía. No les daría motivos para pensar que tenía miedo, incluso si sus sonrisas cortaban tan afiladamente como el viento exterior.

Un rayo de pálida luz solar se filtraba a través de una alta ventana, proyectando sombras sobre los retratos que bordeaban la galería. Los ojos pintados parecían seguirla mientras pasaba.

Los antepasados de su marido. Los guerreros, las damas, los hombres de mirada acerada que alguna vez habían comandado ejércitos o susurrado secretos al oído de los reyes. Había estudiado sus expresiones a menudo, tratando de leer las historias encerradas en ellas, pero hoy parecían solo burlarse de ella.

Lady Juliette Harcourt entró en el salón y dejó que la pesada puerta se cerrara tras ella, el clic del pestillo fue un alivio. La habitación era uno de los pocos espacios que había reclamado como propio, con su vista a los jardines salvajes y enmarañados que había pasado el último año cuidando. Se sentó en el bastidor de tambor, sus dedos moviéndose hacia la aguja y el hilo, aunque solo fuera para ocupar sus manos.

Un golpe en la puerta la sacó de su concentración. Fue el sonido brillante de la juventud lo que siguió, cuando Livinia Pembroke entró en la habitación, sus ojos brillantes de emoción.

—¡Jules, aquí estás! —La voz de Livinia estaba llena de emoción.

Juliette esbozó una leve sonrisa.

—Me habrías encontrado antes si hubieras pensado en buscar en los jardines.

La boca de Livinia se abrió, incrédula.

—¿Con este tiempo? Realmente estás loca, Jules. Déjame ver tus zapatillas. ¿Están húmedas? Te juro que vas a coger un resfriado, ¿y entonces dónde estaré yo?

La sonrisa de Juliette se volvió irónica.

—Me temo que hay destinos peores que las zapatillas húmedas.

Livinia, imperturbable, se dejó caer en el sofá con toda la gracia casual de una chica que aún no había conocido el verdadero peso de la pérdida. Los cojines suspiraron bajo su ligera figura, su vibrante presencia suavizando momentáneamente la atmósfera sombría de la habitación.

—Aun así, no me gusta. Has estado tan diferente desde... —Se detuvo, mordiéndose el labio, su mirada desviándose hacia la seda oscura del vestido de Juliette—. Desde que todo cambió.

Los dedos de Juliette se detuvieron en el bordado. La aguja tembló entre sus dedos por el más breve de los momentos antes de que forzara su mano a estabilizarse de nuevo. El silencio se espesó, presionando contra las paredes como una tormenta esperando estallar.

—Vivir en el pasado no ayuda a nadie, Vinni. Debemos mirar hacia adelante.

—Eres increíblemente valiente —dijo Livinia, la admiración suavizando su voz. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas mientras se inclinaba hacia adelante, sus manos aferrándose al borde del sofá—. Desearía poder ser más como tú, Jules. Siempre pareces tan segura... tan fuerte. —Luego, más vacilante—: Los sirvientes dijeron que el señor Blackwood se marchó esta mañana. ¿Es cierto?

—Buen viaje —añadió Livinia rápidamente, antes de que Juliette pudiera responder. Su expresión se oscureció, sus cejas juntándose en una rara muestra de desafío—. Nunca me gustó. Siempre miraba demasiado, y no de la manera educada en que se supone que los caballeros deben hacerlo.

Juliette permitió una sonrisa tensa.

—Sí, es cierto. Me aseguré de que tuviera el mejor carruaje y caballos.

—¿Por qué te molestas, después de todo? —preguntó Livinia, frunciendo el ceño. Sus manos se retorcían nerviosamente en su regazo, arrugando la delicada tela de su vestido—. Si yo fuera tú, lo habría enviado lejos sin nada más que la ropa que llevaba puesta.

—Porque era lo correcto —dijo Juliette, aunque su voz era cortante. Tomó su bordado de nuevo, pero sus movimientos eran rígidos, como si sus manos trabajaran contra su voluntad. El último año le había enseñado que hacer lo correcto a menudo costaba más de lo que daba.

La mirada de Livinia persistió, escudriñando.

—Pero ahora que se ha ido... ¿qué haremos?

Juliette dejó su bordado y miró a Livinia a los ojos, los suyos resueltos.

—He decidido que venderemos la mansión.

Los ojos de Livinia se agrandaron, con la incredulidad grabada en su expresión. Sus labios se separaron como para protestar, pero no salió ningún sonido. En su lugar, sus manos volaron a su boca, su incredulidad era palpable.

—¿Vender Harcourt Manor? Pero ha estado en la familia durante siglos. ¿Puedes siquiera hacer eso?

—Sí, puedo, y lo haré —dijo Juliette, su voz firme con una decisión que había tardado meses en solidificarse—. Sir Edmund Fairfax me habló después del funeral de Charles. Expresó su interés si alguna vez decidiera deshacerme de ella.

—¿Ese magistrado pomposo? —se burló Livinia, cruzando los brazos—. Me sorprende que siquiera le hables después de que prácticamente te acusó durante la investigación.

La mandíbula de Juliette se tensó, y un recuerdo amenazó con aflorar: las preguntas inquisitivas de Edmund, la forma en que la había mirado como si buscara culpabilidad. Su pecho se apretó ante el recuerdo, pero forzó su voz a permanecer calmada.

—Era su deber, Livinia. La muerte de Charles fue repentina, y había que responder preguntas. No es culpa de Sir Edmund que las respuestas no satisficieran todas las lenguas.

Livinia frunció los labios, aún sin convencerse.

—Pero ¿adónde iremos, Jules? ¿A una de las cabañas?

—No —dijo Juliette, su voz suavizándose mientras se movía hacia la ventana y miraba el paisaje salvaje más allá—. Nos vamos a Londres.

—¿Londres? —la voz de Livinia se quebró, la incredulidad luchando con la emoción. Saltó de su asiento, agarrando el borde del sofá como para estabilizarse—. ¿Hablas en serio?

Juliette se volvió, una sonrisa poco común elevando sus facciones.

—Sí, Vinni. Lo he pensado mucho. Vas a tener una Temporada.

—¿Una Temporada? —las manos de Livinia volaron a su boca, con los ojos abiertos de asombro. Su emoción se desbordó en una risa nerviosa, pero vaciló cuando la duda se infiltró—. ¿Cómo podríamos posiblemente manejar eso? No tenemos conexiones, ni familia en la ciudad. Incluso como Lady Harcourt, tú...

Juliette cruzó la habitación y se sentó junto a su hermana, tomando sus manos.

—Me tienes a mí, Vinni, y eso será suficiente. Tomaremos una casa en Mayfair, encargaremos vestidos dignos de una debutante, y asistiremos a todos los eventos que valgan la pena. Tendrás la oportunidad de hacer un matrimonio que asegure tu futuro.

La sonrisa de Livinia tembló, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

—¿Pero qué hay de ti, Juliette? No puedes querer decir que permanecerás viuda para siempre.

Los ojos de Juliette se endurecieron, su voz bajando a un susurro. El peso de su decisión se asentó en su pecho como una piedra.

—Así es. No habrá un segundo matrimonio para mí, Livinia. Mi preocupación eres tú, tu felicidad, tu seguridad. Eso es todo lo que importa ahora.

La luz del fuego parpadeó, reflejándose en los planos suaves del rostro de Juliette, revelando la resolución que se había convertido en su armadura. Livinia tragó saliva, su emoción templada por la preocupación.

—Si crees que es posible, entonces confío en ti. Pero ¿qué hay de los sirvientes? ¿Los despedirás a todos?

Juliette se puso de pie, sus faldas negras arrastrándose como sombras mientras caminaba.

—Se quedarán bajo el cuidado de Sir Edmund. Solo llevaré lo que necesitemos. Lydia no vendrá con nosotras; fue nombrada por Charles, y es hora de que elija una doncella que entienda las modas y las exigencias de Londres.

—Has cambiado tanto, Jules —dijo Livinia, observando a su hermana con ojos grandes.

—Sí —dijo Lady Juliette Harcourt, su voz firme e inflexible—. Mucho más de lo que te das cuenta.

Caminó hacia el cordón de la campana y llamó para pedir té; el sonido resonó como una proclamación.

—Ahora, querida, planearemos. Londres nos espera, y no la haremos esperar.

Capítulo 1

El Teatro Drury Lane resplandecía bajo el brillo de las arañas, cuya luz se reflejaba en las molduras doradas y el latón pulido. Los aromas entremezclados de cera y perfume flotaban en el aire, cargados de anticipación.

Desde el foso hasta la galería, el gran teatro estaba repleto con la élite más elegante de Londres, todos ansiosos por ver a la célebre soprano, Isabelle Montclair, en su aclamado papel de Ofelia. Un murmullo de conversación recorría la multitud, interrumpido ocasionalmente por una explosión de risas o el crujido de un vestido de seda.

En un palco prominente que dominaba tanto el escenario como los espectadores, la Condesa de Winterbourne se sentaba flanqueada por un séquito de las socialités más exigentes de Londres. Vivienne Fairchild, resplandeciente en seda azul zafiro profundo adornada con plata, golpeaba sus labios con su abanico de marfil elegantemente tallado, sus ojos tan afilados como el filo de la espada de un duelista.

—El viejo Kingsley anda tras Lady Radcliffe otra vez —comentó Vivienne con un giro sardónico de sus labios—. ¿Acaso ese tonto nunca se cansará de perseguir a su cuarto marido?

Los acompañantes de la condesa estallaron en carcajadas, liderados por Lord Carlingdale, un dandy notorio de rizos dorados y afición por los chalecos brillantes.

—Ah, el apetito de Lady Radcliffe por el matrimonio solo es rivalizado por su pasión por el escándalo —bromeó—. Uno se pregunta si envía invitaciones grabadas para tales actividades.

Los ojos de Vivienne, astutos y brillantes de diversión, recorrieron la extensión dorada del teatro.

—Hablando de invitaciones —dijo con voz arrastrada—, ¿alguien vio el peinado de Arabella esta noche? Podría pasar por la mismísima Torre de Babel. Espero ver pájaros anidando en él para el primer acto.

El grupo se deshizo en risas mientras algunas cabezas se giraban discretamente para localizar a Arabella y su maravilla arquitectónica capilar. La mirada de Vivienne, aguda como siempre, vagó por los palcos, deteniéndose cuando captó un destello de seda negra y diamantes que brillaban como estrellas cautivas. Su abanico se detuvo a medio golpe.

—¿Quién es esa? —exigió, entrecerrando los ojos mientras levantaba su lente de aumento. La seda negra y los diamantes de la mujer sugerían riqueza, pero su porte afilado la distinguía de las debutantes revoloteantes y las matronas presumidas.

—Oh, ciertamente, Lady Winterbourne —dijo Lord Carlingdale, moviéndose para obtener una mejor vista. La estrechez de sus pantalones lo obligó a inclinarse, incapaz de sentarse correctamente—. ¿Se refiere a la visión de negro, sin duda? Exquisita, ¿no es así?

—No tengo ni idea de quién es —admitió Lady Eleanor Fairfax, que se sentaba precariamente bajo una torre tambaleante de rizos empolvados—. Pero pagaría una fortuna por averiguarlo.

Los ojos oscuros de Vivienne brillaron, la irritación ardiendo ante el misterio.

—Imposible que no la conozca —murmuró, abriendo su abanico con un chasquido agudo—. Esos diamantes hablan de título, no de comercio.

Lord Carlingdale suspiró dramáticamente.

—Mi querida condesa, sus diamantes son más magníficos, naturalmente.

—Por supuesto —respondió Vivienne secamente, aunque una sonrisa astuta jugaba en sus labios—. Aun así, debo admitir que estoy intrigada.

Sus acompañantes intercambiaron miradas, inseguros de si reír o murmurar en acuerdo. Algunos lograron hacer ambas cosas, sin mucho entusiasmo.

—Ah, pero yo les llevo un paso de ventaja a todos —anunció Lord Winterbourne mientras entraba en el palco con la facilidad de un hombre acostumbrado a comandar la atención. Vestía un brocado borgoña profundo, un pañuelo bordeado de encaje asomando de su bolsillo mientras tomaba una generosa pizca de rapé.

Vivienne dirigió su mirada penetrante hacia él, arqueando una ceja.

—Podría haber adivinado que, cuando se trata de un nuevo rostro atractivo, ya habrías hecho el trabajo de campo, Edgar. ¿Ya tienes el plano de su alcoba memorizado, o te daremos hasta el intermedio?

Sus acompañantes rieron, uno de ellos —un caballero con una peluca empolvada ligeramente torcida— casi derramando su vino. Lord Winterbourne, sin inmutarse en absoluto, presionó su pañuelo bordeado de encaje contra sus labios en una pantomima de modestia.

—Todavía no, querida, pero la noche es joven —dijo con voz arrastrada, sus ojos brillando con picardía.

—Vamos, Winterbourne —bromeó Lady Eleanor, su precario peinado balanceándose peligrosamente—. Debes decirnos. Todos estamos consumidos por la curiosidad.

Lord Winterbourne fingió un largo suspiro y lanzó una mirada a través del teatro. Sus ojos encontraron a la misteriosa mujer de negro y, por un instante, pareció que ella le devolvía la mirada. Él hizo una reverencia, como era apropiado, pero ella no hizo ningún movimiento, ni siquiera el más mínimo parpadeo de reconocimiento.

—Por favor, no nos mantengas en suspenso por más tiempo —instó Lord Carlingdale, inquieto como un hombre al que se le ha negado un jugoso chisme.

Winterbourne levantó una ceja, saboreando la atención.

—Os lo diré, pero solo si acordáis que tengo el primer derecho sobre la dama. ¿Caballeros?

Los hombres intercambiaron miradas, sonriendo conspiradoramente.

—De acuerdo, pero tendrás que adelantarte al resto del *ton*, viejo —dijo Lord Warrington, conteniendo una sonrisa—. ¿Qué tiempo tendrá para un viejo libertino como tú?

Los ojos de Vivienne brillaron con diversión detrás de su abanico.

—En efecto, Edgar, para mañana por la mañana, cada soltero elegible de Londres estará a su puerta. ¿Qué uso tiene ella para ti, que debes confiar en el rouge y la adulación para mantener tu apariencia?

Winterbourne presionó su mano contra su pecho en fingida ofensa.

—No todos comparten tu evaluación mordaz, Vivienne.

—Tonterías. Simplemente soy honesta, y ambos lo sabemos —replicó ella, golpeando pensativamente el abanico contra sus dientes.

—Oh, muy bien —cedió él, fingiendo aburrimiento mientras se reclinaba—. La dama, mis amigos, no es otra que Lady Juliette Harcourt, viuda de Sir Charles Harcourt.

Una ola de sorpresa recorrió el grupo, los ojos se ensancharon mientras observaban a la elegante mujer al otro lado del teatro.

—Tan joven para ser viuda —dijo Lady Eleanor con un jadeo exagerado.

Los ojos de Winterbourne se posaron en ella con irritación. —Eliza, si tienes que interrumpir, al menos hazlo con algo que valga la pena decir.

—Te ruego me perdones —rió tontamente, agitando su abanico de una manera que probablemente creía coqueta—. Por favor, continúa.

Winterbourne inclinó la cabeza. —Lady Juliette ha alquilado una casa en Queen Square. Parece que tiene la intención de presentar a su hermana menor en sociedad esta temporada.

Los ojos de Lady Winterbourne se entrecerraron con intriga. —¿Una casa en Queen Square? Debe tener algunos recursos, después de todo.

—En efecto —reflexionó Lord Warrington—, pero ¿alguien conoce a este Sir Charles Harcourt? El nombre no me suena familiar.

—Un miembro de la nobleza rural, quizás —dijo Vivienne con un toque de condescendencia —, pero si realmente es su viuda, será mi obligación visitarla.

Los ojos de su marido brillaron con un deleite apenas disimulado. —Naturalmente, querida, y estoy seguro de que todo Londres seguirá tu ejemplo. Recuerda mis palabras, todas las miradas en este teatro ya están fijas en ella.

Vivienne sonrió detrás de su abanico, una expresión que prometía que ella sería la primera en entablar conocimiento. —Y me encargaré de conocer cada detalle sobre Lady Harcourt para mañana por la mañana.

Lord Carlingdale rió, apurando el último sorbo de su vino. —Entonces está decidido. Sospecho que esta velada no será recordada por la actuación de Isabelle Montclair, sino por el debut de nuestra enigmática viuda.

Las arañas de luces se atenuaron cuando la orquesta comenzó su obertura, pero los ojos de Vivienne se demoraron en el palco de Juliette Harcourt, con una curiosidad que ardía tan brillantemente como los diamantes en su garganta.

—Sí —susurró para sí misma mientras las primeras notas de música se elevaban—. Esta será realmente una velada de lo más entretenida.

***

Livinia Pembroke se inclinó hacia adelante, con los ojos muy abiertos mientras absorbía las relucientes figuras envueltas en sedas y joyas. Las arañas de cristal proyectaban un resplandor dorado, iluminando a la multitud murmurante. El aroma de las velas de cera de abeja se mezclaba con el fuerte olor de los perfumes, creando un ambiente cargado tanto de elegancia como de expectación.

—¡Oh, Jules, esta es la noche más emocionante de mi vida! —susurró, apenas pudiendo contener su alegría. El brillo en sus ojos rivalizaba con los diamantes que adornaban el cuello de su hermana.

Lady Juliette Harcourt lanzó una mirada cómplice a su hermana menor, con una leve sonrisa curvando sus labios. El peso de los diamantes en su garganta se sentía más pesado esta noche.

No era la primera vez que los llevaba, pero su presencia servía como un recordatorio: estaban destinados a deslumbrar ahora y a sostenerla después. —Puede que lo sea, querida, pero recuerda: la emoción es para el escenario. Aquí, debemos exudar nada más que tedio, o al menos, un leve interés.

Livinia ahogó una risita detrás de su abanico. —¿Absoluto aburrimiento? Jules, ¿cómo puedes estar tan tranquila? ¡Las mismas paredes parecen zumbar con comentarios sobre nosotras! Y la idea de que somos más un espectáculo que la misma *Isabelle Montclair*... bueno, me moriría si me permitiera pensar en ello demasiado tiempo.

Los ojos oscuros de Juliette brillaron con un toque de picardía. —¿Y por qué no? No deberíamos esperar menos. Esta es nuestra primera noche fuera, después de todo, y me aseguré de que no pasáramos desapercibidas. —Su voz transmitía una facilidad que enmascaraba las horas dedicadas a asegurar que la apariencia de esta noche lograra exactamente este efecto. Todo, desde el corte de sus vestidos hasta las joyas que brillaban en su garganta, era parte de un plan cuidadosamente orquestado. Se inclinó más cerca—. No asumas que todos los ojos están puestos en mí. El joven caballero a nuestra izquierda no ha apartado la mirada de ti durante un cuarto de hora.

Las mejillas de Livinia se tornaron de un encantador tono rosado, y se atrevió a mirar, solo para bajar los ojos con una tímida sonrisa. —Nunca imaginé que algo pudiera ser tan emocionante —susurró.

—Esto es solo el comienzo, Vinni —dijo Juliette, extendiendo la mano para colocarla suavemente sobre los dedos temblorosos de su hermana—. Este es el primer paso de muchos. Pronto, habrá innumerables oportunidades para que conozcas a hombres de riqueza y buena cuna, hombres que serán excelentes maridos.

La risa de Livinia, suave y dulce, revoloteó detrás de su abanico. —Oh, Jules, ¡no sabría ni qué decirles!

La sonrisa de Juliette se profundizó, con un toque de indulgencia. —Una sonrisa y un asentimiento gracioso serán suficientes por ahora. Créeme, eso es todo lo que la mayoría de ellos requerirán.

La mirada de Livinia se suavizó, adquiriendo una cualidad soñadora. —He soñado con este momento durante tanto tiempo, pero nunca pude imaginarlo siendo tan... perfecto.

La mano de Juliette se detuvo, el brillo de los diamantes captando la tenue luz. —Ruego que tus sueños sigan siendo tan dulces como esta noche, querida.

—¿Cómo podrían no serlo? —dijo Livinia, con la voz rebosante de felicidad—. Todo es incluso más maravilloso de lo que había imaginado.

La mirada de Juliette cambió, y una sombra de pensamiento pasó por su rostro. —Deberíamos haber tomado una casa en Mayfair —dijo, casi para sí misma.

—Pero, Mayfair o no, nuestra casa en Queen Square es la más hermosa que he visto jamás —dijo Livinia, con un toque de confusión nublando su alegría—. Es preciosa, Jules.

—Verás casas mucho más finas dentro de poco —le aseguró Juliette, con un filo frío de determinación en sus palabras.

Antes de que Livinia pudiera responder, avistó a una mujer con una peluca tan alta que parecía a punto de caerse con cada giro de su cabeza. La mirada de la dama era aguda, sus ojos brillaban con cálculo mientras escudriñaban su palco. —Jules, ¿quién es esa? Parece como si pudiera comandar ejércitos, y nos mira como si le hubiéramos robado sus esmeraldas de la corona.

Los ojos de Juliette siguieron los de Livinia y se fijaron en el formidable semblante de Lady Winterbourne. Sintió el peso de esa mirada, una fuerza tangible que le provocó un escalofrío en la piel. —No tengo idea, pero parece que es alguien a quien estamos destinadas a conocer.

—Tus diamantes, Jules. Yo nunca podría lucir tan elegante, sin importar el vestido. —Los ojos de Livinia se posaron en Juliette, con admiración mezclada con asombro—. Siempre fuiste tan hermosa, incluso antes de Sir Charles, pero ahora, con la habilidad de Paula para arreglar tu cabello y vestido... oh, podrías ser la envidia del *ton*.

Juliette rió suavemente, un sonido que no llegó del todo a sus ojos. —Me halagas, Vinni. Londres está lleno de bellezas, algunas de las cuales están aquí esta noche, te lo aseguro. Pero Paula es un tesoro, y tuve la suerte de encontrarla cuando lo hice.

El murmullo bajo del teatro cambió cuando la orquesta tocó la primera nota, señalando el inicio de la función. Las conversaciones se apagaron, pero el crujir de las sedas y las ocasionales carcajadas desde el foso continuaron sin cesar. El palco de Juliette, sin embargo, seguía siendo el centro de atención de más de unas cuantas miradas persistentes y especulaciones susurradas.

Mientras se alzaba el telón, Juliette sintió la presión de la mirada del teatro, una promesa silenciosa de que su aparición esta noche era solo el comienzo de una tormenta aún por venir.

***

Madrugadoras por costumbre, Juliette y Livinia estaban despiertas antes que la mayoría de Londres la mañana siguiente a su debut en Drury Lane. La luz temprana del sol que se filtraba a través de las cortinas de encaje de su casa alquilada en Queen Square tenía una calidad dorada y nítida, atrapando la escarcha que se aferraba obstinadamente a los cristales de las ventanas. El

aire en el comedor llevaba el tenue aroma del té recién hecho y los bollos calientes mientras las hermanas compartían una comida tranquila.

—Jules, todavía no puedo creer que estuviéramos *allí*, en medio de todo ese esplendor —dijo Livinia, con un brillo en los ojos mientras mordisqueaba un delicado trozo de tostada—. Dudo que alguna vez olvide la noche pasada.

Juliette sorbió su té, la taza de porcelana calentando sus dedos. —Londres está llena de esplendor, Vinni. Drury Lane es solo el comienzo.

La emoción de Livinia pareció desbordarse mientras alcanzaba una fresa fresca, sus dedos demorándose en la delicada fruta. —¡Pero todos nos estaban mirando! Debes haber visto sus caras. Éramos más interesantes que la actuación misma.

Los ojos oscuros de Juliette brillaron por encima del borde de su taza de té. —Me decepcionaría si no lo fuéramos, querida. Mi intención era que fuéramos tema de conversación.

Livinia dejó su fresa, olvidándola momentáneamente. —A veces, Jules, realmente creo que eres parte bruja. ¿De qué otra manera podrías hacer que la gente se doblegue tan fácilmente a tu voluntad?

Una lenta sonrisa curvó los labios de Juliette. —El truco, mi querida, es no mostrar cuánto te importa que lo hagan. La indiferencia es la herramienta más poderosa que tiene una mujer.

Livinia sacudió la cabeza, la admiración en su rostro era genuina. —Nunca aprenderé a ser indiferente, Jules. Estaba demasiado emocionada por la atención.

Juliette rió suavemente, un sonido cálido y raro que llenó la habitación como la luz del sol. —Entonces debemos practicar. Londres es un escenario, Livinia, y cada uno de nosotros interpreta un papel.

Después del desayuno, las hermanas emprendieron su habitual salida matutina. El carruaje rodó por Oxford Street, la multitud temprana bullía con vendedores y clientes adinerados. El aire era cortante con el frío de la primavera temprana, y el aroma de los caballos y el pan fresco se mezclaban de una manera que era única de Londres.

Livinia se asomó, con los ojos brillantes mientras observaba los escaparates de las sombrererías y joyerías. —Me siento bastante culpable, Jules —admitió, su voz teñida de genuina preocupación—. Hemos gastado una pequeña fortuna del dinero de Sir Charles desde que llegamos.

Juliette se recostó contra los cojines azul profundo de su elegante carruaje nuevo, las comisuras de su boca curvándose hacia arriba. Los diamantes que habían atraído tantas miradas anoche pronto desaparecerían, y con ellos, el último ancla tangible de su vida anterior. Aun así, había

valido la pena. Si una fachada brillante era lo que se necesitaba para asegurar el futuro de Livinia, la puliría hasta el final. —Si Charles estuviera aquí, diría que no habíamos gastado lo suficiente. Nunca fue alguien que se negara algo a sí mismo. Tranquilízate, Vinni. Hacemos lo que debemos.

Regresaron a Queen Square cuando las campanas de la iglesia marcaban la hora, su alegre repique resonando a través de las estrechas calles. El jefe de lacayos, Timmons, las recibió en la puerta, su expresión marcada por la neutralidad practicada de alguien que había visto más que su parte justa de los dramas de la sociedad.

—Mi señora, varios visitantes llamaron mientras estaban fuera —informó a Juliette, sosteniendo una bandeja de plata con una pulcra pila de tarjetas de visita.

Juliette se quitó el sombrero, sus rizos oscuros saltando libres, y se lo entregó a la doncella que esperaba. —Déjame ver esas —dijo Livinia, arrebatando las tarjetas con la ansiedad de un niño en la mañana de Navidad. Sus ojos se agrandaron mientras escaneaba los nombres—. ¡Jules, mira! ¡Invitaciones de Sir Gregory, Lady Harwicke... y una fiesta en casa de los Winterbourne en Manchester Square!

Juliette arqueó una ceja, su expresión serena frente a la creciente emoción de su hermana. —No es más de lo que esperaba, querida. Causamos bastante revuelo anoche. Las invitaciones se volverán tan frecuentes como los chismes en esta ciudad.

Capítulo 2

¿Cómo puedes estar tan tranquila, Jules? Es como si todo Londres estuviera a punto de invadir nuestra sala —preguntó Livinia, con los ojos abiertos de par en par, mezclando asombro y nerviosa anticipación—. Cualquiera diría que lo planeaste todo desde el principio.

La sonrisa de Juliette tenía un toque de picardía. La sonrisa de Juliette se volvió astuta.

—En cierto modo, lo hice. ¿Por qué asaltar las puertas de la sociedad cuando un suave empujón las abre?

—Eres una pícara intrigante, Jules —dijo Livinia, sacudiendo la cabeza con fingida exasperación—. ¡Y pensar que ni siquiera estábamos en casa cuando vinieron!

Los dedos de Juliette rozaron una de las tarjetas, entrecerrando los ojos pensativamente.

—Precisamente ese es el punto, Vinni. No estar aquí solo ha avivado aún más su interés.

La risa de Livinia resonó, pero un ceño fruncido de preocupación la interrumpió.

—Las aceptarás, ¿verdad? Las invitaciones, quiero decir. No planeas rechazarlas, ¿o sí?

Los ojos de Juliette se suavizaron, un destello de calidez atravesó su habitual compostura.

—Sí, asistiremos a todas y cada una. Pero no hay nada de malo en añadir un poco de misterio mientras tanto.

Livinia miró a su hermana, con una repentina y renovada admiración en su mirada.

—Podrías ser duquesa si te lo propusieras.

La risa de Juliette fue rica, pero una sombra cruzó sus facciones mientras alcanzaba la mano de su hermana.

—Me conformo con verte ascender tan alto como una duquesa, Vinni.

Antes de que Livinia pudiera responder, Timmons regresó, sosteniendo una tarjeta con bordes dorados con la reverencia que uno podría mostrar ante un mensaje real.

—Mi señora, el Conde de Winterbourne suplica un momento de su tiempo.

Los ojos de Juliette brillaron con diversión mientras tomaba la tarjeta, golpeándola pensativamente contra su muñeca.

—Me pregunto qué clase de pavo real será este.

—Quizás no sea un petimetre —dijo Livinia, con los ojos abiertos de especulación—. Podría ser el caballero que nos observaba desde el palco contiguo.

Juliette arqueó una ceja, pero sus labios se curvaron en una media sonrisa cuando Timmons añadió:

—Su señoría aguarda su beneplácito, mi señora.

—Hazlo pasar —dijo Juliette, levantándose con gracia—. Veamos qué quiere el Conde.

Livinia contuvo la respiración mientras susurraba:

—¿Qué diremos, Jules? Estoy segura de que haré el ridículo.

—Deja que hable primero, Vinni —dijo Juliette, echando un vistazo por encima del hombro—. Todo lo que tenemos que hacer es responder.

La habitación se quedó en silencio cuando el lacayo abrió la puerta. El Conde de Winterbourne entró, resplandeciente en brocado borgoña, su rostro empolvado marcado con varios lunares de belleza que rayaban en lo ostentoso. Se inclinó en una reverencia tan baja que parecía un milagro que no se cayera.

—Lady Harcourt, me honra inmensurablemente —dijo, con una voz cargada de una galantería exagerada que insinuaba un coqueteo practicado.

Juliette hizo una profunda reverencia, y Livinia siguió su ejemplo.

—El honor es nuestro, mi lord —respondió Juliette, enderezándose y haciendo un gesto elegante—. Permítame presentarle a mi hermana, la señorita Livinia Pembroke.

La mirada de Winterbourne se posó en Livinia apenas un segundo antes de volver a Juliette, sus ojos brillantes de admiración.

—Encantadora —murmuró, añadiendo con una sonrisa pícara—, y aún más hermosa a la luz del día, Lady Harcourt.

Los ojos de Juliette se bajaron con recato, aunque un destello de diversión se ocultaba bajo sus pestañas.

—Me adula usted, mi lord. Estoy abrumada.

—En absoluto, querida, solo es la simple verdad —respondió, dando golpecitos en su rostro empolvado con un pañuelo bordeado de encaje.

—¿No quiere sentarse con nosotras, Lord Winterbourne? —Juliette señaló una silla, notablemente a unos metros de donde ella y Livinia estaban sentadas.

La decepción del conde fue fugaz mientras se sentaba, escapándosele un leve resoplido al acomodarse.

—Me alegró saber que recibieron nuestra invitación. Es mi más sincera esperanza que ambas asistan a la reunión.

—Acabamos de llegar a Londres, mi lord, así que nuestro calendario aún es bastante flexible —dijo Juliette, con las comisuras de la boca curvándose hacia arriba mientras lo observaba buscar torpemente una pizca de rapé—. Puede estar seguro de que haremos todo lo posible.

Estornudó delicadamente en su pañuelo, parpadeando como si estuviera sorprendido por su propia fragilidad.

—Espléndido. Me atrevo a decir que usted será una sensación, Lady Harcourt. Su presencia hará brillante cualquier reunión.

Juliette inclinó la cabeza.

—Es usted muy amable.

La mirada de Winterbourne se desvió, demorándose en Livinia antes de volver a Juliette, su expresión suavizándose.

—Entiendo que es usted viuda reciente, querida. Mis condolencias.

La sonrisa de Juliette vaciló solo ligeramente.

—Gracias, mi lord. Es una verdad que llevo conmigo.

—Pero es usted tan joven —continuó, con un brillo especulativo en sus ojos—. Estoy seguro de que habrá mucho placer en su futuro.

La mirada de Juliette se endureció imperceptiblemente, aunque su voz seguía siendo suave como la seda.

—Mi atención está centrada en la señorita Pembroke, mi lord.

Winterbourne asintió, claramente eligiendo malinterpretar su significado como un noble desinterés.

—Un sentimiento de lo más admirable.

Juliette se puso de pie, señalando el final de la visita.

—Lord Winterbourne, ha sido un placer, pero me temo que mi hermana y yo tenemos otro compromiso que nos espera.

El conde se levantó con una ligera mueca, su edad traicionándolo en la rigidez de sus movimientos.

—Ah, no las retendré más, Lady Harcourt. Ha sido muy amable al recibirme. Confío en que nos volveremos a encontrar en la reunión, ¿verdad?

Juliette le ofreció una sonrisa que era tan cortés como distante.

—Puede contar con ello, mi lord.

Con una última reverencia —una menos elaborada pero aún puntuada con un floreo—, el Conde de Winterbourne se despidió. Timmons le abrió la puerta, y el eco de sus pasos en el pasillo se desvaneció lentamente en el silencio.

En el momento en que la puerta se cerró, Livinia soltó un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo y se volvió hacia su hermana, con los ojos abiertos de incredulidad.

—Jules, ¿cómo pudiste despedirlo tan tranquilamente? Ese era *el* Conde de Winterbourne. ¡Apenas podía creerlo cuando se sentó frente a nosotras!

Los labios de Juliette se curvaron en una sonrisa irónica.

—La calma es la única manera de manejar a hombres como él, Vinni. Lord Winterbourne es un libertino experimentado, y si queremos prosperar en la sociedad, no debemos parecer demasiado ansiosas. Te aseguro que volverá.

Los ojos de Livinia brillaron con asombro y picardía.

—Fue bastante obvio, ¿verdad? Por un momento pensé que podría llevarte con él.

Juliette se rio, un sonido bajo y melodioso que parecía casi extraño en la habitación. —Ciertamente lo deseaba. Pero tranquila, querida. Puedo manejar a hombres como Lord Winterbourne. Su mirada no tiene poder sobre mí.

—Supongo que tendré que aprender a hacer eso, ¿no es así? —dijo Livinia, con un dejo de incertidumbre en su voz—. Sentarme y hablar sin mostrar lo nerviosa que estoy. Y no sonrojarme como una tonta cada vez que alguien me mire.

Juliette se acercó y tomó las manos de su hermana, apretándolas suavemente. —Lo harás, Vinni, y pronto se convertirá en algo natural.

Livinia asintió, con una nueva determinación formándose en su expresión. —Apenas puedo esperar hasta el martes por la noche y la reunión. ¿Podremos bailar lo suficientemente bien para una multitud así?

—Monsieur Fournier me aseguró que nuestras lecciones fueron ejemplares —dijo Juliette con una sonrisa—. No tienes que temer. Nuestros pasos serán tan graciosos como los de cualquier debutante. Y si no lo son —añadió con un guiño cómplice—, nos reiremos y fingiremos que así lo planeamos.

Livinia soltó una risita, su tensión anterior desvaneciéndose. —Lo haces sonar tan simple.

—Es tan simple como decidir que así será —dijo Juliette. Se puso de pie y miró por la ventana los carruajes que traqueteaban por las calles empedradas. La ciudad zumbaba de vida, una

promesa de las oportunidades y peligros de la temporada—. Ahora, ve a ponerte tu nuevo sombrero azul. Daremos un paseo por Hyde Park para el beneficio de aquellos que no nos vieron anoche en Drury Lane.

Una sonrisa radiante iluminó el rostro de Livinia mientras se ponía de pie de un salto. —Oh, Jules, esta temporada será la más divertida, ¿verdad?

Los ojos de Juliette se suavizaron, una rara vulnerabilidad brillando detrás de su oscura superficie. —Sí, querida —dijo, las palabras cargadas de determinación—. Esta temporada será inolvidable.

Mientras Livinia salía corriendo de la habitación, Juliette permaneció un momento más, la risa y la calidez desvaneciéndose de sus facciones. Miró las tarjetas de visita esparcidas sobre la mesa, sus dedos rozando los bordes dorados. Cada nombre era un potencial aliado, peligro o peldaño para el futuro de Livinia—un recordatorio de todo lo que Juliette debía navegar y soportar.

No, Juliette no tenía intención de dejar que nadie reclamara su corazón o la atara a otro matrimonio. Su resolución estaba fijada, tan firme como los diamantes que brillaban en su garganta. Esta temporada, interpretaría el papel de la ingeniosa viuda, orquestando el triunfo de su hermana mientras mantenía sus propios secretos bajo llave.

Con un profundo suspiro, levantó la barbilla y tocó la campanilla para llamar a Timmons. El juego apenas había comenzado.

Capítulo 3

La gran residencia de Lord y Lady Winterbourne palpitaba de vida, un espectáculo deslumbrante de seda, terciopelo y diamantes bajo el resplandor de cientos de velas. El aire zumbaba con conversaciones, perfumado por agua de rosas y colonias, mientras las melodías de la orquesta se filtraban por la sala. La anticipación crepitaba como electricidad estática, cargada por la presencia de las figuras más prominentes de la alta sociedad.

Juliette Harcourt entró en la sala, su vestido de seda esmeralda susurrando con cada paso. Los diamantes en su garganta y muñecas captaban la luz, proyectando destellos deslumbrantes que atraían todas las miradas. Era consciente de las miradas que la seguían, agudas y especulativas, evaluando a la recién llegada que se había atrevido a cautivar a Londres con una sola aparición en Drury Lane. Una entrada calculada, y estaba dando sus frutos.

A su lado, Livinia Pembroke parecía asombrada y sonrojada, su vestido de brocado crema un modesto contrapunto al brillo de Juliette. Las perlas en su cuello brillaban suavemente, otorgándole un aire de inocencia a su por lo demás luminosa emoción. Los ojos de Livinia recorrieron la sala, grandes y ansiosos. —Jules, todos nos están mirando —susurró Livinia, su voz temblando de emoción.

Los labios de Juliette se curvaron, la sonrisa sin llegar del todo a sus ojos. —Deja que miren, querida. Su curiosidad es nuestra invitación.

El calor de la multitud presionaba contra ellas, el murmullo de voces subiendo y bajando con el tintineo de copas de cristal y el roce de zapatos sobre el mármol. El aire estaba cargado con el aroma de la cera y el tenue matiz ahumado de la chimenea en la habitación contigua, su resplandor proyectando sombras parpadeantes que bailaban sobre la multitud.

Juliette escudriñó la sala, notando los grupos de jugadores de cartas, los bailarines en el salón y las parejas que se inclinaban demasiado cerca en intercambios susurrados. Divisó a Lady

Winterbourne; su imponente figura envuelta en seda carmesí, observándola con los ojos penetrantes de una mujer que resentía no ser el centro de atención. La sonrisa de Juliette se ensanchó por una fracción apenas perceptible; la desaprobación de la condesa era un testimonio del éxito de Juliette.

Lord Winterbourne cruzó la sala como un barco con viento favorable, su abrigo de brocado borgoña profundo rico en bordados, con charreteras doradas relucientes. Llegó al lado de Juliette con facilidad practicada, ofreciendo una reverencia que era más bien un floreo. —Lady Harcourt —murmuró, su voz profunda y suave—, parece que mi velada ha dado un giro favorable.

Juliette encontró su mirada, su expresión educadamente indiferente, aunque una chispa de diversión brillaba en sus ojos oscuros. —Espero que la noche no haya resultado aburrida hasta ahora, milord.

—Ah, pero comparado con su entrada, todo lo demás palidece —dijo él, sus ojos brillando con picardía traviesa. El aroma del rapé se aferraba levemente a él, mezclado con bergamota y cedro —. ¿Me haría el honor de concederme este baile?

El baile ya había atraído espectadores, la pista un lienzo de vestidos que brillaban como joyas. Juliette inclinó la cabeza, dejando que la guiara hacia adelante. La música se elevó, una melodía animada que puso sus pasos en movimiento, y ella se movió con gracia practicada, consciente de cada ojo que la seguía.

—No puedo imaginar por qué se ha mantenido escondida en el campo —dijo Lord Winterbourne, las líneas alrededor de su boca profundizándose con una sonrisa conocedora—. Una mujer con sus encantos debe encontrar Londres mucho más entretenido.

La sonrisa de Juliette era una fachada cuidadosamente construida. —Sir Charles prefería el campo, milord, y yo lo complacía —Las palabras eran suaves, ensayadas. Tenían que serlo. La verdad era un enredo de arrepentimiento y secretos mejor dejados sin tocar.

—Ah, un hombre lo suficientemente sabio como para guardar su tesoro —dijo Winterbourne, su voz baja—. Pero seguramente el atractivo de la ciudad la mantendrá alejada de huir al campo, ¿no es así?

Sus pasos vacilaron imperceptiblemente, un destello de algo cruzando su rostro antes de que forzara una sonrisa serena de vuelta en su lugar. —La Mansión Harcourt contiene demasiados recuerdos tristes —dijo, cada palabra cargada. El tenue aroma a jazmín de su cabello le hizo cosquillas en los sentidos, un recordatorio del toque hábil de Paula esa mañana.

Para su sorpresa, la expresión de Winterbourne se suavizó, sus ojos empañándose como si estuviera atrapado por la emoción. —Mi pobre y querida dama.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, a pesar del calor de la sala abarrotada. La simpatía practicada del Conde de Winterbourne se sentía tan hueca como un escenario de teatro. —La temporada aún es joven, milord. Livinia y yo tenemos la intención de disfrutarla plenamente —dijo, inclinando la cabeza justo así, atrayendo la luz sobre la línea de diamantes en su clavícula.

Sus ojos se demoraron allí un momento demasiado largo antes de que riera, la máscara de emoción deslizándose de vuelta a una frivolidad encantadora. —Y así será. Me alegra oírlo.

Los ojos de Juliette se desviaron hacia Livinia, cuyas mejillas estaban rosadas de emoción mientras hablaba animadamente con su pareja —un joven con una sonrisa cálida y fácil y rizos castaños rojizos. Era apuesto de una manera que no era ostentosa, y por eso, estaba agradecida.

Notando su mirada, Winterbourne se inclinó más cerca, su aliento cálido en su oído. —Ah, el joven señor Fairburn ha captado la atención de la señorita Pembroke. Un buen partido, aunque no demasiado abrumado por la riqueza. Pero sus conexiones con los Devonshire le otorgan cierto crédito.

El nombre envió una ola de tensión por su espina dorsal, pero mantuvo su voz firme. —¿Los Devonshire? ¿Está seguro?

—Completamente. Su madre era una prima. Ahora es hijo de un vicario, con poco más que una herencia de modales y encanto —Tomó una pizca de rapé y sacudió los restos de su abrigo—. Pero no se preocupe, Lady Harcourt. La alta sociedad está llena de hombres elegibles ansiosos por cortejar a su hermana.

—Y quizás a su hermana también —añadió, con los ojos encendidos de especulación.

La sonrisa de Juliette se enfrió un grado. —No tengo intención de volver a casarme, milord.

Él rio, sin sentirse en absoluto disuadido. —Ah, un desafío. Solo la hará más codiciada, se lo aseguro.

Antes de que pudiera responder, una figura apartada de la multitud llamó su atención. Se apoyaba contra la pared lejana, con los brazos cruzados y los ojos oscuros como la medianoche, observándola con fría indiferencia. El resto de la sala pareció difuminarse, la luz de las velas atenuándose mientras ella sostenía aquella mirada imperturbable. No llevaba peluca ni maquillaje, su cabello recogido con una simple cinta negra, y su ropa, aunque impecablemente confeccionada, carecía de ornamentos.

El calor en su pecho se intensificó, una curiosa emoción recorriendo sus venas. Logró esbozar una sonrisa tentativa, tanteando el terreno. Su rostro permaneció impasible, pero un destello de algo —quizás un reconocimiento— cruzó sus ojos antes de volver a una mirada indiferente.

—¿Lady Harcourt? —La voz de Winterbourne fue un ancla que la trajo de vuelta al presente —. ¿Puedo escoltarla a la cena?

Juliette parpadeó, obligándose a apartar de su mente aquel curioso encuentro.

—Sería un honor, mi lord —dijo, recuperando el aplomo en su voz.

Mientras Winterbourne la guiaba entre la multitud, los murmullos les seguían, arrastrándose tras ellos como una sombra. Captó la mirada de acero de Lady Winterbourne, más fría que los diamantes en su garganta, y la enfrentó directamente, una silenciosa declaración de guerra. Cualesquiera que fueran los juegos que la sociedad pretendiera jugar, Juliette estaba lista.

Pero mientras la mirada del misterioso hombre persistía en su mente, Juliette se obligó a recordar que él no tenía importancia. Su propósito en Londres era claro: asegurar el futuro de Livinia, y no podía permitirse distracciones.

***

Juliette se agitaba bajo el peso de los oscuros sueños que se aferraban a ella como un sudario, el sudor frío goteando por su cuello mientras luchaba por escapar de su agarre. La cama con dosel, elegante y vasta, parecía cerrarse a su alrededor, haciéndola sentir increíblemente pequeña. Imágenes fragmentadas se agudizaron: la voz acusadora de Sir Charles, botas pulidas y el frío de un toque indeseado. Aunque estas pesadillas se habían vuelto menos frecuentes, su repentina presencia aún la atravesaba con la fuerza de una cuchillada.

La velada de la noche anterior en la mansión de los Winterbourne había sido un triunfo según cualquier medida social. Los ojos de Livinia habían brillado como diamantes, su voz aún burbujeante de emoción mientras regresaban a casa. Juliette había escuchado con una sonrisa cuidadosa, ofreciendo palabras de aliento mientras su mente divagaba en otra parte. La implacable persecución de Lord Winterbourne era más que una irritación; era una complicación que no podía permitirse. Sin embargo, sabía demasiado bien que el favor de patrocinadores influyentes era necesario para asegurar el futuro de Livinia. Por eso, estaba dispuesta a soportar mucho. Pero, ¿hasta dónde era demasiado?

Paula, su diligente doncella, la había ayudado a quitarse el vestido y le había soltado el cabello con dedos suaves antes de retirarse a su propio descanso. Juliette se había desplomado en su cama, esperando el consuelo del olvido. En su lugar, se despertó bruscamente, con la respiración entrecortada y el cuerpo tenso como la cuerda de un arco.

El silencio en la habitación era sofocante, roto solo por el eco irregular de su respiración. Parpadeó, desorientada, y buscó la vela en su mesita de noche. La llama cobró vida, proyectando un cálido resplandor que empujó las sombras hacia atrás, pero no logró desterrarlas. Su mirada se

dirigió a las pesadas cortinas que enmarcaban la ventana. Se agitaban suavemente, un movimiento que aceleró su pulso con una sensación de desasosiego. Paula las había cerrado; Juliette lo recordaba con absoluta certeza.

Un frío húmedo y cortante le erizó la piel de los brazos. La ventana abierta susurraba contra su piel, la llama de la vela vacilante. La habitación nunca se dejaba expuesta al frío de la noche; era una regla tácita arraigada desde su tiempo en la Mansión Harcourt. El pensamiento se cristalizó, y el pánico se encendió en su pecho, apretando como un torniquete. Esto no era un accidente.

Antes de que pudiera procesar completamente la revelación, la cortina se movió de nuevo, y una figura emergió de la oscuridad. El latido de su corazón se intensificó tan ferozmente que se tambaleó, aferrándose al poste de la cama para mantener el equilibrio.

—¡Lord Winterbourne! —El nombre brotó de sus labios, agudo e incrédulo, transportado por un aliento tembloroso.

—Silencio, querida —su voz arrastraba las palabras, el olor a brandy se adhería a él como una nube—. No queremos despertar a toda la casa, ¿verdad?

Dio un paso adelante, inestable y sonrojado, su peluca empolvada torcida y la corbata deshecha, el rico aroma de su colonia mancillado por el alcohol. Un retorcido pavor se enroscó en su estómago, mezclándose con una ardiente oleada de ira que ardía en su pecho.

La mirada de Juliette se endureció.

—¿Qué significa esta intrusión? —La pregunta fue una exigencia afilada, pero pudo sentir el temblor en su propia voz, traicionando el miedo que corría bajo su furia.

Los labios de Winterbourne se curvaron en una sonrisa burlona, y dio otro paso inestable.

—No hay necesidad de dramatismos, Lady Harcourt. Su modestia es encantadora, de verdad, pero innecesaria.

La insinuación la atravesó como hielo. Antes de que pudiera reaccionar, él lanzó algo que brilló al aterrizar sobre la colcha. Los diamantes y esmeraldas de una pulsera captaron la luz parpadeante, cada gema un testimonio de los excesos de riqueza y poder. La reconoció al instante: la pulsera que le había ganado a Lady Worthington en las cartas, un premio de indulgencia escandalosa.

—Gané esto para usted, una muestra de mi devoción —susurró, su voz melosa con falsa ternura.

La audacia le robó el aliento por un momento. Los recuerdos de la presencia dominante de Sir Charles volvieron a inundarla, fantasmas de un pasado que había enterrado profundamente. Pero

aquí, en esta habitación, ese pasado se abría paso, mezclándose con su terror presente. El pecho de Juliette se agitó mientras luchaba por mantener la compostura.

—Lord Winterbourne, saldrá de esta habitación inmediatamente —ordenó, su voz estabilizándose a medida que la furia superaba al miedo.

Sus ojos destellaron, una mezcla de irritación y determinación.

—Oh, vamos, querida. Usted fue hecha para esto, para mí. Admítalo. Puedo ver el fuego en usted —dijo, acercándose más, sus movimientos torpes pero deliberados.

El pulso de Juliette rugía en sus oídos mientras la luz parpadeante de la vela captaba el sudor en su frente y el brillo depredador en su mirada. Sus músculos se tensaron, cada instinto gritándole que huyera. Pero, ¿adónde?

Antes de que pudiera alcanzarla, ella dio un paso lateral, sus dedos tanteando bajo la almohada donde guardaba su pequeña pistola. El frío metal contra su palma la ancló, y la levantó con ambas manos, el cañón apuntando directamente a su pecho. La conmoción en sus ojos fue inmediata y gratificante, pero ella sabía que no debía sentirse segura.

—Atrás —ordenó, su voz afilada a pesar del leve temblor en sus manos. Apretó la mandíbula, obligando a su cuerpo a mantenerse firme.

—Juliette —jadeó, incrédulo—. Soy yo, Lord Winterbourne.

—Sé exactamente quién es usted, mi lord —dijo, cada palabra cortante y letal—. Y saldrá de esta habitación por donde entró, o juro que usaré esto.

El silencio se extendió tenso entre ellos, interrumpido solo por el siseo de la vela y el atronador tamborileo de su corazón. La mirada de Winterbourne se movió desde su rostro hasta la pistola, mientras la realización se asentaba como una pesada piedra en el aire. Un músculo en su mandíbula se tensó mientras levantaba las manos lentamente, una mueca desfigurando sus enrojecidas facciones.

—No lo harías —susurró, más para sí mismo que para ella. Pero el brillo en los ojos de ella le indicó lo contrario.

—Pruébame —replicó Juliette, el acero en su voz inquebrantable.

La derrota nubló su expresión mientras daba un paso tambaleante hacia atrás. Dudó, el orgullo luchando contra la autopreservación, antes de girar y dirigirse hacia la ventana. Sus manos temblaron mientras se izaba sobre el alféizar, el viento nocturno mordiendo el desorden de su ropa. Se detuvo, lanzando una última mirada hacia ella, con confusión y furia batallando en sus ojos.

—Una última cosa, Lord Winterbourne —dijo Juliette, su voz cortando a través de la tenue habitación con fría precisión—. Si alguno de sus conocidos se atreve a intentar lo que usted acaba de hacer, se encontrará con la misma amenaza y la misma determinación. No se equivoque, mi lord, esto no es una advertencia, sino una promesa.

Él murmuró una maldición, luego desapareció en la noche, el sonido de sus botas raspando contra el hierro del balcón antes de que el silencio cayera como un sudario.

Juliette permaneció inmóvil por un momento, la pistola aún levantada como si esperara que otra sombra emergiera. Solo cuando su brazo comenzó a doler la bajó, el frío metal deslizándose de su agarre y aterrizando suavemente en la cama.

Sus rodillas se doblaron mientras se hundía en la cama, temblando a medida que la adrenalina disminuía. Un escalofrío crudo la recorrió, el peso de la noche presionando sobre su pecho. El aroma de su colonia persistía, empalagoso y vil, mezclándose con el tenue perfume de lavanda que ella llevaba, ahora amargo en sus fosas nasales.

Juliette enterró el rostro entre sus manos, la pistola como un frío centinela a su lado, mientras obligaba a su respiración a normalizarse. El sueño era algo distante, imposible. El resto de la noche lo pasaría con los ojos bien abiertos, mirando fijamente la oscuridad, con el sabor del miedo agudo en su lengua.

Y sin embargo, a través del terror, un pensamiento la anclaba: se había protegido a sí misma, y lo haría de nuevo si fuera necesario.

Capítulo 4

El sueño de Juliette había sido un enredo de inquietos ensueños. Aún podía sentir el peso del agarre de Winterbourne, escuchar el insufrible susurro de su voz. El alba apenas despuntaba cuando se incorporó, parpadeando en la penumbra, con su pistola como una presencia reconfortante bajo la almohada. Incluso la enorme cama parecía contaminada por su presencia. Se estremeció, preguntándose si alguna vez volvería a sentirse segura durmiendo en esta ciudad.

Cuando Paula entró con una taza de chocolate, Juliette ya estaba en el tocador, con una línea resuelta en su boca. Los ojos de la doncella se agrandaron ante la inusual vivacidad de su señora.

—Buenos días, señora —dijo Paula, descorriendo las cortinas. La luz del sol inundó la habitación, una cascada de promesa dorada que hizo poco por alegrar la expresión de Juliette. Su mirada se dirigió al balcón, una comprobación reticente de cualquier intruso que pudiera permanecer allí.

—¿Qué vestido será hoy? —preguntó Paula, dirigiéndose al armario. Su voz era alegre, pero Juliette captó la pregunta en sus ojos, sin duda intrigada por el estado de alerta de su señora.

—El tabí marrón —dijo Juliette, con voz baja y tensa—. Simple, resistente. —Hoy no tenía estómago para volantes ni adornos.

—¿Le empolvo el cabello, señora? El rojo quedaría perfecto con el marrón.

—Nada de polvos, Paula —dijo Juliette—. Hoy lo dejaremos como está. —Miró su reflejo, odiando cómo las oscuras ojeras bajo sus ojos contaban la historia que estaba decidida a ocultar.

Mientras Paula preparaba el vestido, Juliette tomó el brazalete de esmeraldas y diamantes, el repugnante "regalo" de Winterbourne. Brillaba a la luz de la mañana, como si las manos de él no lo hubieran mancillado. Envolviéndolo cuidadosamente en lino, se lo entregó a Paula.

—Envía esto de vuelta a Lady Worthington con los *saludos* de Lord Winterbourne —dijo, con la ironía espesa en su voz.

Las cejas de Paula se alzaron, pero no dijo nada, solo asintió mientras tomaba el paquete. Era obvio que tenía preguntas, pero Juliette no tenía intención de responderlas.

Sola de nuevo, presionó las yemas de sus dedos contra sus sienes. Por muy firme que fuera su resolución, no podía ignorar el miedo que se arrastraba: Winterbourne manejaba la influencia como una espada, y un solo movimiento de su muñeca podía cortar los frágiles lazos que ella había estado tejiendo en Londres. La entrada que ella y Vinni habían hecho, la forma meticulosa en que las había maniobrado hacia el abrazo de la sociedad, todo podría desmoronarse con un susurro malicioso. Pero que la condenaran si permitía que Winterbourne la convirtiera en un peón en su sórdido juego. El futuro de su hermana era primordial, y lo aseguraría con su dignidad intacta.

Un golpe la sacó de sus pensamientos, y una doncella entró con urgencia.

—Lady Harcourt, la señorita Pembroke pide ser excusada de las actividades de hoy. No se siente bien.

El brazalete, Winterbourne y su influencia se desvanecieron de la mente de Juliette. Se apresuró a la habitación de su hermana, la preocupación la impulsaba mientras encontraba a Vinni acostada pálida contra las almohadas, sus ojos normalmente brillantes ahora apagados.

—Querida, ¿qué te aqueja? —susurró Juliette, presionando una mano contra la frente de su hermana. Su corazón se alivió ligeramente: estaba fresca, sin fiebre.

Vinni esbozó una débil sonrisa. —No es nada, Jules. Creo que es el resultado de demasiada comida, vino y baile. No estoy acostumbrada a tanta... alegría.

El ceño de Juliette se profundizó. Vinni era fuerte, difícilmente alguien que se dejara vencer por los excesos de una noche. —Bueno, el aire de Londres es lo suficientemente vil como para debilitar a un santo, y somos sabias al tomar precauciones.

—Oh, Jules, no te preocupes tanto. —Vinni rió suavemente—. Solo necesito dormir más. De verdad, no es más que fatiga.

—Si no hay mejoría por la tarde, llamaré a un médico. Y no a cualquier charlatán que venda curas desde la parte trasera de un carruaje. —Su tono era enérgico, pero su preocupación la traicionaba en la forma en que sus dedos se demoraban en la muñeca de su hermana, tomándole el pulso.

La risa de Vinni, aunque débil, trajo un toque de color a sus mejillas. —No hemos tenido más que lo mejor desde que llegamos. Me mimas, Jules.

—Siempre —murmuró Juliette, con la más tenue de las sonrisas suavizando sus facciones—. Descansa, cariño. Iré a buscar algo... un poco de tónico te hará sentir mejor que nunca.

Los ojos de Vinni se iluminaron, divertidos. —¡Por piedad, Jules, nada de tónicos! No tengo duda de que es el resultado de los excesos de anoche. Solo el cangrejo a la diabla era una maravilla. Y ese pato... Apenas pude contenerme —confesó con una sonrisa.

—Niña glotona —bromeó Juliette, su propia sonrisa rompiendo a través de su preocupación—. Uno podría pensar que has venido a Londres a devorar todas las exquisiteces.

—Alguien tenía que hacerlo —replicó Vinni, con el ánimo levantado—. Pero basta de mi supuesta glotonería. Tú misma fuiste el centro de atención anoche.

La expresión de Juliette se congeló, el recuerdo de las atenciones no deseadas de Winterbourne cruzando por su mente. —Oh... bueno, tal vez fue entretenido.

Vinni alzó una ceja, sus ojos brillando con picardía. —¿Entretenido? Jules, Lord Winterbourne prácticamente se arrastraba a cuatro patas por ti. Nunca entenderé cómo estos tipos de la alta sociedad revolotean, casados o no, como si la fidelidad fuera una idea pintoresca mejor dejada en las novelas. Cuando yo me case, será para siempre.

La mirada de Juliette se suavizó, su voz bajando. —Por supuesto que lo será, querida. Tendrás la fidelidad que mereces. Pero en este mundo, debemos aprender a aceptar cierta... laxitud en las opiniones de la alta sociedad sobre la lealtad.

Vinni alcanzó la mano de su hermana, su expresión sincera. —¿Y qué hay de ti, Jules? Seguramente alguien digno te hará perder la cabeza. Quizás el hombre adecuado te haga querer lanzarte a la aventura.

Por un brevísimo segundo, la mente de Juliette evocó al caballero de ojos oscuros que había notado apoyado contra la pared la noche anterior, su mirada era de genuina indiferencia —a diferencia de la adulación ensayada a la que había sido sometida toda la noche. Pero apartó el pensamiento, torciendo los labios en una sonrisa irónica mientras desviaba la mirada. —No estamos aquí para eso, Vinni. Lo sabes.

La voz de Vinni, suave pero insistente, la siguió mientras se disponía a salir. —Pero no puedes llorar a Sir Charles para siempre, Jules.

Las palabras golpearon más fuerte de lo que Juliette quería admitir, pero mantuvo su voz firme. —Descansa, mi amor —dijo, deslizándose fuera de la habitación—. Encontraré algo para ponerte bien. Y no te preocupes, no tengo intención de llorar a nadie más tiempo del necesario.

Una vez fuera de la vista, su compostura se agrietó lo suficiente para revelar un destello de emoción, pero para cuando llegó al botiquín, su determinación se había reafirmado una vez más.

***

Juliette se sentó junto a Vinni, el rostro de su hermana estaba sonrojado y su frente arrugada por la incomodidad. Después de un largo sueño, su condición solo había empeorado. La fatiga de la noche anterior ahora se combinaba con oleadas de náuseas, y Juliette se encontró atrapada entre la preocupación y la creciente realidad de que necesitaría llamar a un médico. Pero, ¿cuál? ¿Quién entre los médicos de moda de Londres podría ser confiable para no ofrecer tónicos sobrevalorados que prometían milagros pero entregaban poco más?

En ese momento, un lacayo apareció en la puerta, su actitud particularmente grave. —Lady Harcourt —anunció—, la Condesa de Winterbourne ha llegado y espera su disposición.

Juliette sintió que su estómago daba un vuelco, no muy diferente al de su hermana. Tomó la tarjeta de visita, leyendo la elegante caligrafía como si pudiera desvanecerse si parpadeaba con suficiente fuerza. *Lady Winterbourne*, aquí, ahora, en su casa. La última persona que quería recibir. —Dígale a su señoría que... no estoy en casa —logró decir, sintiendo la tensión incluso en esas palabras.

Sin embargo, antes de que el lacayo pudiera siquiera darse la vuelta, la voz de Lady Winterbourne cortó el pasillo como un cuchillo bien afilado. —¡Lady Harcourt! Es usted toda una visión, y qué suerte que la he encontrado en casa.

Juliette hizo una mueca, enderezó los hombros y miró brevemente a Vinni. —Descansa, querida. Me encargaré de ella —murmuró, antes de ponerse de pie y prepararse para el inevitable encuentro.

Lady Winterbourne estaba de pie al pie de la escalera, quitándose los guantes con parsimonia. Su mirada recorrió a Juliette con aguda intensidad, sin dejar lugar donde esconderse. Si había esperado pasar desapercibida, ya era evidente que Lady Winterbourne no tenía intención de permitirlo.

—Lady Winterbourne, qué encantador verla. ¿Quiere pasar? —logró decir Juliette con toda la compostura que pudo reunir, haciendo un gesto hacia la sala de estar.

—Vaya, gracias, Lady Harcourt —respondió la Condesa con suavidad, permitiendo que Juliette la guiara. Una vez instalada junto al fuego, los ojos de Lady Winterbourne recorrieron la habitación con discernimiento practicado. —Encantador —declaró, aunque su tono sugería que era una pintura moderadamente interesante que tenía poco deseo de adquirir.

Juliette, agudamente consciente de cada delicado hilo de sus habilidades de anfitriona deshaciéndose, sintió que sus mejillas se sonrojaban. —Debo agradecerle nuevamente por la

espléndida velada —dijo rápidamente, rompiendo el silencio con lo que esperaba fuera sincera apreciación—. Su reunión fue... magnífica.

La ceja de la Condesa se elevó ligeramente, su expresión tan inescrutable como una estatua de mármol. —Una hace lo que puede, Lady Harcourt, aunque parece que la tarea se vuelve más desafiante con cada temporada que pasa. Cada anfitriona en Londres busca eclipsar a la anterior, y, francamente, todo se está convirtiendo en una especie de desfile de competencia.

Juliette rió educadamente. —No puedo imaginar a nadie superando su brillantez, mi lady.

Una sutil sonrisa tocó los labios de la Condesa. —Un sentimiento encantador —respondió, su mirada se detuvo en Juliette con un destello astuto—. Pero parece bastante... inquieta, Lady Harcourt. Una se pregunta si mi visita es inoportuna.

—Oh, para nada —respondió Juliette, aunque su voz la traicionó con el más leve temblor—. Mi hermana está algo indispuesta, lo que ha hecho que la mañana sea bastante inquietante.

—La señorita Pembroke estaba particularmente animada anoche —observó Lady Winterbourne, entrecerrando los ojos—. Me atrevo a decir que no puede ser tan grave, ¿verdad?

Juliette vaciló, bajando la mirada. —No creo que lo sea, pero he considerado llamar a un médico, solo para estar segura.

La mirada de Lady Winterbourne se suavizó ligeramente. —Si me permite sugerir, Lady Harcourt, debería llamar al Dr. Bentley. Tiene reputación de experto... si bien no es precisamente ortodoxo en sus métodos.

Juliette abrió la boca para rechazar pero se detuvo, dándose cuenta de que podría ser más prudente aceptar la oferta. Después de todo, no había daño en congraciarse con Lady Winterbourne, especialmente después de los eventos de anoche. —Eso es extremadamente generoso de su parte, Lady Winterbourne. Se lo agradecería muchísimo.

Los ojos agudos de Lady Winterbourne brillaron. —No es generosidad en absoluto. He venido, después de todo, a felicitarla, Lady Harcourt.

Juliette parpadeó, momentáneamente desconcertada. —¿Felicitarme? Confieso que estoy bastante perdida, mi lady.

Los labios de la Condesa se curvaron en una sonrisa genuina y ligeramente maliciosa. —Querida, no se haga la tímida. Mi esposo me confesó, con bastante detalle colorido, que intentó hacerla su... conquista.

Juliette sintió que su rostro se acaloraba y bajó la mirada, mortificada. —Él... ¿se lo *contó*?

Lady Winterbourne dejó escapar una risa rica y desinhibida que llenó la habitación. —Oh, sí, y ha tratado el asunto como una enorme broma. Pero no tema, Lady Harcourt. Estoy

completamente de su lado.

La vergüenza de Juliette se suavizó en un alivio tentativo. —Su... apoyo es muy inesperado, Lady Winterbourne.

—Querida —dijo Lady Winterbourne, inclinándose hacia adelante—, mi esposo necesita una lección desde hace mucho tiempo. Sus payasadas me han avergonzado lo suficiente. Año tras año, persigue a cualquier jovencita bonita sin una pizca de dignidad. Usted, Lady Harcourt, es la única mujer que conozco que lo ha rechazado rotundamente y lo ha tratado como se merece.

—Difícilmente un logro, se lo aseguro —respondió Juliette, con un deje de diversión colándose finalmente en su voz—. Y creo que Lady Worthington pronto disfrutará de nuevo de su brazalete, cortesía de los cumplidos de Lord Winterbourne.

Lady Winterbourne rio de nuevo, con un destello alegre en sus ojos.

—¡Bien jugado, querida! Un retorno de lo más satisfactorio, sin duda. Serás la comidilla del *ton* en cuestión de días.

Juliette, aunque comenzaba a sentirse más a gusto, no pudo evitar un tono de incredulidad en su voz.

—Pero... esa difícilmente era mi intención, Lady Winterbourne.

La Condesa sonrió con una calidez en su expresión que Juliette no había esperado.

—Tal vez no, pero no obstante te ha ganado respeto. La sociedad adora a una mujer que puede tanto defender su honor como jugar el juego con ingenio astuto. Bien podrías convertirte en una favorita del ton.

Juliette exhaló, aturdida por las reglas al revés de este mundo. Una palabra fuera de lugar, y podría ser una paria; sin embargo, el rechazo de una propuesta indecente la había elevado de alguna manera.

—Ha sido usted extremadamente amable, Lady Winterbourne. Le aseguro que ese nunca fue mi objetivo. Mi único propósito en Londres es ver a mi hermana casada.

—Y casada estará —declaró la Condesa con firmeza—. De ahora en adelante, Lady Harcourt, considéreme su aliada. Me aseguraré de que usted y la señorita Pembroke reciban invitaciones a todas las reuniones que valgan la pena.

Juliette se levantó cuando Lady Winterbourne se puso de pie, sintiéndose como si aún estuviera dando vueltas por el giro inesperado de los acontecimientos.

—Es usted muy generosa, mi lady.

Lady Winterbourne le lanzó una mirada crítica, pero aprobadora.

—Tienes gusto, querida. Un ojo discriminador para la moda, aunque hayas estado... rusticada —echó un vistazo al dobladillo del vestido de Juliette—. ¿Tu modista?

—Una Mademoiselle Celine en The Strand —respondió Juliette—. Ha llegado recientemente de París.

Lady Winterbourne asintió, intrigada.

—Mademoiselle Celine. Bien, infórmale que Lady Winterbourne pronto requerirá sus servicios. Con el patrocinio adecuado, será la comidilla de Bond Street.

—Me siento honrada, Lady Winterbourne, y estoy segura de que ella también lo estará.

Lady Winterbourne se detuvo en el pasillo mientras el lacayo le devolvía sus guantes, y sonrió a Juliette con la calidez de una nueva cómplice.

—No temas, querida. El Dr. Bentley estará aquí dentro de una hora para atender a la señorita Pembroke.

Juliette inclinó la cabeza.

—Su generosidad significa más de lo que puedo expresar.

—Tonterías. Estoy segura de que este es solo el comienzo de lo que será una amistad de lo más agradable —hizo un gesto de asentimiento y luego salió de la habitación con la gracia de una mujer que gobernaba su mundo sin cuestionamientos.

Una vez que la Condesa se hubo marchado, Juliette se permitió una risa —genuina, sorprendida y completamente aliviada. Subiendo las escaleras corriendo, entró en la habitación de Vinni, con los ojos brillantes mientras decía:

—Vinni, nunca creerás lo que acaba de pasar...

Capítulo 5

Juliette caminaba por la habitación de Livinia, con la preocupación oprimiéndole el pecho. Los Pembroke rara vez enfermaban, pero las mejillas pálidas y los ojos brillantes de Vinni contaban una historia diferente. Allí yacía su hermana, haciendo una mueca mientras se acomodaba en las almohadas, con las mejillas pálidas y los ojos un poco demasiado brillantes.

Un golpe seco en la puerta interrumpió sus pensamientos, y un lacayo entró, anunciando:

—Ha llegado un Dr. Bentley, Lady Harcourt. Dice que se le espera.

—Hágalo pasar inmediatamente —respondió Juliette, con una voz que mezclaba preocupación y alivio—. La eficiencia de Lady Winterbourne es realmente notable —murmuró, tratando de tranquilizarse tanto a sí misma como a Vinni.

Livinia logró esbozar una débil sonrisa.

—Lady Winterbourne es, si no otra cosa... persuasiva —bromeó, aunque su voz era suave por el cansancio—. Nadie, al parecer, se atrevería a negarle sus deseos. Excepto, quizás, Lord Winterbourne.

Ante eso, Juliette se rio, pero su diversión se evaporó cuando se giró y vio al Dr. Bentley en la puerta. La figura segura del baile ahora estaba frente a ella, con un destello de diversión en sus ojos oscuros al notar su sorpresa.

—¿Lady Harcourt? —preguntó, con voz suave y profunda, una ligera sonrisa curvando sus labios mientras la observaba. Su mirada se posó en ella un momento más de lo esperado, y el leve gesto de sus labios le dio la inquietante impresión de que estaba evaluando algo más que solo sus palabras.

Juliette salió de su momentáneo ensimismamiento, forzando su mirada a subir desde sus anchos hombros y cómo su oscuro abrigo los enmarcaba.

—Sí. Sí, soy Lady Harcourt —respondió, recuperando la compostura—. Lady Winterbourne le informó sobre la dolencia de mi hermana, supongo.

Su mirada se dirigió a Livinia, su expresión suavizándose ligeramente.

—En efecto. Entiendo que la señorita Pembroke ha estado indispuesta todo el día —fue profesional, pero su ceño se frunció lo suficiente como para revelar una preocupación genuina.

Juliette hizo un gesto hacia la cabecera de la cama mientras él avanzaba, sus pasos medidos, su postura imposiblemente segura. Mientras se acercaba, Juliette notó la precisión de su atuendo —no excesivamente adornado, pero el corte de su abrigo acentuaba las firmes líneas de su cuerpo. Bajo sus pantalones, los fuertes músculos de sus piernas se flexionaban con cada paso, un testimonio de su fuerza física, algo que no se esperaba en un médico.

—Parece notablemente calmada dadas las circunstancias —dijo él, con una nota de curiosidad en su voz—. He encontrado a pocos que tomen las dolencias de sus seres queridos con tanta serenidad. La mayoría estaría... menos compuesta.

La ceja de Juliette se arqueó.

—El pánico no sirve a nadie, y menos aún a mi hermana —la respuesta salió con facilidad practicada, pero podía sentir la opresión en su pecho —un peso no expresado que se negaba a mostrar. La compostura, después de todo, era su única armadura.

Cambió de tema con deliberada precisión.

—Una dosis de agua de mercurio no tuvo efecto, Dr. Bentley.

Ante esto, Bentley giró bruscamente la cabeza hacia ella, levantando las cejas.

—¿Agua de mercurio? —repitió, rayando en la incredulidad—. Qué afortunado que no lo haya tenido. Me sorprende que no haya hecho más daño que bien.

Juliette se puso rígida, sus dedos curvándose ligeramente a los costados. La agudeza de su crítica le tocó una fibra sensible.

—Es un remedio conocido, Dr. Bentley, uno que muchos han empleado con éxito.

—¿Un remedio? —Sus labios se curvaron mientras la miraba, como si la estuviera evaluando con renovada curiosidad—. Tal vez un remedio para alguien que desee acabar consigo mismo rápidamente. El agua de mercurio no cura nada, Lady Harcourt. En el mejor de los casos, no hace nada en absoluto; en el peor... —Se interrumpió, negando con la cabeza con una sonrisa irónica —. Permítame sugerir algo un poco menos medieval. El Elixir de Daffy, por ejemplo, no la matará. Aunque tampoco hace mucho más.

Su pulso se aceleró —no por ira esta vez, sino por algo más difícil de definir. ¿Por qué su tranquila certeza la irritaba tanto? Y por qué, a pesar de su irritación, notaba la forma precisa en

que su mano gesticulaba al hablar, o la autoridad silenciosa en su voz?

Se obligó a suprimir el pensamiento, apartándolo como un hilo suelto.

—Difícilmente creo que sea apropiado burlarse de un tratamiento bien conocido —espetó, con la mirada desafiante—. Y quizás un toque de humildad le vendría bien, Dr. Bentley.

Bentley sostuvo su mirada por un momento, sus labios curvándose levemente.

—La humildad tiene su lugar —respondió, con la voz más suave ahora—. Pero también lo tiene la verdad. Confío en que usted prefiere esta última, incluso cuando es desagradable.

Livinia, que observaba el intercambio con una débil sonrisa, intervino:

—Creo que tiene razón, Jules. No he visto a nadie mejorar con el agua de mercurio. Y su elixir suena... lo suficientemente inofensivo.

Bentley sonrió, mirando de nuevo a Livinia.

—Ah, señorita Pembroke, la voz de la razón. ¿Y se siente muy mal?

Livinia soltó una débil risa, aunque sus mejillas ganaron un toque de color.

—Bastante. Y es inusual en mí. Los Pembroke somos generalmente tan resistentes como caballos de granja.

—Incluso los caballos enferman ocasionalmente —respondió él. Sus palabras trajeron un toque de diversión a los ojos de Livinia. Extendió la mano y le tocó la frente, su tacto gentil—. No tiene fiebre. Y no hay motivo de alarma —añadió, mirando a Juliette, que permanecía rígida junto a la cama.

La mirada de Juliette era inquebrantable.

—¿Está seguro?

—Completamente —respondió Bentley con suavidad—. Dos días de reposo, caldo de carne, y estará en pie en un abrir y cerrar de ojos —Sus ojos volvieron a Livinia—. Volveré en dos días para revisarla.

Juliette se puso a su lado mientras se dirigía a la puerta, con la mente acelerada.

—¿Eso es todo? —exigió—. ¿Sin medicinas, sin sangrías? Seguramente hay algo más que pueda hacer.

Bentley se detuvo, su mirada firme al encontrarse con la de ella.

—Más no siempre es mejor, Lady Harcourt. Sangrarla podría satisfacer las convenciones, pero difícilmente ayudaría a su recuperación —Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona que la hizo rechinar los dientes—. ¿O quizás preferiría una segunda opinión de un médico más convencional? ¿Uno que pudiera recetar todos los remedios del libro, sin importar si son necesarios?

Los labios de Juliette se apretaron en una fina línea, y levantó la barbilla desafiante.

—Simplemente deseo asegurarme de que mi hermana reciba la atención adecuada, Dr. Bentley.

La sonrisa de Bentley se suavizó, su mirada un poco más cálida mientras inclinaba la cabeza. —Entonces confíe en mí para proporcionarlo —echó un vistazo a la habitación—. Está bastante sofocante aquí. Podría abrir una ventana, dejar entrar algo de aire.

El ceño de Juliette se frunció. —El aire de Londres difícilmente es conocido por sus propiedades saludables.

Él arqueó una ceja, apenas ocultando su diversión. —Lo he estado respirando todo el día y aún sigo en pie, Lady Harcourt. Quizás pueda arriesgarse por el bien de su hermana.

La boca de Juliette se abrió, una réplica indignada flotando, pero su mirada firme e inflexible la silenció. En su lugar, apretó los labios y le dio un breve asentimiento. —Muy bien.

Él llegó a la puerta y se detuvo, volviéndose hacia ella con una leve sonrisa. —Su hermana estará bien, Lady Harcourt. El exceso —añadió, bajando la voz a un murmullo—, es mucho más común que la enfermedad aquí en Londres.

—¿Exceso? —repitió Juliette, con voz teñida de incredulidad—. ¿Quiere decir que...?

—¿Que la señorita Pembroke simplemente ha tenido su ración de comidas ricas y poco descanso? Sí, precisamente —sus ojos mostraban un toque de diversión mientras continuaba—. Un poco de moderación en el futuro podría servirle bien.

La inclinación exasperante de su sonrisa hizo que las mejillas de Juliette se sonrojaran de nuevo. —Gracias, Dr. Bentley —dijo, tan crujiente como el aire que sugería dejar entrar—. Tomaremos su consejo en consideración.

Él le hizo una profunda reverencia, con una ceja arqueada en un reconocimiento juguetón de la ligera ofensa. —Su servidor, Lady Harcourt —y con eso, se alejó por el pasillo, sus pasos resonando a su paso.

En el momento en que estuvo fuera de vista, Juliette se giró de vuelta a la habitación, su rostro sonrojado de frustración y algo que no estaba preparada para nombrar.

Livinia se rió débilmente desde la cama, sus ojos brillando. —Jules, me agrada bastante. No cree en todos esos tratamientos terribles, y además, parecía saber lo que hacía.

Juliette, recobrando la compostura, llamó a un sirviente. —Pida a la cocinera que prepare caldo de res para la señorita Pembroke —instruyó secamente, luego se volvió hacia Livinia—. Seguiremos su consejo esta vez, aunque apenas estoy convencida.

Livinia soltó una risita, un toque de picardía iluminando su rostro. —Oh, creo que después de tu trato con Lord Winterbourne, nadie se atrevería a contradecirte, Jules.

Juliette puso los ojos en blanco, incapaz de disimular completamente su sonrisa.

***

Juliette arqueó una ceja mientras observaba a Livinia pasearse por el salón, un ligero rubor coloreando sus mejillas. El entusiasmo de su hermana había regresado con toda su fuerza desde la visita del Dr. Bentley, y, aunque Juliette estaba aliviada, se encontraba tanto divertida como ligeramente irritada por su notable precisión. Cuando había escuchado su voz abajo, rápidamente se había excusado para evitar otra interacción que, sospechaba, podría hacer más por desconcertarla de lo que le gustaba admitir.

En su lugar, Livinia lo había recibido sola, una visita que Juliette sospechaba había sido breve y sin ceremonias.

—Buenas noticias, Jules —dijo Livinia, dejándose caer en el sofá con energía renovada—. El Dr. Bentley dice que estoy en condiciones para el baile de Lady Worthington mañana.

—Solo si estás segura, Vinni —advirtió Juliette, mirando la energía recién revivida de su hermana con un toque de escepticismo—. Preferiría que no te desmayes en medio de un vals.

—Oh, Jules, no tienes que preocuparte. Estoy completamente curada. Y ciertamente he aprendido mi lección: no más excesos, no importa cuán tentadores se vean los platos —se rió suavemente, alisando los pliegues de su vestido—. Siempre hemos comido tan sensatamente en Harcourt Manor, y ahora lo sé mejor. Realmente, creo que el Dr. Bentley es bastante brillante.

Juliette se encogió de hombros con indiferencia, concentrándose en su bordado. —Brillante o simplemente afortunado. Además, es mejor que tu malestar no fuera más grave. Si lo hubiera sido, no confiaría en sus extraños métodos para curarte.

Livinia le lanzó una sonrisa traviesa. —Oh, deja de fingir, Jules. Sé que lo llamarás de nuevo si llego a estornudar siquiera.

Juliette contuvo una réplica, su aguja deteniéndose brevemente en la tela. —Supongo que eso está por verse. Además, noté un número sorprendente de ramilletes en el pasillo para ti mientras estabas en cama.

Las mejillas de Livinia se tiñeron de un rosa más profundo mientras miraba hacia otro lado, fingiendo desinterés. —Todos eran del Sr. Fairburn.

—¿Oh? —Juliette levantó una ceja, antes de volver a su labor—. ¿Y te agrada, verdad?

Livinia asintió, luego se volvió hacia su hermana con una sonrisa que era mitad tímida, mitad atrevida. —Sí, bastante más que cualquiera que haya conocido en Londres hasta ahora.

La mano de Juliette se detuvo a medio puntada, su pulso dando un incómodo aleteo. Había trabajado tan cuidadosamente para asegurar la entrada de Livinia en la sociedad, solo para que su

hermana se aferrara a un caballero que apenas conocían. —No hemos estado aquí mucho tiempo, querida. Apenas te has quedado sin opciones.

—El Sr. Fairburn no es un libertino. Es considerado, elocuente y de mente seria —respondió Livinia con una voz pequeña pero insistente, mirando sus manos—. No soy como tú, Jules. Los otros hombres aquí... bueno, son bastante aterradores. Si alguien como Lord Winterbourne hubiera entrado en mi alcoba, sé que me habría desmayado.

Juliette sonrió irónicamente, sus dedos apretándose en el bastidor de bordado. —Es precisamente por eso que me tienes a mí, querida, para asegurar que ningún caballero así siquiera considere oscurecer tu puerta. Además, apenas has arañado la superficie de las posibilidades de esta temporada. No dudo que te encontrarás con cien jóvenes elegibles antes de que todo termine.

—¿Realmente lo crees así? —los ojos de Livinia brillaron con un toque de esperanza—. Pero todos son tan refinados y... intimidantes. Y ninguno ha mostrado la amabilidad que el Sr. Fairburn ha mostrado.

—¿Amabilidad? —preguntó Juliette—. ¿O solo modales impecables?

—Bueno —dudó Livinia, una sonrisa deslizándose por sus labios—, tal vez un poco de ambos. Pero es un caballero, estoy segura de ello. Incluso hemos recibido una invitación de su madre: una partida de cartas en su casa en Bloomsbury Square —¿Aceptaríamos... la invitación? —preguntó Livinia, su voz suavizándose con una nota esperanzada—. Me encantaría asistir. Podría ser una velada tan agradable, ¿no crees?

Juliette miró a su hermana con una sonrisa indulgente en los labios.

—Difícilmente podemos darnos el lujo de rechazar invitaciones en este momento, Vinni. Nuestra posición aquí es delicada, y cada aparición es una oportunidad para fortalecerla. Así que, sí —asintió, con un tono a la vez tranquilizador y práctico—, asistiremos. Pero recuerda, es tanto estrategia como placer. Estamos aquí para causar una impresión, no solo para pasar la velada sin hacer nada.

El rostro de Livinia se iluminó, apenas conteniendo su emoción.

—Por supuesto, Jules. Lo recordaré. ¡Aun así, estoy tan contenta de que vayamos! —Livinia se reclinó pensativa—. Claro, todos parecen estar completamente encantados contigo. No es de extrañar. Eres impresionante, y... bueno, tienes ese no sé qué.

Juliette se encogió de hombros con modestia, aunque las comisuras de su boca se elevaron con diversión.

—Al parecer, no se habla de otra cosa, sino de quién podría ser el primero en ganarse mi favor. Por lo que he oído, se han hecho apuestas en la mitad de los clubes de caballeros sobre quién lo logrará —Arqueó una ceja—. Esos tontos bien pueden prepararse para perder su dinero.

Livinia soltó una risita, bajando la voz en tono conspirador.

—Oh, Jules, ¿seguro que no hay ni uno entre ellos que te parezca al menos... tolerable?

La diversión de Juliette se desvaneció, y negó con la cabeza firmemente.

—Ciertamente no. Y espero que no te hagas ideas románticas sobre tu hermana mayor.

—Pero... —insistió Livinia, con voz más suave—, ¿ni siquiera por alguien digno? ¿No como amante, sino como esposo?

La aguja se deslizó, pinchando el pulgar de Juliette, y lo chupó distraídamente mientras respondía:

—No, querida. No es por eso que estamos aquí. Mi intención es verte bien establecida. Mis propias perspectivas... bueno, no son la prioridad.

El rubor de Livinia se intensificó mientras se mordía el labio.

—Tal vez esté imaginando cosas, pero siento que las atenciones del señor Fairburn son sinceras. Ha dado a conocer sus intenciones, a su manera.

Los ojos de Juliette se entrecerraron, sus pensamientos volando hacia el reducido mundo de hombres elegibles y las expectativas que giraban en torno a ambas.

—El señor Fairburn puede ser amable, Livinia, pero apenas hemos tenido tiempo de conocerlo realmente, ni a él ni a nadie más, de hecho. La temporada es joven. Créeme, te enamorarás muchas veces antes de tomar una decisión final.

Los ojos de Livinia se agrandaron.

—¿De verdad lo crees?

Juliette logró esbozar una pequeña sonrisa tranquilizadora.

—Sí. Y en cuanto a tu falta de antecedentes aristocráticos, eso no es motivo de preocupación.

—Parece importar, Jules. Todos hacen preguntas tan directas.

—Déjalos que pregunten —dijo Juliette encogiéndose de hombros—. No tenemos nada que ocultar, y nadie espera que vengas de una línea de terratenientes con título —Añadió con una sonrisa burlona—. Después de todo, ¿qué gracia tendría la sociedad si no tuvieran algo sobre lo que especular?

Livinia pareció momentáneamente tranquilizada, pero luego se aventuró:

—Sé que el señor Fairburn puede no ser el partido "brillante" que has imaginado, Jules, pero si él llegara a... proponer matrimonio, algún día, ¿lo considerarías realmente?

Juliette suspiró, su rostro suavizándose.

—Cuando llegue ese momento, si es que llega, no me interpondré en tu camino. Pero por ahora, Vinni, tómate tu tiempo. No te precipites. Estamos aquí para darte opciones, no para limitarlas.

Con eso, Livinia asintió, pareciendo contenta por el momento. Juliette volvió a su bordado, sus puntadas firmes incluso mientras sus pensamientos vacilaban.

Chapter 6

La fiesta de naipes de la señora Fairburn rivalizaba en opulencia con la velada de los Winterbourne. Las arañas bañaban la sala con una luz dorada, mientras las risas se mezclaban con las notas de una animada gavota. Los vestidos de seda, las joyas relucientes y las miradas furtivas llenaban el aire, creando un zumbido eléctrico que resonaba por los grandes salones.

La mirada de Juliette se posó en Livinia, radiante mientras bailaba la gavota con Nathaniel Fairburn, quien claramente había acaparado su velada. Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Juliette, mezcla de diversión y cautela. El señor Fairburn se mostraba ciertamente atento, quizás demasiado. Notó que su mano se demoraba en la cintura de Livinia un instante más de lo necesario mientras la guiaba en los pasos, con una sonrisa cálida y franca. Livinia, por su parte, parecía absolutamente radiante, con las mejillas sonrosadas por la emoción y una risa clara y alegre.

El éxito de Livinia esta temporada era su prioridad. Sin embargo, una ligera inquietud templaba su satisfacción. Fairburn, aunque encantador y bien educado, se mostraba quizás demasiado entusiasta, y su continua atención, aunque agradable para Livinia, requeriría una mirada vigilante.

Al ver a su hermana reír y deslizarse por los pasos de la gavota, Juliette sintió una punzada de alivio. Esto era por lo que había trabajado tan duro: ver a Livinia feliz, libre de las preocupaciones que habían consumido a Juliette desde la muerte de su padre. El costo de la temporada —tanto financiero como emocional— había sido elevado, pero valía la pena si Livinia podía asegurar el futuro que merecía.

***

Al otro lado de la sala, Alexander Bentley se apoyaba con desenfado en el marco de la puerta, observando la vorágine de la pista de baile con un aire de estudiado desapego. La casa de su hermano era tan grandiosa como siempre, llena de toda la pompa y el brillo en los que parecía deleitarse la *alta sociedad*. Había asistido a este tipo de reuniones innumerables veces, pero nunca dejaban de recordarle lo poco que encajaba en este mundo dorado.

Sin embargo, esta noche su atención no estaba en la multitud, sino en una figura en particular que, para su fastidio, se negaba a abandonar sus pensamientos.

Lady Harcourt.

Entre vestidos relucientes y elaborados peinados, ella destacaba, acaparando la atención con su elegancia discreta. Cada uno de sus movimientos parecía calculado, no para mendigar atención, como tantos otros en la sala, sino para desviarla. Y aun así, la atraía de todos modos.

Livinia bailaba con un deleite despreocupado, en llamativo contraste con la compostura vigilante de Juliette. Livinia estaba radiante y abierta, su alegría sin reservas mientras reía por algo que su pareja había dicho. Lady Harcourt, por el contrario, se mantenía como un centinela, con la mirada aguda y atenta. No era difícil imaginarla arrojándose al paso de cualquier amenaza a la felicidad de su hermana.

Esa actitud protectora despertaba la curiosidad de Alexander, y algo más. ¿Qué había forjado esa voluntad de hierro y ese inquebrantable sentido del deber? La mayoría de las mujeres en su posición podrían haber buscado consuelo o indulgencia en los brazos de un hombre poderoso, pero ella parecía decidida a permanecer intocable. Se preguntaba cuánto de eso era por necesidad y cuánto por elección.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa mientras sus pensamientos divagaban hacia lo que ya sabía —o creía saber— de ella. Juliette Harcourt era objeto de no pocos chismes, aunque la mayoría le habían llegado de segunda mano a través de la lengua afilada de Lady Winterbourne. Los rumores no bastaban para explicar su intriga. Era su compostura inquebrantable, su ingenio, y el enigma de por qué una mujer inteligente recurriría al agua de mercurio.

Agua de mercurio. El solo pensamiento le hacía rechinar los dientes. ¿Qué desesperación —o ignorancia— la había llevado a semejante remedio? La *alta sociedad* estaba plagada de prácticas médicas absurdas, pero Lady Harcourt no le parecía una necia.

No era solo el agua de mercurio; era cómo había hablado de ella, con una convicción que desmentía lo absurdo del acto. Había una historia allí, una que no podía evitar querer descubrir.

Su mirada volvió a ella, y el peso de su escrutinio lo sobresaltó incluso a él mismo. No era la primera mujer que captaba su atención, pero la intensidad de su interés por ella era... inquietante.

Se movió contra el marco de la puerta, obligándose a apartar la mirada.

Pero entonces estaba el asunto de *aquel incidente*. El relato de su hermano había sido entregado con toda la fanfarronería de un hombre acostumbrado a tomarse libertades sin consecuencias, pero Alexander no había podido descartar la imagen. Juliette Harcourt, sola en su habitación, sosteniendo una pistola con la firmeza suficiente para hacer huir a su hermano como un perro apaleado. El pensamiento le provocó una leve sonrisa. La *alta sociedad* podría verla como una viuda con ambiciones para su hermana, pero Alexander sospechaba que había mucho más acero en ella del que nadie se daba cuenta.

—La vas a desgastar de tanto mirarla —una voz irónica interrumpió sus pensamientos. Alexander giró la cabeza para encontrar a Lady Winterbourne a su lado, su abanico sostenido con estudiada elegancia mientras su mirada aguda se alternaba entre él y Lady Harcourt.

Los labios de Vivienne se curvaron en una sonrisa cómplice.

—Alexander, me sorprendes. Nunca imaginé que te interesarías tanto por una dama de la *alta sociedad*. Aunque debo decir que tu elección es... intrigante.

La sonrisa de Alexander se hizo más profunda, aunque resistió el impulso de moverse bajo su escrutinio.

—Simplemente observo, mi querida Vivienne —respondió con suavidad—. Seguramente hasta tú puedes admitir que Lady Harcourt destaca.

Vivienne arqueó una ceja elegante, su abanico golpeando ligeramente contra su muñeca.

—En efecto, lo hace. Esa mujer no es ninguna debutante tímida. Su rechazo a punta de pistola a mi marido fue la comidilla de la semana, y me atrevo a decir que mi escándalo favorito en años.

Una risa escapó de Alexander antes de que pudiera contenerla, su mirada volviendo a Juliette.

—Debo admitir que la encuentro... extraordinaria.

—Puedo verlo —Vivienne miró hacia Juliette y luego de vuelta a él, su expresión tornándose pensativa—. Pero Alexander, ten cuidado. Lady Harcourt tiene sus prioridades, el futuro de su hermana es la principal entre ellas. Dudo que tenga tiempo para distracciones.

Su ceja se alzó ante su elección de palabras.

—¿Y yo soy una distracción?

—Oh, serías más que eso —bromeó ella, su abanico ocultando una sonrisa pícara—. Serías una complicación. Y me imagino que Juliette Harcourt no es de las que reciben complicaciones a la ligera.

Alexander rió entre dientes, aunque su expresión se volvió más pensativa.

—¿Crees que alteraría sus planes cuidadosamente trazados?

—Creo —respondió Vivienne con suavidad— que si no tienes cuidado, podrías desafiarla de maneras que no espera. Si eso es bueno o malo... está por verse.

Sus palabras llevaban un toque de aliento, y Alexander la estudió por un momento. —Usted la aprueba.

Vivienne inclinó la cabeza, con un destello de admiración en sus ojos. —Así es. Tiene fuego, Alexander. Y si me lo preguntas, sería una buena pareja para ti.

—Es inteligente, ingeniosa e imperturbable... cualidades poco comunes entre las mujeres en estas salas. Si alguien pudiera seguirte el paso, Alexander, es ella.

Solo... —Su mirada se tornó seria, aunque su sonrisa persistía—. Procede con cautela. Juliette Harcourt no es una mujer con la que se pueda jugar, y odiaría ver a cualquiera de los dos herido.

Alexander asintió, con un atisbo de sonrisa volviendo a sus labios. —Tu fe en mí es reconfortante, Vivienne.

—Siempre, mi querido cuñado —respondió ella, con voz cálida—. Y si alguien puede navegar esto... creo que eres tú.

Lo dejó con una suave palmada en el brazo, deslizándose de vuelta entre la multitud con su gracia habitual. Alexander permaneció donde estaba, su mirada volviendo a Juliette. Las palabras de Vivienne resonaban en sus oídos: *tiene fuego*. Eso, se dio cuenta, era precisamente lo que lo cautivaba. Pero mientras observaba a Juliette Harcourt dominar la sala con su silenciosa fuerza, no pudo evitar preguntarse si sería capaz de manejar el calor.

Mientras Lady Winterbourne se alejaba con elegancia, Alexander volvió su mirada hacia Juliette, observándola mientras hablaba con otro invitado, sus facciones compuestas pero su lenguaje corporal sutilmente cauteloso. Dejó escapar un suave suspiro, sintiendo una punzada de auto-recriminación. Ya había estado aquí antes: intrigado por una mujer de posición, solo para verse descartado cuando su trabajo se convertía en un inconveniente.

El recuerdo del rostro de *ella* destelló en su mente: Lady Eleanor Mayfield, con sus palabras melosas y su fría precisión. Había parecido un sueño hasta que dejó clara su exigencia: abandonar su trabajo en el dispensario o abandonarla a ella. El aguijón de ese rechazo había persistido mucho más de lo que debería.

Se había dejado llevar una vez por el encanto y la inteligencia, solo para descubrir que tenía un precio... uno que no estaba dispuesto a pagar de nuevo.

No, se recordó firmemente. Lady Harcourt no era diferente. Podría tolerar su presencia ahora, pero una vez que su mundo chocara con el suyo, inevitablemente trazaría la misma línea.

Y sin embargo, a pesar de sí mismo, se encontró mirándola una vez más. Era un misterio, una tormenta envuelta en sedas y diamantes, y contra toda razón, Alexander se sintió tentado a acercarse a la tempestad.

***

Lady Worthington se acercó a Juliette, su abanico golpeando pensativamente contra su muñeca mientras seguía la mirada de Juliette hacia Livinia. —Ah, qué pareja, ¿verdad? —comentó con una sonrisa astuta, sus ojos brillando—. Su hermana y el joven Fairburn parecen positivamente inseparables.

Juliette logró una sonrisa cortés. —Ciertamente parecen estar disfrutando.

Lady Worthington arqueó una ceja. —Pero usted, querida... seguramente no puede estar contenta actuando meramente como carabina esta temporada. Difícilmente es apropiado para una dama de su encanto.

La sonrisa de Juliette se tensó. —Lady Worthington, le aseguro que mis intenciones esta temporada están únicamente enfocadas en el éxito de Livinia. Más allá de eso, no tengo aspiraciones propias.

—Qué encomiable —intervino suavemente una voz familiar, y Juliette se giró para encontrar a Lady Winterbourne a su lado, con un brillo travieso en sus ojos. A su lado estaba un joven alto y llamativo con ojos agudos y evaluadores y una expresión que oscilaba entre la admiración cortés y la curiosidad.

Lady Winterbourne gesticuló con elegancia. —Lady Harcourt, permítame presentarle a mi hijo, el vizconde Beasley.

El vizconde tomó la mano de Juliette, inclinándose sobre ella con elegancia practicada, sus ojos brillando con admiración al encontrarse con los de ella. —Lady Harcourt —murmuró, su voz cálida, su mirada persistiendo en su rostro—. El placer es todo mío, se lo aseguro. He oído mucho sobre sus... talentos únicos.

Mientras soltaba su mano, Juliette sintió una extraña sensación de familiaridad en su mirada, aunque no podía ubicarla exactamente. Había algo en el ángulo de su mandíbula, y en la intensidad de sus ojos que despertaba un vago recuerdo.

Lady Winterbourne resplandecía de orgullo. —Mi hijo tiene un aprecio particular por los caballos finos —dijo, lanzando una mirada de soslayo a Juliette—. Estaba muy intrigado al saber que usted estaba detrás de ese espléndido equipo de grises en la entrada.

Juliette inclinó la cabeza, con una sonrisa tirando de sus labios. —Su madre es muy amable, Lord Beasley. Confieso que me enorgullezco de elegir solo el mejor ganado.

La ceja de Beasley se arqueó, claramente impresionado. —Un ojo discernidor, sin duda, Lady Harcourt. Una rareza, seguramente. ¿Podría reclamar un baile con usted más tarde esta noche?

Dado su cortés asentimiento, Beasley se despidió, aunque no sin una mirada persistente que dejó a Juliette ligeramente divertida. Ciertamente era encantador, aunque su mente vagó casi contra su voluntad hacia cierto doctor que, en el transcurso de sus interacciones, había resultado menos complaciente pero de alguna manera mucho más cautivador.

El calor y la música del salón de baile la rodeaban mientras se dirigía hacia la sala de cartas, su mente agradablemente ocupada por los eventos de la noche. Sin embargo, sus pensamientos fueron interrumpidos cuando una figura familiar se materializó en su camino, deteniéndola en seco.

El Dr. Bentley estaba frente a ella, su expresión una intrigante mezcla de diversión y desafío que envió una ola de calor a través de ella. Trató de ignorar la aceleración de su pulso, pero no había forma de negarlo: el hombre tenía una enloquecedora habilidad para hacer que su corazón saltara.

—Buenas noches, Lady Harcourt —saludó, su voz suave como la seda, su mirada recorriéndola con una sutil intensidad que hizo que su piel hormigueara—. Veo que la señorita Pembroke se ha recuperado notablemente.

Juliette levantó su abanico, ocultando a medias su sonrisa. —En efecto, Dr. Bentley. Ella atribuye su recuperación enteramente a sus... ¿cómo diríamos... métodos poco ortodoxos?

Sus cejas se alzaron, su media sonrisa jugando en la comisura de su boca. —Refrescante escucharlo —respondió, su voz teñida de una callada calidez—. Al menos un miembro de su familia deposita fe en mis métodos.

Juliette alzó la barbilla, encontrando su mirada con un destello de diversión. —Oh, me inclino a creer que sus métodos muestran... potencial —replicó. Sostuvo su mirada un instante más, sintiendo el peso de su atención como una mano cálida sobre su piel—. Aunque me reservo el juicio hasta ver los resultados de manera más... concluyente.

Por un latido, sus ojos bajaron a su boca, y el gesto se sintió casi como un toque. Un rubor se deslizó por sus mejillas mientras él se demoraba en sus labios antes de encontrar su mirada una vez más. —Gratitud, entonces, aunque reservada. Me considero afortunado, Lady Harcourt —murmuró, su voz una suave caricia—. Es raro encontrar una... apreciación tan directa.

—No llamaría a mi gratitud directa —respondió ella, su abanico cerrándose de golpe—. Se gana con... esfuerzo.

Su mirada era firme, inquebrantable, con un calor latente en sus ojos que la emocionaba y la frustraba a la vez. —El esfuerzo nunca me ha disuadido —dijo Bentley con suavidad—. Lo disfruto.

Su pulso se aceleró mientras sus palabras acariciaban sus sentidos.

—¿Ah, sí? —Ladeó la cabeza, su mirada recorriendo su figura, notando la sutil flexión de sus hombros bajo su abrigo—. Y yo que pensaba que su profesión se trataba de aliviar el malestar... sin embargo, parece bastante hábil en causarlo.

Él dejó escapar una suave risa, su voz un murmullo oscuro destinado solo para ella.

—No todo malestar es indeseado. Algunos dolores son placenteros, ¿no está de acuerdo?

La garganta de Juliette se secó, su corazón dando un inconfundible vuelco. Sus palabras parecían deslizarse bajo su piel, inquietándola, emocionándola. Era agudamente consciente de su cercanía, el tenue aroma de él —lino limpio y algo más oscuro, más prohibido— nublando sus sentidos.

—Su dedicación al cuidado del paciente es casi inspiradora, doctor —murmuró, su voz desafiante mientras sostenía su mirada—. Quizás debería encargarle que trate una aflicción particular mía. ¿Qué recetaría para un pulso elevado?

Él no apartó la mirada, sus ojos cargados de promesas tácitas.

—Un médico nunca revela todas sus curas de una vez —respondió, su voz un suave murmullo que agitaba el aire entre ellos—. Pero estaría dispuesto a hacer una excepción... por un caso intrigante.

Ella rio ligeramente, esforzándose por parecer calmada incluso mientras su corazón latía aceleradamente bajo su corsé.

—Ah, pero yo no soy de las que revelan síntomas tan fácilmente. Una dama debe mantener cierto misterio, ¿no cree?

Él se reclinó, sin apartar la mirada de la suya.

—Quizás —concedió, su voz un murmullo bajo que se sentía como una caricia—. Pero he descubierto que los misterios a menudo se resuelven mejor mediante... una observación cercana.

—Entonces es afortunado, doctor —respondió ella—. Imagino que apenas hay una persona aquí que no haya... examinado a fondo.

Él inclinó la cabeza, su sonrisa profundizándose.

—Pero usted, Lady Harcourt, es diferente a cualquier otra persona en esta sala. Y no tengo por costumbre dejar misterios intrigantes sin resolver.

Antes de que pudiera responder, una voz inoportuna se entrometió, rompiendo el momento.

—¡Bentley! ¿Tratando de acaparar a Lady Harcourt para ti solo, veo? —La voz de Lord Winterbourne retumbó por la sala, un recordatorio de su presencia no invitada.

El Dr. Bentley se enderezó, su expresión apenas ocultando la irritación, aunque su mirada se detuvo en Juliette una fracción de segundo más de lo necesario, un mensaje silencioso pasando entre ellos.

—Simplemente velando por su salud, mi lord —respondió, su voz educada, pero sus ojos destellando con una posesividad que Juliette no pudo ignorar. Era una mirada que la emocionaba, incluso mientras intentaba descartarla.

—Bueno entonces, ¡Lady Harcourt, acompáñeme en el próximo set! —declaró Winterbourne, sus ojos entornándose mientras la miraba, como si la estuviera evaluando como una de sus adquisiciones.

Los dedos de Juliette se tensaron sobre su abanico mientras Winterbourne se acercaba. Hombres como él siempre habían asumido que podían tomar lo que les placiera. Lo había visto con Sir Charles —su encanto había enmascarado una podredumbre debajo, una que había corroído su confianza. Nunca más, se juró. No cambiaría un set de cadenas doradas por otro.

Levantó la barbilla, su voz firme.

—Gracias, Lord Winterbourne, pero me encuentro descansando esta noche. Unas cuantas rondas de piquet serán mi única indulgencia esta noche.

—¿Cansada? —Winterbourne rio, aunque su voz tenía un filo—. ¿Oíste eso, Bentley? Nuestra encantadora Lady Harcourt afirma estar cansada. ¿Cuál es tu remedio para eso, eh?

La mirada del Dr. Bentley permaneció en ella, su expresión indescifrable salvo por el más leve indicio de una sonrisa en sus labios.

—¿Para Lady Harcourt? —respondió, su voz cargada de un significado que solo ella podía escuchar—. Nada más que una noche tranquila... aunque un poco de emoción antes podría asegurar que ese descanso sea bien merecido.

El calor hormigueó en la piel de Juliette mientras sus palabras flotaban en el aire. Ella sostuvo su mirada, sin flaquear, su propia voz teñida de desafío.

—Gracias, doctor. Pero le aseguro que las noches tranquilas son muy codiciadas y escasas.

—Una lengua afilada y un ingenio aún más agudo —comentó Alexander, su tono impregnado de aprobación—. Londres está lleno de artificios, Lady Harcourt, pero usted es refrescantemente... precisa.

Juliette arqueó una ceja, un destello de diversión en sus ojos oscuros.

—La precisión tiene sus usos, Dr. Bentley. Uno debe ser exacto al tratar con la sociedad y, me imagino, con sus pacientes.

—Cierto —concedió, sus labios curvándose en una lenta sonrisa—. Pero la precisión también deja poco margen para el error. ¿Nunca se cansa de ser tan exacta?

—¿Cansada? Nunca. La exactitud es lo que mantiene el mundo en orden, doctor. Sin ella, todo se desmoronaría.

—Orden —murmuró, inclinándose ligeramente más cerca, su voz un suave desafío—. Pero no todo desorden es indeseado, ¿verdad?

Su respiración se detuvo por una fracción de segundo antes de recuperarse, levantando la barbilla con gracia practicada.

—Eso, Dr. Bentley, es una cuestión de perspectiva.

Winterbourne rió, y eso irritó los nervios de Juliette, pero se acercó más, demasiado cerca, su presencia cerniéndose sobre ella.

—Vamos, vamos, Lady Harcourt, seguramente no descartaría a un caballero tan fácilmente. Creo que podría usar un poco de... diversión. —Su mirada la recorrió de una manera que le puso la piel de gallina.

El agarre de Juliette se tensó en su abanico mientras enfrentaba la mirada de Winterbourne.

—Lord Winterbourne, soy bastante hábil eligiendo mis diversiones. La suya no es una de ellas.

Las cejas de Winterbourne se elevaron, claramente desacostumbrado a tal respuesta. Un destello de irritación cruzó su rostro, y ella sintió una oleada de satisfacción, mezclada con un hilo de inquietud.

La voz de Bentley, calmada pero afilada, rompió el silencio.

—Lady Harcourt sabe precisamente lo que quiere, mi lord. Sugeriría que respetemos sus deseos.

Winterbourne se erizó, pero Juliette aprovechó la oportunidad, su voz firme y punzante.

—Gracias, Lord Winterbourne. Quizás otra dama apreciaría mejor sus... encantos.

Con un asentimiento tenso, se alejó de él, su corazón latiendo con fuerza mientras se movía, sintiendo la mirada del Dr. Bentley sobre ella mientras se iba. Su piel hormigueaba con la tensión persistente, pero un sentimiento de triunfo florecía dentro de ella, un recordatorio de que no estaba a merced de ningún hombre, mucho menos de Winterbourne.

Al llegar a la seguridad de la sala de cartas, se permitió respirar, pero su mente permaneció fija en la persistente intensidad en la mirada del Dr. Bentley. Sabía que debería sacudírsela, descartarla como nada más que un intercambio fugaz. Pero la verdad ardía bajo la superficie: sus

palabras, su cercanía, la habían dejado deseando más, anhelando algo que no se había atrevido a imaginar. *No eran solo sus palabras las que la perturbaban, era la forma en que persistían, resonando con un peso que no quería nombrar.*

Cada encuentro con el Dr. Bentley parecía acercarla más a un borde que no sabía que existía. Y si era honesta consigo misma, no estaba segura de querer retroceder.

Capítulo 7

El murmullo de voces en la sala de cartas fue un alivio bienvenido cuando Juliette se despidió de las persistentes miradas de la sala de baile. Cada hombre —Lord Winterbourne con su mirada depredadora y el Dr. Bentley con su inexplicable capacidad de provocar una emoción eléctrica— la había inquietado a su manera. Aquí, entre las damas de la alta sociedad, podía respirar. El piquet no presentaba terrores, solo la promesa de animados cotilleos y un juego moderadamente competitivo.

Las risas y el barajar de las cartas la recibieron cuando se unió a los animados juegos de la sala. La Duquesa de Darnley, espléndida con su pesado maquillaje y su elaborado vestido, era su compañera. Juliette, consciente de la influencia de la duquesa, se propuso jugar con tacto.

Mientras se acomodaban, la duquesa la observó a través de su monóculo, con curiosidad brillando en sus ojos. —Así que usted es la joven de la que todos están murmurando —comentó la duquesa, con una sonrisa aguda y curiosa.

Juliette respondió con una sonrisa recatada, aunque sus ojos brillaban de diversión. —No lo dudo, Su Gracia. Aunque confieso que no puedo imaginar qué interés podría despertar en nadie.

La duquesa soltó una carcajada; su monóculo bajando lo suficiente para que Juliette captara el destello de aprobación en su mirada. —¡Oh, vamos! ¿No lo sabe? ¡Qué divertido! —Se inclinó más cerca, entrecerrando los ojos—. Sus diamantes, querida, son bastante espléndidos. Dígame, ¿son piedras de los Pembroke o joyas de los Harcourt?

—De los Harcourt, Su Gracia —dijo Juliette con ligereza, con un destello de orgullo—. Los Pembroke, aunque respetables, carecen de tales recursos.

—Me gusta su estilo, muchacha —comentó la duquesa, con el más leve atisbo de sonrisa en sus labios pintados—. Y debo decir que es refrescante ver a una joven de su inteligencia en el juego.

La compostura de Juliette se mantuvo intacta. —Es usted muy amable, Su Gracia.

La mirada de la duquesa se agudizó. —Usted es de los Pembroke de Yorkshire, supongo. Me parece recordar que sus bolsillos a menudo se encontraban vacíos.

Juliette, estudiando sus cartas, respondió con una leve sonrisa. —No, Su Gracia. Los Pembroke de Gloucestershire. Le aseguro que llevábamos una vida tranquila.

La duquesa inclinó la cabeza, su expresión momentáneamente pensativa. —Las vidas tranquilas sirven de poco. Sir Charles hizo bien en elegirla.

Juliette inclinó la cabeza, con voz suave. —Estoy agradecida por la fortuna que nos unió. —Pero el dolor en su pecho hacía eco de la verdad; había habido poco romance en su matrimonio arreglado.

—Una historia romántica, sin duda —murmuró otra dama cercana, con expresión comprensiva pero con un destello de curiosidad—. Y más aún debido al trágico final.

La duquesa asintió en acuerdo. —Un éxito esta temporada, no obstante. La señorita Pembroke está prosperando bastante bien, tengo entendido.

Juliette sonrió, con un toque de satisfacción bajo su exterior compuesto. —Sí, Su Gracia. Ha sido bastante gratificante, debo decir.

La duquesa rió, golpeando sus cartas. —¿Y no tiene pensamientos para usted misma? ¿Ninguna inclinación hacia el matrimonio, eh?

Los labios de Juliette se curvaron mientras miraba sus cartas. —La felicidad de mi hermana es mi principal preocupación, Su Gracia. Más allá de eso, estoy bastante satisfecha.

—Qué refrescante —comentó la duquesa con aprobación—. Demasiadas jóvenes en estos días se lanzan a cualquier dandy que pasa. Tanta imprudencia.

Juliette sonrió, con un destello de picardía en sus ojos. —Es cierto, Su Gracia, aunque me atrevo a decir que a menudo sabemos lo que no es mejor para nosotras.

La duquesa pareció sorprendida por un momento antes de estallar en carcajadas, su alegría contagiosa mientras varias otras damas se unían.

—¡Bien dicho, querida! —intervino otra mujer—. Tiene ingenio suficiente para una docena de pretendientes.

La duquesa levantó su copa en un brindis imaginario. —Y mantenga esa pistola cerca, Lady Harcourt. Los admiradores llegarán pronto.

Juliette esbozó una sonrisa irónica. —Ciertamente tengo la intención de hacerlo, Su Gracia.

Una de las damas se inclinó hacia adelante, con curiosidad brillando en sus ojos. —¿Qué podría hacerla tan resistente a sus encantos, Lady Harcourt? Me intriga enormemente.

La expresión de Juliette se suavizó. —Soy viuda reciente —respondió en voz baja, a modo de explicación.

—Quizás —murmuró una dama con astucia—, los caballeros en cuestión simplemente no cumplen con los estándares de Lady Harcourt. Tal meticulosidad es de admirar, aunque no siempre se entienda.

La conversación podría haber resbalado hacia un territorio más provocativo si la Duquesa no hubiera levantado la vista de repente, exclamando: —¡Sr. Bentley! No tenía idea de que se inclinara por el piquet. ¿Se unirá a nosotras?

Su pulso se aceleró al escuchar su nombre. No se había dado cuenta de que él había estado observando. Alexander Bentley siempre estaba observando, ¿no? Silencioso, observador, imposible de ignorar.

Su mirada se desvió hacia su oscuro abrigo mientras él inclinaba la cabeza hacia la Duquesa, su corazón dando ese familiar y enloquecedor vuelco.

—No, Su Gracia, creo que no —respondió él con suavidad, sus labios curvándose en esa irritante media sonrisa—. El piquet, me temo, es un juego de damas. No me atrevería a entrometerme.

La duquesa rió, un sonido gutural. —Muy sabio, en efecto, Sr. Bentley. Me temo que haríamos un rápido trabajo de su bolsa.

El Dr. Bentley inclinó la cabeza, su mirada desviándose brevemente hacia Juliette. —Ese es exactamente mi temor, Su Gracia. —Con una reverencia, se alejó, su oscuro abrigo y su paso firme haciéndolo una figura singular contra el clamor de la sala.

Los ojos de Juliette lo siguieron más tiempo del que debían.

—¿Lady Harcourt? —La voz de la Duquesa devolvió la atención de Juliette al juego—. Creo que es su turno.

—Sí, por supuesto. —Esbozó una leve sonrisa, sus pensamientos regresando a regañadientes al presente—. El Dr. Bentley atendió a mi hermana recientemente. Estaba indispuesta, y Lady Winterbourne fue lo suficientemente amable como para recomendarlo.

—Ah, eso pensé —comentó otra dama cercana—. La señorita Pembroke ciertamente se ve bien ahora.

***

La risa de Juliette se extendió por la habitación, un sonido melodioso que captó la atención de Alexander a pesar de sí mismo. Bentley se detuvo cerca de la puerta, su mirada atraída hacia Juliette sin poder evitarlo.

Las damas del *ton* tenían un don extraordinario para convertir lo mundano en un entretenimiento escandaloso, una habilidad que a él le divertía y desconcertaba a partes iguales. Sin embargo, esta noche su atención estaba en otra parte: en Lady Harcourt.

Sentada en la mesa de la Duquesa de Darnley, Juliette parecía formar parte de la multitud y, al mismo tiempo, estar apartada de ella. Acaparaba la atención sin exigirla —una habilidad que la mayoría de las mujeres del *ton* matarían por dominar. Pero había algo más, algo completamente natural, en la forma en que se movía. Le impresionó que su agudeza no fuera una armadura, sino una necesidad. Su risa, ligera pero contenida, le recordaba el canto de un pájaro: hermoso, pero demasiado fugaz.

Su risa resonó, ligera pero sincera, cuando la Duquesa elogió su juego. El sonido lo cogió desprevenido, atrayendo su mirada hacia la sutil curva de sus labios. Se dio cuenta de que aquí estaba más relajada que en el salón de baile. Lejos de los avances de Winterbourne y de las miradas indiscretas de pretendientes ambiciosos, parecía... más libre.

En ese momento se percató de con cuánto cuidado equilibraba sus papeles: hermana devota, viuda obediente y algo completamente distinto. Sospechaba que bajo su fachada cuidadosamente elaborada se escondía una mujer que desafiaba una fácil categorización, una que hacía mucho tiempo había aprendido el costo de confiar en la persona equivocada.

Su mirada se detuvo cuando la conversación se centró en él. Captó fragmentos de sus palabras: su dispensario, sus pacientes, el patrocinio de Lady Winterbourne. No era la primera vez que era objeto de chismes, ni sería la última. Sin embargo, esta noche, con Juliette sentada entre ellas, se preguntaba cómo lo veía ella. ¿Lo veía como las mujeres de la mesa: un médico excéntrico con prioridades cuestionables? ¿O veía algo más?

Cuando sus ojos se desviaron brevemente hacia el otro lado de la sala, donde él se encontraba ahora, el pulso de Alexander se aceleró. ¿Lo había notado, incluso en medio de la animada charla? ¿O era simplemente otra sombra en su periferia, no más significativa que el parpadeo de una vela?

Debería irse, se dijo a sí mismo. Este mundo de cartas y joyas no era el suyo. Y sin embargo, sus pies permanecían arraigados, su atención fija en la mujer que, a pesar de su elegancia y compostura, parecía tan ajena a todo aquello como él.

***

La mirada de Juliette se desvió hacia el otro lado de la sala, donde el Dr. Bentley ahora conversaba con la joven y hermosa hija de Lady Winterbourne. Ella se reía —no, prácticamente

resplandecía— bajo su atención, mostrándose cómoda, como si él fuera la compañía más encantadora.

—Se ha recuperado por completo —respondió Juliette, aunque luchó contra una punzada de algo incómodamente cercano a los celos—. Aunque dudo que fuera enteramente debido a su tratamiento.

—¿No le agrada su manera de ser, Lady Harcourt? —preguntó una de las mujeres.

Juliette eligió cuidadosamente sus palabras.

—Quizás sea simplemente demasiado... franco para mi gusto.

—Oh, ciertamente no es obsequioso —convino la mujer—. Pero es muy respetado, aparentemente es miembro de la Royal Society. Lady Winterbourne mencionó que estudió anatomía en Edimburgo bajo la tutela del Dr. Tertius, si me permite. Un nombre excéntrico, pero que se queda grabado en la memoria.

—Tonterías —interrumpió la Duquesa, entrecerrando ligeramente los ojos—. Puedo dar fe de la habilidad del Dr. Bentley. Cuando mi querido Héctor estaba gravemente enfermo, el Dr. Bentley le recetó té de digital —un tratamiento que me pareció absurdo. Pero, por algún milagro, Héctor se recuperó en una semana. Ahora, cada vez que su pecho se tensa, lo preparo de nuevo, y nunca falla.

Las cejas de Juliette se elevaron a pesar de sí misma.

—Estoy impresionada, Su Gracia.

Otra mujer añadió:

—Cuando mi hijo enfermó, el Dr. Bentley aconsejó aire fresco y leche de cabra —un escándalo para el personal de la guardería, pero seguí su consejo. ¡Y ahora mi James es la viva imagen de la salud! —Sonrió, con los ojos brillantes de orgullo maternal—. Me atrevo a decir que haría cualquier cosa para mantenerlo sano.

Olvidado el juego, las damas diseccionaron con entusiasmo los métodos poco convencionales de Bentley, pasando del chisme a la fascinación. Juliette, aunque reacia a admitirlo, se encontró igualmente fascinada, y aún más curiosa cuando la conversación derivó hacia la estrecha conexión de Lady Winterbourne con el Dr. Bentley.

—No puedo concebir por qué lo patrocinaría tan generosamente —reflexionó Juliette, casi para sí misma.

Las damas estallaron en carcajadas.

—Oh, querida, Lady Harcourt —se rió la Duquesa, limpiándose los ojos—. ¿De verdad no lo sabe?

Las mejillas de Juliette se sonrojaron.

—¿He dicho algo gracioso?

Juliette inclinó la cabeza, sus mejillas sonrojándose bajo la mirada divertida de la Duquesa mientras las risas alrededor de la mesa de cartas continuaban.

—Oh, ciertamente —murmuró Juliette, cayendo en la cuenta al recordar al hijo mayor de Lady Winterbourne, que había sido presentado con tanto orgullo—. Lady Winterbourne y el Dr. Bentley deben ser... amantes.

La expresión de la Duquesa se tornó francamente encantada, sus ojos brillando con diversión traviesa.

—¿Amantes? —exclamó, su risa un ronroneo bajo y indulgente—. Podrían serlo, por lo que sabemos, pero en realidad es mucho más simple... y quizás más complicado. El Dr. Bentley no es su amante, querida Lady Harcourt. Es su cuñado.

Las cejas de Juliette se elevaron, su mano a medio camino hacia su boca en sorpresa atónita.

—¿Es el hermano del Conde?

—En efecto, el más joven del Conde —confirmó la Duquesa, repartiendo una nueva mano de cartas con un brillo en los ojos—. Ah, los hechos del *ton* pueden ser más extraños que la ficción, ¿no es así?

—Ahora, seguramente está bromeando —replicó Juliette, aún procesando esta revelación. Pero el regocijo alrededor de la mesa indicaba que hablaban muy en serio.

—No es broma en absoluto —intervino otra dama, sonriendo como si Juliette hubiera tropezado con algún delicioso secreto—. Bentley es el apellido familiar. Y como puede ver —añadió—, comparten mucho más que mera sangre... aunque son tan diferentes como pueden serlo dos hermanos.

Juliette logró esbozar una sonrisa desconcertada, sacudiendo la cabeza.

—No puedo creerlo —admitió, sus pensamientos dando vueltas mientras trataba de reconciliar al indómito y taciturno Dr. Bentley con el elegante y afable Lord Winterbourne—. Parecen habitar mundos completamente diferentes.

—Oh, no sería usted la primera en notar la diferencia —respondió la Duquesa con tono burlón pero comprensivo—. Pero sí, es cierto. El Conde, como primogénito, heredó el título, mientras que el joven Alexander tuvo pocas opciones más que abrirse camino por sí mismo. Es un título irlandés, ¿sabe?, y sus arcas no son lo que fueron. Así que el Dr. Bentley se hizo médico... y uno célebre, además.

Una punzada de admiración, quizás incluso de simpatía, parpadeó en el pecho de Juliette mientras miraba hacia la habitación donde el Dr. Bentley había desaparecido. Cuán equivocada había estado en sus suposiciones.

—Winterbourne aseguró su fortuna al casarse con Vivienne —continuó la duquesa—. La hija de un marqués, nada menos. Todo un escándalo en su momento. Su familia desaprobaba, pero Vivienne no se dejó disuadir. —Se rio entre dientes, estudiando a Juliette con su mirada astuta—. Un hombre muy encantador, nuestro Lord Winterbourne. Es probable que haya visto demostrar sus... encantos.

Juliette compuso sus facciones en una sonrisa educada, ignorando el rubor que le subía a las mejillas. —Gracias, señoras, por ilustrarme —respondió con voz serena—. Habría odiado cometer un faux pas debido a mi ignorancia.

Las damas rieron, y la duquesa le dio una palmadita en la mano con amabilidad. —Pronto te familiarizarás con todos los chismes, querida. Es solo cuestión de tiempo.

Juliette inclinó la cabeza, logrando una sonrisa graciosa incluso mientras sus pensamientos bailaban entre las búsquedas libertinas de Winterbourne y el enigmático y reservado Dr. Bentley. Casi por impulso, preguntó: —He notado que la esposa del Dr. Bentley no está presente esta noche. ¿No asiste a estas reuniones?

La duquesa le dirigió una sonrisa cómplice. —El Dr. Bentley no está casado, querida. Aunque es probable que algún día se case con una heredera. Tendría que hacerlo, porque de lo contrario... —dejó la frase sin terminar, dejando que Juliette imaginara el asunto lamentable que sería.

—Pero los médicos están bien pagados, ¿no es así? —preguntó Juliette, tratando de ocultar su interés—. La tarifa que le pagué fue, debo confesar, bastante generosa.

Otra dama se inclinó hacia adelante, ansiosa por compartir más chismes. —Sir James es tan rico como Creso —murmuró—. Pero ¿el Dr. Bentley? Gasta cada centavo en su dispensario para los pobres.

La duquesa levantó la vista de sus cartas, curiosa. —¿Ha estado allí, Lady Newton?

La dama negó con la cabeza. —No, pero he oído que es un lugar muy curioso. Toda una operación, realmente... fregado hasta el último rincón. Incluso los pacientes son fregados —añadió con una risita horrorizada—. El propio Dr. Bentley insiste en ello. Verdaderamente excéntrico.

—¿De qué otra manera deberían ser tratados los pobres? —preguntó Juliette, incapaz de ocultar la admiración en su tono—. No pueden permitirse los honorarios de un médico.

Varias mujeres la miraron con sorpresa, algunas divertidas, otras indulgentes.

—Oh, podría tratarlos sin el fregado —respondió Lady Newton con un gesto desdeñoso—. No le faltan oportunidades; sus conexiones por sí solas le aseguran la entrada en los círculos más finos. Es una elección, querida. Es libre de hacer lo que le plazca con su tiempo. —Fingió un escalofrío—. Aun así, dicen que todo allí es inmaculado. Incluso sus asistentes alardean de que es el establecimiento más limpio de todo Londres.

Los ojos de la duquesa brillaron con interés. —¿Anatomizando, dice? Qué intrigante. Debo organizar una visita. —Lanzó una mirada de soslayo a Juliette, claramente disfrutando de la perspectiva—. Podría ser una gran distracción, ¿no crees?

Juliette reprimió una sonrisa, maravillándose de los variados intereses de las damas presentes. Desde patrocinar buena música hasta discutir los últimos chismes, y ahora incluso aventurarse a ver a los menos afortunados diseccionados, parecía que la alta sociedad encontraba entretenimiento en todos los rincones. Pero la idea de visitar el dispensario del Dr. Bentley permaneció con ella, una leve curiosidad floreciendo en algo más profundo.

La conversación cambió, y cuando se anunció el refrigerio, la duquesa dejó sus cartas a un lado con un suspiro satisfecho. —Un placer jugar contigo, querida —dijo, sonriendo—. Tú y la señorita Pembroke deben asistir a mi velada musical el próximo mes.

—Estaríamos encantadas, Su Gracia —respondió Juliette, con calidez en su voz.

—Ah, ahí está Lord Trumble —observó la duquesa cuando un apuesto marqués de cabello plateado se acercó con una sonrisa—. Aquí para acompañarte a la cena, sin duda. —Soltó una risa grave—. ¡No es que alguien se moleste en escoltarme estos días!

Juliette se levantó con gracia, aceptando el brazo ofrecido por Lord Trumble con una sonrisa mientras la guiaba hacia el comedor. Echó un rápido vistazo alrededor del espacio abarrotado, buscando a Livinia. Esperaba verla con Thomas Fairburn, quien había sido su compañero constante toda la noche.

Pero lo que vio en su lugar le quitó el aliento.

Al otro lado de la sala, su hermana estaba en animada conversación, no con el atento y siempre devoto Fairburn, sino nada menos que con el Dr. Alexander Bentley. Él se inclinaba hacia Livinia, su postura relajada pero atenta, su oscura mirada fija en ella como si fuera la criatura más fascinante de la sala. Livinia, por su parte, parecía completamente a gusto, sus mejillas sonrojadas, su risa sin reservas, como si lo conociera de toda la vida.

Una peculiar opresión se instaló en el pecho de Juliette. Se dijo a sí misma que era preocupación, que la apertura de Livinia la dejaba vulnerable a encantadores que podrían no tener sus mejores intereses en mente. ¿Y no era el Dr. Bentley precisamente el tipo de hombre

que se deleitaría con tal conquista? Sus comentarios anteriores habían sido audaces, su manera provocadora, dejando a Juliette tanto emocionada como inquieta. ¿Era simplemente su forma de ser? ¿Revoloteaba de una mujer a otra, dejando a cada una con el recuerdo de su enloquecedora media sonrisa y su ingenio desarmante?

El pensamiento le envió un escalofrío de inquietud por la columna. Juliette había visto hombres como él antes, hombres cuyo encanto ocultaba una despreocupación que podía herir sin remordimientos. Sir Charles había sido uno de ellos, aunque sus modales habían estado envueltos en un barniz más calculado. ¿Era el Dr. Bentley un libertino de la peor clase, capaz de susurrar palabras incendiarias a una mujer mientras cautivaba sin esfuerzo a otra?

Su agarre se tensó en su abanico mientras los celos surgían, sin ser invitados. No, protección, se dijo a sí misma. Eso era, la inocencia de su hermana, su futuro, era su deber proteger. Y sin embargo... no podía evitar preguntarse: ¿Era protección, o era algo completamente diferente? ¿Era preocupación por Livinia, o la esperanza de que el interés de Bentley estuviera en otra parte?

—Lady Harcourt —la voz de Lord Trumble interrumpió sus pensamientos—, espero que haya guardado espacio para las delicias que nos esperan.

Logró sonreír, pero su mirada volvió a su hermana y al Dr. Bentley. Mientras su hermana reía, inclinando la cabeza de cierta manera, Juliette se preguntó si Livinia también se estaba encontrando tan fascinada por Alexander Bentley como ella misma lo había estado, un pensamiento tanto inquietante como, de alguna manera, emocionante.

—Tengo un apetito razonable, Lord Trumble —respondió, manteniendo su voz ligera, aunque su atención permanecía, casi magnéticamente, en la curiosa escena al otro lado de la sala.

Capítulo 8

A pesar de su decisión inicial, Juliette descubrió que los pensamientos de visitar el dispensario del Dr. Bentley se desvanecían, resurgiendo solo en momentos en que su presencia en una reunión servía como un recordatorio inesperado. Pero su agenda apenas le permitía tiempo para tales reflexiones. Las invitaciones llegaban a raudales, desbordando la repisa de la chimenea en su sala de estar, y estaba decidida a aceptar tantas como fuera posible. Después de todo, esta era la Temporada de Livinia, y la aprovecharían al máximo.

Sin embargo, Juliette parecía atraer tanta atención como su hermana. Los nobles casados, descarados en sus deseos, continuaban intentando sus coqueteos —aunque ninguno era tan audaz como lo había sido Lord Winterbourne en su persecución. Y con casi igual fervor, los solteros la abrumaban con propuestas, muchas de ellas de hombres con títulos y linajes perfectamente respetables. Ella aceptaba sus cumplidos, incluso encontraba diversión en sus palabras floridas, pero no daba a ninguno motivos para tener esperanzas.

Sin embargo, sabía que no era simplemente una falta de sentimientos lo que enfriaba su interés. Aunque tenía veinte años, una edad que apenas la distinguía de las otras jóvenes que llenaban los salones de baile de Londres, Juliette ya había conocido la realidad del matrimonio. Su año con Sir Charles había sido suficiente para despojarla de las ilusiones que la mayoría de las debutantes aún mantenían, dejándola con una madurez que sus pretendientes parecían demasiado jóvenes para igualar. ¿Y aquellos de madurez adecuada? Ya estaban comprometidos con otras.

Aunque halagada, Juliette sentía un destello de impaciencia por el bien de Livinia. Deseaba que más de estos caballeros entusiastas dirigieran sus atenciones hacia su hermana. Pero Livinia, ajena a cualquiera fuera de su círculo elegido, daba sus afectos casi exclusivamente al Sr. Fairburn. En cada baile, en cada reunión, era lo mismo: Livinia y el Sr. Fairburn, bailando como

si ya hubieran intercambiado votos. Juliette suspiró, viendo cómo la Temporada que había diseñado para su hermana se estrechaba en un enfoque singular en un solo hombre.

Pero el destino parecía decidido a sacudir sus planes. El Dr. Alexander Bentley comenzó a aparecer en la órbita de Livinia. Juliette notó el cambio casi inconscientemente, como si la visión de Bentley con Livinia pinchara algún nervio del que no había sido consciente. Al principio, había sido una mera coincidencia —sorprenderlos conversando en un baile, un intercambio cortés en la fiesta de cartas de la Sra. Fairburn. Pero pronto, su atención se volvió más intencional. Los observaba de cerca, surgiendo involuntariamente el recuerdo de sus propios bailes con él.

Su mano firme en su cintura, la profundidad indescifrable en sus ojos mientras bailaban.

El recuerdo afloró antes de que pudiera sofocarlo, el calor de su mano mientras giraban al compás de la música, la forma en que su mirada parecía penetrar cada muro bien construido que ella había erigido a su alrededor. Pero lo apartó rápidamente, negándose a detenerse en la desconcertante atracción que parecía ejercer. No era más que un hombre propenso a observaciones punzantes y una arrogancia que igualaba su habilidad.

Aun así, era la aparente facilidad de Livinia con Bentley lo que más le preocupaba. Su hermana, generalmente tan reservada, había empezado a reír abiertamente con él, incluso bailaba cuando él se lo pedía. El hecho de que Livinia finalmente hubiera mostrado interés en alguien que no fuera el Sr. Fairburn habría complacido a Juliette, excepto... El Dr. Bentley no era el caballero que ella tenía en mente. Y con cada noche que asistían a algún salón de baile reluciente o soirée elegante, Juliette sentía que su interés por su hermana se intensificaba.

Lo que más le molestaba era algo que la Duquesa de Darnley había comentado casualmente. El Dr. Bentley, había dicho, eventualmente debía casarse con una heredera. Y aunque la dote de Livinia era respetable, la idea de que su hermana pudiera ser perseguida puramente por su riqueza inquietaba a Juliette.

Sin embargo, mientras miraba a su alrededor el vibrante mundo de la sociedad londinense, se permitió una pequeña indulgencia. Estaban disfrutando como nunca antes. Si podía hacer una temporada perfecta para Livinia, el resto era un detalle que podía dejar de lado.

Esa paz se hizo añicos una luminosa mañana de primavera, cuando Juliette regresó de un paseo temprano por el parque y encontró una carta de Francia en la repisa de la chimenea. Su mano firme en su cintura, la profundidad indescifrable en sus ojos mientras bailaban.

Mientras Juliette desplegaba la carta, su pulso se aceleró. La caligrafía de Arthur, afilada e inclinada, parecía burlarse de ella desde la página. La tinta se emborronó bajo sus dedos

temblorosos mientras leía:

Mi querida prima,Sería una lástima que una dama tan refinada como usted viera cuestionada su posición por la alta sociedad. Por supuesto, un caballero como yo no desea causar problemas, pero todos tenemos nuestros límites, ¿no es así? Su generosidad anterior ha sido muy apreciada, pero, lamentablemente, las circunstancias me obligan a contactarla una vez más. Seguramente no querrá que ciertos susurros lleguen a oídos ansiosos, querida. Los gastos en el extranjero han resultado inesperadamente onerosos. Confío en que será muy generosa.

Juliette dobló la carta firmemente. Las exigencias de Arthur eran una daga envuelta en cortesía. Tontamente, había esperado que el último pago le pusiera fin. Pero Blackwood era como una mala hierba; no importaba cuántas veces lo cortara, encontraba la manera de volver a crecer.

—¡Buenos días, querida! —la saludó Livinia, radiante y llena de luz—. Cómo me avergüenzas, levantada y fuera tan temprano mientras yo languidezco en la cama.

Juliette logró esbozar una sonrisa. —No duermo tan profundamente como tú. Pero me alegra ver que estás de tan buen humor.

La risa de Livinia sonó brillante y desinhibida. —Oh, lo siento en los huesos... va a ser un día perfecto.

—Parecías disfrutar mucho anoche, ¿no? —preguntó Juliette, su sonrisa suavizándose.

Livinia se sonrojó. —Fue sublime —murmuró, mirando soñadoramente la carta en las manos de Juliette—. Sabes, Jules, he llegado a disfrutar bastante de Londres. Aunque todavía me cuesta creer que esté aquí, así —dijo, haciendo un gesto hacia su vestido.

—Bueno —bromeó Juliette—, te estás convirtiendo en toda una socialité, querida.

Livinia se encogió de hombros, con los ojos bailando de emoción. —Bueno, como sueles decirme, debo aprovechar al máximo esta temporada —dijo con aire melancólico—. Mañana podría despertar y encontrarme de vuelta en Harcourt Manor.

Una expresión dura se asomó al rostro de Juliette, que luchó por mantenerla fuera de su voz. —Eso nunca sucederá.

Livinia pareció no darse cuenta, perdida en sus ensoñaciones. —¿Viste la cara del señor Fairburn anoche, después de que el doctor Bentley me pidiera dos bailes? —Se rio con una risa cristalina que pareció una cuchillada en los nervios de Juliette.

La mirada de Juliette se enfrió. —El señor Fairburn estaba comprensiblemente... molesto. Te estás volviendo un poco descarada, Livinia. Si no tienes cuidado, la gente empezará a llamarte coqueta.

La sonrisa de Livinia se ensanchó. —Pero tú me dijiste, Jules, que ampliara mis conocidos y no me decidiera por un solo hombre demasiado pronto.

Juliette se puso tensa, midiendo cuidadosamente sus palabras. —¿Estás diciendo que ahora el doctor Bentley está bajo consideración?

Livinia se sonrojó y por un momento pareció insegura. —Me hace sentir cómoda cuando me abruma la multitud. Pero no me ha dado ninguna razón para esperar una propuesta —Se encogió de hombros, su rostro suavizándose—. Además, incluso si lo hiciera, mi corazón pertenece al señor Fairburn. No soy una coqueta, Jules. No me atrevería a competir contigo —Sonrió, bromeando pero sincera.

Un alivio irracional y potente invadió a Juliette, aunque luchó por entender por qué. Dejó escapar una risa ligera, volviendo su atención a la carta mientras respondía: —Me alegra oírlo. Porque estoy convencida de que el doctor Bentley es un cazafortunas y nada más.

Las cejas de Livinia se fruncieron, su expresión decayendo. —Pero seguramente debe ser rico por sus honorarios, ¿no?

Juliette encontró la mirada de su hermana, sintiendo una extraña mezcla de lástima y protección. —Quizás —concedió—. Pero su trabajo en el dispensario consume gran parte de esos ingresos. Aunque quisiera, no podría permitirse comprar sombreros, cintas o mantener a una esposa con ningún tipo de estilo.

El rostro de Livinia decayó, su esperanza visiblemente disminuyendo. —Incluso si eso fuera cierto —murmuró—, no me hago ilusiones. No soy como tú, Jules. Ningún caballero se casaría conmigo si no fuera por mi dote.

—Livinia... —El corazón de Juliette se retorció, un dolor surgiendo sin ser invitado.

Pero Livinia solo se encogió de hombros, su voz suave. —El señor Fairburn... Creo que se preocupa por mí. Y todo lo que quiero es un hombre que sea amable y me ame. ¿Es mucho pedir?

El rostro de Juliette se suavizó en una sonrisa, sus dedos extendiéndose para tomar la mano de su hermana. —No es mucho pedir, querida. Es todo lo que yo también quiero para ti.

Sin embargo, en su interior, no pudo evitar maravillarse ante la ironía de todo —que su hermana gentil y soñadora favoreciera a un hombre tan simple como Nathaniel Fairburn sobre la intensidad oscura del doctor Bentley. Pero quizás, razonó, el corazón de Livinia sabía lo que quería. Solo deseaba que su propio corazón no estuviera tan inquieto cada vez que pensaba en el buen doctor.

Mientras sus pensamientos volvían a la carta en su mano, la voz de Livinia la interrumpió. —¿Qué tienes ahí, Jules? ¿Otra invitación, quizás? ¡Oh, déjame ver!

Antes de que Juliette pudiera responder, Livinia se la había quitado.

Le echó un vistazo. —¡Pero si es del señor Blackwood, desde París! —exclamó, leyéndola con avidez. Luego se puso rígida de indignación—. ¡Oh, qué descaro, Jules! Pedirte dinero. ¡Debería mandarlo a paseo!

—¡Livinia! —Juliette le lanzó una mirada, aunque apenas pudo contener una sonrisa burlona —. ¿Es necesario que uses expresiones tan vulgares? Somos damas, después de todo.

Livinia se sonrojó, sus labios curvándose en una sonrisa culpable. —Perdóname, Jules. A veces me olvido de mí misma.

—Bueno, espero que no en compañía del señor Fairburn —bromeó Juliette, ganándose una risita ahogada.

—Quizás una o dos veces, pero creo que lo encuentra entrañable —Su sonrisa se suavizó mientras sus ojos brillaban de diversión—. Honestamente, me ha sorprendido descubrir que incluso las damas de calidad a veces dejan escapar palabras tan sorprendentes.

Pero cuando volvió a mirar la carta, su diversión se desvaneció. —De todos modos, esta carta es una completa desfachatez.

Juliette la recuperó y, aún vestida con su traje de montar, caminó hacia la ventana, mirando hacia afuera mientras consideraba las demandas de Blackwood. —No es tan inusual —murmuró pensativa—. El señor Blackwood simplemente se encuentra en un apuro. Prefiero que me lo pida a mí que a alguna otra pobre alma.

Livinia cruzó los brazos, aún frunciendo el ceño. —¡Pero no puedes estar pensando en enviarle dinero!

Juliette se encogió de hombros, una leve sonrisa pesarosa tirando de sus labios. —Solo una pequeña suma, para ayudarlo a pasar el momento. Apenas merece mucha consideración. Y, después de todo, es el primo de Sir Charles —Se volvió, dando a su hermana una suave sonrisa, esperando aliviar la mirada de desaprobación de Livinia.

Livinia suspiró, aunque su rostro se suavizó, concediendo la derrota. —Eres demasiado bondadosa, Jules, pero supongo que estoy bastante prejuiciada contra él. El señor Blackwood siempre me ponía los pelos de punta —Arrugó la nariz—. Toda esa adulación y halagos... ¡y su charla sobre la moda parisina como si fuera la mismísima reina!

Juliette se rio, guardando la carta. —En efecto, sus encantos también son desperdiciados conmigo, pero esperemos que un pago lo mantenga a salvo en su camino y fuera del nuestro —

Su sonrisa se volvió irónica—. Porque no me encontrará tan generosa en una segunda ocasión. No soy una presa fácil, como diría padre —Pasó un brazo alrededor del hombro de Livinia—. Ahora, basta de los dramas del señor Blackwood. Desayunemos juntas y vayamos al banco...

El rostro de Livinia se entristeció instantáneamente, un destello de consternación en sus ojos. —Oh, se me olvidó mencionar... La señora Fairburn me invitó a acompañarla a visitar el zoológico esta mañana.

Juliette arqueó una ceja, luchando por contener una sonrisa. —¿Y sin duda el señor Fairburn estará presente?

Livinia asintió con entusiasmo, incapaz de ocultar su anticipación. —¡Y una de las chicas Devonshire también! ¿Puedo ir, Jules?

—Por supuesto que puedes —la sonrisa de Juliette se suavizó, aunque un destello juguetón persistió en sus ojos—. Una visita al banco no se compara con el zoológico, estoy segura —rio, liberando a su hermana de su suave abrazo—. Ve, diviértete, y recuerda—

—¿Que no deje que las atenciones del señor Fairburn me distraigan demasiado? —bromeó Livinia, guiñándole un ojo con picardía.

Juliette rio, con calidez en su mirada mientras Livinia se alejaba corriendo, sus faldas arremolinándose con energía juvenil. —Algo así —murmuró, sintiéndose reconfortada ante la escena. Y mientras Livinia se alejaba apresuradamente con un revoloteo de faldas y entusiasmo juvenil, Juliette volvió sus pensamientos al día que tenía por delante, sintiendo una nueva determinación dentro de ella. Protegería la felicidad de Livinia con cada fibra de su ser, incluso si eso significaba ahorrar una moneda o dos para cierto primo molesto en el extranjero.

Capítulo 9

Juliette salió del banco a la luz del sol, parpadeando momentáneamente ante el resplandor. Juliette suspiró, sintiendo el peso de la letra de cambio más pesado que el pergamino mismo. Blackwood tendría sus fondos pronto, aunque temía que esto solo alentara más exigencias. La idea la inquietaba, pero rápidamente la apartó. Se ocuparía de ese problema cuando, y si, surgiera.

La concurrida calle bullía a su alrededor mientras miraba arriba y abajo de la acera. Los repartidores gritaban de un lado a otro mientras descargaban barriles de cerveza en una taberna cercana, y el ruido de los cascos de los caballos y las ruedas de los coches llenaba el aire. Su lacayo le extendió una mano para ayudarla a subir al carruaje. —¿Adónde, mi señora? —preguntó el cochero.

Juliette dudó, su mirada se desvió distraídamente hacia la ventana. El día aún era temprano y, por una vez, su agenda estaba libre hasta la noche. Un destello de indecisión cruzó por su rostro, hasta que, por el rabillo del ojo, vio un letrero de calle. Cannon Lane.

El nombre le resultó familiar y frunció ligeramente el ceño, dejando que su mente buscara la conexión. Cannon Lane... por supuesto. El dispensario del Dr. Bentley. La idea surgió rápidamente, y su curiosidad afloró a la superficie, provocando una emoción que la sorprendió. Inclinándose hacia adelante, golpeó suavemente la ventanilla.

—Lléveme al Dispensario de Cannon Lane, por favor —indicó.

El cochero le lanzó una mirada de leve sorpresa, pero asintió e instó a los caballos a avanzar.

El carruaje rodó por calles cada vez más estrechas, y Juliette observó el entorno desconocido con creciente interés. Los edificios aquí eran más antiguos, inclinándose unos hacia otros como si se mantuvieran en pie por apoyo mutuo, y los animados sonidos de la ciudad dieron paso a un tipo diferente de ruido: murmullos de gente reunida en las esquinas, suaves llantos de niños que

se entretejían entre grupos de ociosos, y el tenue y amargo olor a humo de carbón que flotaba en el aire. Sintió que el carruaje aminoraba la marcha al pasar por un callejón estrecho y sombrío, flanqueado por ladrillos manchados de hollín y rostros pálidos y vigilantes.

Desde la ventanilla del carruaje, podía ver a gente acurrucada en los portales, con ojos cansados y ropa gastada y remendada. Su instinto de dar la vuelta parpadeó débilmente —este no era el mundo que habitaba normalmente, ni uno en el que se aventurara a menudo—, pero otra parte de ella, una parte mucho más valiente, la instó a seguir adelante. No era de las que se acobardaban, y este era un buen momento para ver el llamado dispensario del Dr. Bentley y entender, quizás, qué lo atraía a este lugar.

Se detuvieron frente a un edificio pequeño y discreto, con un letrero desgastado pero legible: *Dispensario de Cannon Lane para los Pobres*. Tomando un respiro para calmarse, permitió que su lacayo la ayudara a bajar, mirando el edificio con una mezcla de curiosidad y algo más profundo que aún no estaba lista para nombrar.

No estaba segura de qué esperar exactamente, pero su pulso se aceleró al dar sus primeros pasos hacia adelante.

El dispensario, una estructura desgastada que apenas merecía ese nombre, la hizo dudar. Pero después de un momento de vacilación, bajó del carruaje, impulsada por la curiosidad.

Paula, su doncella, jadeó consternada. —Seguramente, mi señora, no pretende entrar ahí.

—Simplemente tengo curiosidad por ver el lugar —respondió Juliette, con un tono ligero pero resuelto—. Después de todo, si lo encuentro valioso, podría convertirse en una causa para patrocinar.

—Pero señora —susurró Paula con urgencia, sus ojos dirigiéndose hacia la entrada—. Seguramente habrá contagio adentro. ¡Le ruego que lo reconsidere!

—Puedes esperar aquí si lo prefieres, Paula, pero yo voy a entrar —respondió Juliette con calma.

—Oh, no, señora —protestó Paula, con los ojos muy abiertos—. No podría dejarla entrar ahí sola.

A pesar de su reticencia, Paula siguió a Juliette mientras esta abría la pesada puerta de madera. En el momento en que entraron, una oleada de sonidos y visiones las abrumó. La habitación abarrotada bullía de figuras demacradas, con ojos hundidos y exhaustos. El aire estaba cargado de sudor y los llantos ahogados de niños aferrados a sus madres.

La pura intensidad de todo hizo que Juliette se detuviera, momentáneamente insegura. Pero Paula, con una determinación inesperada, se abrió paso entre la multitud. —¡Abran paso! —

ladró, con una voz más fuerte de lo que Juliette jamás había oído—. ¡Dejen pasar a mi señora!

Las cabezas que se volvieron hacia ellas mostraban rostros marcados por las dificultades, y el pulso de Juliette se aceleró mientras seguía a Paula. Asintió ligeramente, dando permiso para continuar, aunque la sombría escena a su alrededor despertó un sentimiento que no podía nombrar del todo: una inquietante mezcla de compasión e incomodidad.

Paula la condujo hasta una puerta al otro lado de la habitación, abriéndola para revelar una cámara más pequeña. Juliette avanzó vacilante, con la mirada fija en la escena que se desarrollaba ante ella.

Aquí, entre paredes de madera tosca y bajo una luz tenue, una mujer grande y de aspecto formidable sujetaba a un hombre que se retorcía sobre una mesa estrecha, mientras el Dr. Bentley trabajaba con feroz concentración, intentando colocar la pierna obviamente rota del hombre.

—¡Sujétalo con más fuerza, Nell! —ordenó Alexander, con voz cargada de urgencia—. Dale más brandy si es necesario, ¡pero mantenlo quieto!

El hombre se retorcía de dolor, sus gritos resonaban en la pequeña habitación mientras la mujer le forzaba más brandy en los labios para aliviar su agonía. Otra mujer, que esperaba con vendas, le secaba el sudor de la frente, con una expresión tensa de preocupación.

Paula, palideciendo ante la escena, se volvió rápidamente hacia su señora. —Por favor, mi señora, este no es lugar para usted. Volvamos en otro momento.

—Más tarde no supondría ninguna diferencia —respondió Juliette con firmeza, con la mirada clavada en la escena—. Siempre habrá dolor que presenciar aquí, creo. —Podía sentir la vacilación de Paula a su lado, pero Juliette se mantuvo firme, obligándose a permanecer calmada. Se negó a estremecerse, incluso cuando el hombre soltó otro grito de agonía.

Alexander apretó la tablilla con precisión deliberada, frunciendo el ceño mientras trataba de ignorar el creciente caos a su alrededor. —¡Si no te quedas quieto, Sam, perderás la pierna! —ladró, con la voz más áspera de lo que pretendía. La mujer corpulenta que sujetaba al hombre herido —Nell— soltó una risa irónica, su sonrisa brillando intensamente blanca contra su piel oscura.

—Eso es lo que le vengo diciendo, señor. Pero es un terco, ¿verdad?

Antes de que Alexander pudiera responder, una voz tranquila e inesperada se abrió paso entre el ruido.

—Dejarlo inconsciente podría ser la solución más rápida.

Sus manos se congelaron en medio del movimiento, el sonido de su voz tan discordante con la sucia y abarrotada habitación que le tomó un momento registrar a su dueña. Giró la cabeza

bruscamente, su mirada fijándose en Juliette Harcourt, quien estaba de pie justo dentro de la puerta.

La primera sensación fue de sorpresa. Era una visión de elegancia, el tono lavanda de su vestido brillando tenuemente en la luz tenue, su presencia irradiando una calma autoritaria que parecía completamente fuera de lugar en este sombrío escenario.

Luego vino la reacción visceral, totalmente inoportuna. El más leve rastro de su perfume le llegó, limpio y floral, cortando a través de los olores opresivos de la habitación. Su pulso se aceleró, un reflejo irritante que inmediatamente luchó por controlar. ¿Qué diablos hacía ella aquí?

La risa de Nell volvió a captar su atención.

—Eso es precisamente lo que sugerí, señora —dijo, asintiendo hacia Juliette con aprobación—. Pero él no lo acepta.

Alexander negó con la cabeza, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. El más leve atisbo de diversión reacia tironeó la comisura de su boca mientras miraba a Juliette de nuevo.

—Quizás la próxima vez, Lady Harcourt, lo consideraré. Ahora, si fuera tan amable, dé un paso atrás.

Lo dijo como una despedida, pero ella no se movió. En cambio, mantuvo su posición, su mirada firme e imperturbable.

—Una vez vi a un hombre caer de su caballo, rompiéndose una extremidad tan gravemente como esta —dijo, su tono tranquilo pero con un dejo de determinación—. Mi padre lo dejó inconsciente para reacomodar el hueso antes de que recuperara el sentido. El hombre ni murió ni perdió la pierna.

Sus palabras lo hicieron pausar. Su mirada se desvió hacia su rostro, captando un breve destello de algo crudo. La convicción coloreaba su tono, pero sus hombros tensos insinuaban incomodidad, ¿o tal vez una mentira?

—¿Su padre? —La pregunta se le escapó antes de que pudiera detenerla, la curiosidad rompiendo su habitual reserva.

Ella se tensó, lo suficiente para que él lo notara: el endurecimiento de sus hombros, el breve apretón de sus labios. No había tenido la intención de mencionarlo, de decir algo personal. Ese desliz, por mínimo que fuera, solo profundizó el enigma que ella representaba.

Pero Juliette se recuperó rápidamente, enfrentando su mirada directamente.

—En el campo, a menudo nos las arreglamos sin el lujo de un médico. Debemos ser... ingeniosos.

Ingeniosos. La palabra dio vueltas en su mente mientras la estudiaba. Había algo en la forma en que lo dijo, algo medido y deliberado. Un velo, decidió. Ella estaba ocultando algo, aunque por su vida, no podía decir qué.

Aun así, había un destello de orgullo en su tono que lo tomó desprevenido. Alexander se detuvo en sus palabras, en el desafío de su postura, antes de liberarse de la distracción. ¿Qué importaba si tenía un padre impresionante? ¿O si su ingenio era tan real como ella afirmaba? No cambiaba el hecho de que ella no pertenecía aquí, en el corazón de la miseria de Londres.

Se volvió hacia su paciente, cuya cabeza se había ladeado por los efectos del brandy.

—Debería estar lo suficientemente insensible ahora —dijo Alexander con brusquedad, volviendo a centrarse en la tarea en cuestión—. Mrs. Anders, ¿sería tan amable de mostrarle a Lady Harcourt el dispensario?

Cuando Mrs. Anders dio un paso adelante —una mujer pulcra de mediana edad con un comportamiento tranquilo y un rollo de vendas en la mano— Alexander le dedicó a Juliette una última mirada. Su protesta fue inmediata, su voz tensa pero educada.

—Oh, no quisiera entrometerme, Dr. Bentley...

¿Entrometerse? Ya lo había hecho.

—Al contrario, Lady Harcourt —dijo, sin molestarse en templar el sarcasmo que se filtró en su voz—, estoy agradecido de que una dama con tantos compromisos haya elegido honrarnos con su presencia.

Su expresión no vaciló —maldita sea su compostura—, pero hubo un destello en sus ojos que no pasó desapercibido. ¿Ira? ¿Vergüenza? Quizás ambas. Esperaba que le doliera. Ella no tenía nada que hacer aquí.

Mrs. Anders interrumpió con suavidad, señalando hacia un corredor lateral.

—¿Vamos, Lady Harcourt?

Alexander no esperó para ver la reacción de Juliette. En su lugar, se volvió hacia el hombre herido frente a él, obligando a sus pensamientos a endurecerse. Cualquier curiosidad que ella despertara en él, cualquier lapso momentáneo que su presencia creara, no lo consentiría. Ella era una intrusa en un mundo que no podía comprender. Y si estaba aquí para jugar a ser la salvadora, pronto aprendería que este lugar no toleraría ilusiones. Ni siquiera las de ella.

Mientras Juliette seguía a Mrs. Anders a una habitación más grande con techo alto, la atmósfera pareció cambiar, cargada de una reverencia contenida. Filas de camas bajas y juntas se

alineaban en las paredes, sus ocupantes silenciosos salvo por algún gemido ocasional o tos ahogada. El aire estaba más limpio de lo esperado, ligeramente perfumado con jabón y antiséptico en lugar de la suciedad que había anticipado.

Aquí, los enfermos y heridos yacían bajo mantas sorprendentemente limpias, sus rostros cansados reflejando el más tenue destello de esperanza. La garganta de Juliette se tensó mientras lo asimilaba todo. Esperanza. Era algo frágil y fugaz en este lugar, pero persistía en el aire, desafiante contra las probabilidades.

—Estos pacientes están demasiado enfermos para volver a casa, si es que tienen una —explicó Mrs. Anders, su tono tanto práctico como compasivo—. Necesitan cuidados constantes.

—¿Por qué no van a un hospital? —preguntó Juliette, genuinamente desconcertada.

El rostro de Mrs. Anders se suavizó, una mezcla de simpatía y frustración cruzando sus facciones.

—Muchos le temen a los hospitales, señora. Temen que nunca saldrán con vida —señaló hacia un hombre que yacía en la cama más alejada, con la pierna entablillada—. El caballero que acaba de ver... un carruaje lo arrojó a la cuneta en Cheapside esta mañana. Alguien sugirió que lo llevaran a St. Bartholomew's, pero expresó su deseo de ser traído aquí en su lugar. Sabía que el Dr. Bentley haría todo lo posible por salvar su pierna, en lugar de cortarla sin pensarlo dos veces.

—¿El Dr. Bentley cree que puede salvarla, entonces? —preguntó Juliette, su escepticismo matizado por una nota de esperanza que no pudo suprimir del todo.

Mrs. Anders asintió con firmeza.

—Es un fiel seguidor de los métodos del Dr. Potts. Creen en preservar las extremidades siempre que sea posible, incluso si requiere un cuidado meticuloso. Es notable lo que el doctor puede lograr con paciencia y dedicación.

Los labios de Juliette se tensaron, aunque su corazón se agitó con reluctante admiración.

—Bueno, supongo que veremos si sus métodos resultan exitosos.

Mrs. Anders, imperturbable ante el tono reservado de Juliette, la guió más allá por la fila de camas.

—Si tan solo tuviéramos espacio para más —suspiró—. El Dr. Bentley hace milagros, Lady Harcourt. Algunos llegan aquí prácticamente muertos, y sin embargo, con calor, comida y una cama limpia, comienzan a sanar.

Juliette observó los suelos fregados, las mantas cuidadosamente dobladas y el suave murmullo de los asistentes concentrados. No había riqueza aquí, ni lujo, pero sí había cuidado. Un cuidado

intencional. Sintió una punzada de algo poco familiar —¿envidia, tal vez?— por el sentido de propósito que estas personas parecían compartir.

—¿Y lleva mucho tiempo aquí, señora Anders? —preguntó, suavizando su voz.

La mujer se sonrojó, su entusiasmo momentáneamente contenido. —Dos años, señora.

—Dos años es un compromiso considerable —observó Juliette, estudiando más de cerca a la señora Anders—. Dígame, ¿cómo alguien de su refinamiento vino a parar aquí? Y como no veo anillo, supongo que no está casada.

El rubor de la señora Anders se intensificó. —Soy viuda, mi señora —respondió en voz baja.

Juliette se quedó quieta, su mano rozando el borde de una cama mientras sus pensamientos cambiaban. —Entonces tenemos eso en común —dijo, con la voz más suave ahora—. Aunque, a decir verdad, su presencia aquí me intriga.

La señora Anders la miró a los ojos, su rostro ensombrecido por un dolor distante. —Mi marido era un amable maestro de escuela —dijo con voz firme—. Un carruaje, conducido temerariamente, lo atropelló una noche. No sobrevivió.

El corazón de Juliette se encogió, su respiración se detuvo por un instante. —Una gran desgracia, sin duda —murmuró, genuinamente conmovida. Por un fugaz momento, pensó en su difunto esposo —cuán diferentes habían sido sus pérdidas, y cuánto envidiaba a la señora Anders por el amor que debió haber conocido.

—Es usted muy amable, mi señora —respondió la señora Anders, con la voz cargada de gratitud—. Pero comparado con las dificultades de muchos aquí, soy afortunada. —Dudó, luego añadió—: Después de que él muriera, mi hijo, Joe, enfermó con una fiebre severa. No tenía dinero para llamar a un médico, pero alguien me sugirió que viniera al dispensario. Siguiendo las instrucciones del Dr. Bentley, cuidé a Joe aquí durante quince días. Se recuperó, contra todo pronóstico.

—¿El Dr. Bentley salvó a su hijo? —la voz de Juliette se suavizó, su admiración creciendo a pesar de sí misma.

—Así es, mi señora. —La señora Anders se irguió, su orgullo evidente—. Dejó una impresión duradera. Ofrecí mis servicios al Dr. Bentley, y él amablemente los aceptó. Hemos tenido un hogar aquí desde entonces.

—Usted le ha dado mucho a cambio —señaló Juliette, conmovida por la dedicación de la mujer—. El Dr. Bentley tiene suerte de tenerla.

La señora Anders negó con la cabeza, su expresión sincera. —No, mi señora, somos Joe y yo quienes somos los afortunados. El Dr. Bentley me paga un pequeño estipendio por lavar la ropa

de cama y cuidar los vendajes. Puede parecer poco, pero para nosotros lo es todo.

Juliette asintió pensativa, sus dedos rozando la tela de sus guantes mientras asimilaba las palabras de la señora Anders. Juliette se preguntó cuán diferente habría sido su vida si alguien como Alexander Bentley hubiera aparecido cuando ella y Livinia estaban en su peor momento.

Capítulo 10

Mientras Juliette continuaba recorriendo el dispensario, su mirada se detuvo en las estrechas camas y los rostros cansados de quienes yacían en ellas, pero fue el recuerdo de la formidable mujer sujetando al hombre herido lo que surgió en su mente. —¿Y la otra mujer que vi, la de la fuerza impresionante, tiene una historia similar? —preguntó, su curiosidad llevándola más profundamente al corazón de este lugar.

La expresión de la señora Anders se tornó irónica, una mezcla de admiración y cautela suavizando sus facciones. —Oh, no, señora. La historia de Nell es bastante diferente —hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas—. Su antiguo amo la trajo de las Indias Occidentales y la vendió a... bueno... —la señora Anders dudó, su mirada vacilante—. A cierto tipo de establecimiento.

La voz de la señora Anders bajó, casi como si se arrepintiera de haberlo mencionado. Agregó rápidamente: —Pero supongo que una dama de su posición no estaría familiarizada con tales lugares.

Juliette mantuvo su mirada, su expresión firme, dándole un asentimiento casi imperceptible. —Al contrario, estoy al tanto de ellos —dijo, con voz tranquila pero deliberada—. Mi difunto esposo, verá, era un cliente frecuente.

La admisión se asentó entre ellas como una densa niebla, y el rostro de la señora Anders se suavizó, su mirada destellando con algo parecido a la simpatía.

—Perdóneme, mi señora. No quise...

—No es necesario —interrumpió Juliette suavemente—. Es la verdad, y una que ya no veo necesidad de ocultar.

La compostura de la señora Anders volvió, su voz más baja ahora. —Bueno, cuando la enfermedad se apoderó de ella, el, um...

—Burdel —ofreció Juliette sin rodeos, su voz desprovista de juicio.

—Sí, mi señora, el burdel decidió que ya no era... rentable —la voz de la señora Anders se tensó con disgusto—. La echaron para que se las arreglara sola, la dejaron morir en las calles. El Dr. Bentley la encontró, la trajo aquí y se encargó de su recuperación.

La mirada de Juliette se suavizó, floreciendo la simpatía en su pecho. La historia de Nell resonaba de una manera que la sorprendió y la inquietó. —¿Y se quedó para ayudarlo?

—Así es. Una vez que se recuperó, el Dr. Bentley le ofreció la libertad de irse —continuó la señora Anders, con un toque de orgullo coloreando sus palabras—. Pero Nell no tenía a dónde ir y, en realidad, ningún lugar donde quisiera estar más que aquí. Sigue tan devota a él como lo sería cualquier hermana. Me atrevería a decir que lo defendería con su vida.

Juliette sonrió levemente, su admiración por Alexander Bentley profundizándose a pesar de sí misma. —Parece que tiene una manera de inspirar devoción.

Los ojos de la señora Anders brillaron con una lealtad similar. —Es un hombre excepcional, mi señora. Quizás no el más fácil de tratar a veces —añadió con una risa irónica—, pero su corazón está en el lugar correcto.

Juliette dejó que las palabras perduraran, un curioso calor extendiéndose por su pecho. Cualesquiera que fueran sus reservas iniciales sobre Alexander Bentley, estaba claro que la gente aquí lo tenía en la más alta estima. Eso por sí solo hablaba volúmenes.

La señora Anders señaló hacia un pasillo lateral. —¿Le gustaría ver la sala de anatomía, Lady Harcourt?

Juliette negó con la cabeza, su voz suavizada por un nuevo respeto. —No, gracias, señora Anders. He visto lo suficiente para entender el corazón de este lugar. Vine a ver cómo el Dr. Bentley cuida de los vivos; eso es lo que realmente me interesa.

La señora Anders le hizo una reverencia sorprendida pero respetuosa. —Como desee, mi señora.

Mientras regresaban a la sala principal, la mirada de Juliette se dirigió instintivamente hacia Alexander Bentley. Las manos de Bentley se movían con precisión constante mientras ajustaba la férula, su frente arrugada en concentración. La visión de sus manos precisas y firmes despertó algo inesperado dentro de ella: una silenciosa admiración por su competencia, su dedicación. Este era un lado de él que nunca había visto realmente antes.

Su atención se desvió hacia una recién llegada: una mujer de edad indeterminada envuelta en un chal andrajoso, abrazándose a sí misma como si fuera el único calor que poseía. Tosía incesantemente, su delgado cuerpo temblando a pesar del leve calor de la habitación.

El Dr. Bentley terminó de remover un elixir y lo vertió en una pequeña botella, que le entregó a la mujer. —Esto aliviará un poco su tos —dijo, suavemente. Luego miró a la señora Anders—. Señora Anders, nuestra invitada no ha comido en dos días. Por favor, asegúrese de que reciba un tazón de caldo antes de irse.

—Oh, por supuesto que lo haré —respondió la señora Anders, asintiendo. Hizo un gesto a la mujer—. Venga, querida. Por aquí —le hizo una rápida reverencia a Juliette y una mirada de despedida al Dr. Bentley que contenía un toque de reverencia—. Enviaré a Jonathan —añadió—. La última vez que lo vi, estaba atendiendo un forúnculo.

El suspiro del Dr. Bentley apenas se ocultó. —Sí, por favor.

Alexander se enderezó, estirando los hombros cuando la voz de Juliette rompió el silencio. —¿Qué le diste? —preguntó, la pregunta llevando un tono de genuina curiosidad.

Por un breve momento, su tono lo desconcertó. No había desdén, ni condescendencia, solo un deseo de entender. Pero la visión de ella, prístina y pulida en esta habitación sucia y sofocante, hizo que su cinismo regresara rápidamente. —Aceite de eucalipto —respondió bruscamente, apenas mirando en su dirección. Sus manos ya estaban ocupadas con la siguiente tarea—. La aliviará temporalmente, pero está en las etapas finales de la tisis. Lo que realmente necesita es ropa abrigada y una vivienda adecuada.

Las palabras dejaron un sabor amargo en su boca, un reconocimiento de sus limitaciones que siempre dolía. Se arriesgó a mirarla y captó el leve fruncimiento de su ceño; sus dedos enguantados rozando el borde de la mesa. ¿Qué estaría pensando?

Para Juliette, las palabras del Dr. Bentley cayeron pesadamente, despertando una punzada de impotencia en lo profundo de su ser. Ropa abrigada y una vivienda adecuada. Parecían necesidades tan básicas y humanas, pero aquí eran lujos fuera de alcance. Su mirada se desvió hacia la puerta vacía, donde la mujer había desaparecido con la señora Anders.

—Necesita más que eso —murmuró, el peso de la realización presionándola—. Parece imposible, ¿no es así, proporcionar lo suficiente para todos aquí?

Su pregunta en voz baja lo sorprendió más de lo que le hubiera gustado admitir. Imposible. Sí, a menudo se sentía así. Sin embargo, su voz —suave, casi herida— lo inquietó. ¿Estaba realmente conmovida, o era esto simplemente otra actuación?

—Lo es —admitió él secamente, aunque la confesión raspaba contra su orgullo—. Sin fondos para sostenerla, la medicina solo puede llegar hasta cierto punto. —Hizo una pausa, permitiendo que la frustración que había estado hirviendo toda la mañana lo inundara—. Pero eso es algo que las personas en su posición podrían encontrar difícil de entender.

Se arrepintió inmediatamente. El destello en sus ojos le dijo que su pulla había dado en el blanco, pero se negó a suavizarla. Que se moleste. Que vea cómo es la verdadera necesidad.

Su columna se enderezó instintivamente, y ella encontró su mirada con fría desafío. —Perdóneme, Dr. Bentley, pero me parece que la recaudación de fondos podría ser una opción que usted ha descuidado explorar.

Su voz llevaba ahora un filo, uno afilado por el fuego que sus palabras habían encendido. —He conocido a innumerables damas que saltarían ante la oportunidad de apoyar una causa tan noble. Tal vez una sugerencia educada —o una invitación bien colocada— ¿podría tener algún efecto?

Recaudación de fondos. Como si fuera tan simple. El recuerdo de promesas vacías, de gestos grandiosos que nunca se materializaron, surgió sin ser invitado. Dejó escapar una suave risa sin humor.

—Ah —dijo, arqueando una ceja—. ¿De verdad cree que las damas de la sociedad cambiarían sus almuerzos y musicales por la difícil situación de los pobres? —Su voz se volvió mordaz, las palabras impregnadas de un escepticismo que no pudo reprimir por completo—. Me gustaría saber cuántas de su grupo estarían dispuestas a ver más allá de sus sombreros emplumados para mirar este tipo de pobreza a la cara.

Juliette alzó la barbilla. ¿Sombreros emplumados? ¿De verdad la creía tan superficial, tan ciega? Su pulso se aceleró mientras luchaba por mantener firme su voz.

—Más de las que usted cree —respondió fríamente, con palabras cortantes—. Yo, por ejemplo, estoy aquí, ¿no es así?

El desafío quedó suspendido entre ellos, denso y eléctrico. Ella se negó a apartar la mirada, con los ojos fijos en los de él, desafiándolo a que la descartara.

Sí, lo estaba. Imposiblemente así. Pero ¿por qué? Un destello de duda cruzó su mente. Quería creer que esto era mera curiosidad, un capricho pasajero para una mujer de su posición. Sin embargo, la convicción en su voz, el ardor en su mirada, lo inquietaron.

—Lo está —respondió, deliberadamente neutral—. ¿Y qué le parece, Lady Harcourt? ¿Encuentra nuestro pequeño dispensario suficientemente entretenido?

Se arrepintió del sarcasmo en el momento en que escapó de sus labios, pero no pudo contenerse. Su presencia aquí estaba agitando emociones que no tenía deseo de enfrentar.

—¿Entretenido? —La palabra goteaba desdén como un latigazo contra el orgullo de Juliette. Su mandíbula se tensó, sus dedos se curvaron dentro de sus guantes. ¿La creía tan superficial, tan inmune a lo que había visto aquí?

—No lo llamaría así —respondió con calma, aunque su voz llevaba un filo peligroso—. Si acaso, lo encuentro humillante.

Él la miró entonces, realmente la miró, como si no hubiera esperado la honestidad en sus palabras. La tensión entre ellos se espesó, su mirada sondeando, buscando, mientras ella se negaba a vacilar.

—Y admirable —continuó, su voz suavizándose a pesar de sí misma—. El trabajo que hace aquí es extraordinario, Dr. Bentley. Esta gente le debe sus vidas.

Sus propias palabras la sorprendieron, su sinceridad tomándola desprevenida. Sin embargo, sonaban verdaderas. En este lugar, él no era el hombre brusco y enloquecedor con el que había discutido en el baile. Era algo completamente diferente —alguien notable.

Cuando él continuó mirándola boquiabierto, Juliette prosiguió: —Y me gustaría ayudar —si usted lo permitiera. Parece que podría usar un par extra de manos aquí.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, audaces e inflexibles. Vio el destello de incredulidad en su expresión, la forma en que su mandíbula se tensó como si su sugerencia fuera completamente absurda. Pero ¿por qué no? ¿Por qué no debería ofrecerse? El peso de su escepticismo presionaba contra ella, pero se negó a flaquear.

¿Un par extra de manos? La cabeza de Alexander se levantó de golpe, sus manos deteniéndose sobre la férula perfectamente atada. ¿Había perdido la cabeza? Lady Juliette Harcourt, en sus sedas y guantes, ¿ofreciéndose a trabajar en este pozo negro de miseria? Era risible. Ridículo.

Y sin embargo... allí estaba ella, su postura desafiante, su mirada firme, como si realmente lo dijera en serio.

—¿Ayudar? —repitió, su voz baja, casi incrédula—. ¿Usted, Lady Harcourt, quiere ayudar aquí?

Se enderezó, cruzando los brazos sobre su pecho mientras sus ojos la recorrían, tomando nota del fino corte de su vestido, el débil brillo de joyas en sus orejas. Ella no pertenecía aquí, no en este lugar donde la desesperación se aferraba al aire como el humo.

—Dígame —añadió, agudo y cortante—, ¿cómo propone exactamente asistir? ¿Deberíamos buscarle un bisturí para que se una a mí en la mesa, o tal vez una escoba para barrer los pisos? Dudo que esos guantes suyos estén hechos para lavar sábanas.

Sus mejillas se encendieron ante su burla, y una réplica aguda saltó a sus labios, pero la contuvo. En su lugar, encontró su mirada con firmeza, su voz estable a pesar del destello de indignación que se elevaba en su pecho. —No tengo ilusiones sobre lo que usted podría pedirme,

Dr. Bentley. He visto lo suficiente para saber que el trabajo aquí requiere más que sensibilidades delicadas.

Dio un paso deliberado más cerca, cerrando la distancia entre ellos. —Pero no le temo al trabajo duro, independientemente de lo que usted piense de mí. O de mis guantes.

Su expresión se oscureció, pero ella captó el más breve destello de algo más bajo su exterior afilado —¿era sorpresa? ¿O algo más vulnerable? Desapareció en un instante, reemplazado por la máscara pétrea que ella estaba empezando a conocer demasiado bien.

Hablaba en serio. Dios lo ayudara, ella realmente lo decía en serio. Su mirada firme, sus palabras medidas —no eran los caprichos frívolos de alguna aristócrata aburrida.

Pero eso solo hacía que su oferta fuera más peligrosa.

Su presencia ya era una perturbación, cada una de sus palabras y movimientos desmoronando los muros que él había pasado años fortificando. Si ella se quedaba, si realmente se involucraba aquí, solo complicaría las cosas aún más.

—No tiene idea de lo que está pidiendo —dijo en voz baja, su voz teñida de un cansancio que no había tenido la intención de mostrar—. Este lugar... no está hecho para alguien como usted.

Debería haberse detenido allí, debería haberlo dejado así. Pero la forma en que ella estaba tan cerca, su presencia presionando contra cada uno de sus nervios, lo hizo añadir, casi con amargura: —Y sus guantes no durarían ni una hora.

Su pecho se tensó, su orgullo luchando contra su deseo de demostrar que él estaba equivocado. Quería gritarle, quitarse los guantes en los que él parecía tan fijado y arrojárselos a la cara.

Pero no le daría esa satisfacción.

En cambio, se quitó los guantes lentamente, deliberadamente, un gesto tan desafiante como sus palabras. —Entonces quizás me las arregle sin ellos.

El aire entre ellos pareció detenerse, cargado de una tensión tácita. Su mirada se posó en las manos de ella, ahora desnudas, antes de volver a su rostro. Por un momento, creyó ver algo cambiar en su expresión —algo crudo, casi hambriento—, pero desapareció tan rápido como apareció.

—Si me disculpa —dijo ella, con voz firme, aunque su pulso latía desenfrenadamente—, me gustaría ver qué hay que hacer.

Lo tenía acorralado, y maldita sea, ella lo sabía. Sus manos desnudas eran un desafío, su mirada inquebrantable lo retaba a decirle que no.

Debería enviarla lejos. Todos sus instintos le gritaban que lo hiciera —que protegiera su mundo, su cordura, de su bienintencionada disrupción. Pero algo en sus palabras, en sus

acciones, lo detuvo.

—Está bien —dijo al fin, apretando los dientes—. Pero no digas que no te lo advertí.

Se dio la vuelta bruscamente, los bordes afilados de su frustración erosionando su determinación. Ella no tenía idea de dónde se estaba metiendo, pero si estaba tan decidida a probarse a sí misma, él no la detendría.

Sin embargo, mientras la veía acercarse a la señora Anders, con la cabeza en alto, una parte de él no pudo evitar preguntarse si podría ser capaz de más de lo que le había reconocido.

Alexander se cruzó de brazos, su oscura mirada fija en Juliette mientras se unía a la señora Anders. Cada uno de sus movimientos era deliberado, mantenía la cabeza alta como si quisiera demostrar algo.

Odiaba cómo alteraba la habitación, atrayendo la atención de los pacientes que deberían estar descansando. Estaba demasiado compuesta, demasiado pulida, incluso con los guantes quitados. ¿Qué esperaba lograr aquí?

—Lady Harcourt —murmuró entre dientes—. ¿Qué está haciendo?

—Insiste en ayudar —respondió la señora Anders, con voz cuidadosamente neutral mientras le entregaba a Juliette un rollo de vendas.

La mandíbula de Alexander se tensó. Ayudar. Eso era lo que todas decían, las bienintencionadas damas de la sociedad que revoloteaban por lugares como este, ofreciendo sonrisas y lugares comunes antes de desaparecer de vuelta a sus vidas de seda. No entendían lo que significaba quedarse, ser testigo de la implacable rutina de dolor y pérdida.

Juliette sentía la mirada de Alexander clavada en su nuca, pero se negó a dejar que la distrajera. La señora Anders fue lo suficientemente amable como para guiarla, mostrándole cómo doblar y apilar la ropa de cama limpia. Era una tarea sencilla, pero le daba un sentido de propósito.

Sin embargo, sus manos vacilaron cuando escuchó la voz baja de Alexander detrás de ella.

—¿A esto le llamas caridad, Lady Harcourt? —preguntó—. ¿Doblar sábanas durante una hora antes de volver a tus carruajes y salones de baile?

Juliette se tensó, las palabras golpeándola más fuerte de lo que esperaba. Se volvió para enfrentarlo, levantando la barbilla. —¿Y qué querrías que hiciera, Dr. Bentley? ¿Darme la vuelta y fingir que nada de esto existe?

Su desafío lo irritaba y lo intrigaba a la vez. Allí estaba ella, con las mejillas sonrosadas, el cabello ligeramente despeinado, y aun así imposiblemente compuesta.

—No perteneces aquí —dijo fríamente, su frustración desbordándose—. ¿Crees que tu presencia cambiará algo? ¿Crees que unas pocas horas de tu tiempo desharán años de

sufrimiento? Esta gente necesita más que sábanas dobladas y buenas intenciones, Lady Harcourt.

Se acercó más, bajando la voz. —Lo que necesitan es alguien dispuesto a sacrificarlo todo. ¿Puedes decir honestamente que estás dispuesta a hacer eso?

El pecho de Juliette se tensó mientras sus palabras daban en el blanco, crudas e implacables. Él no podía saber —no podía ni empezar a entender— lo que ella había sacrificado, lo que había soportado.

Sus manos temblaron ligeramente, pero no retrocedió. —¿Crees que nunca he conocido el sacrificio, Dr. Bentley? —dijo en voz baja, su voz temblando con emoción contenida—. ¿Crees que mi vida no ha sido tocada por las dificultades porque llevo vestidos finos y pulseras?

Con gracia deliberada, se quitó la pulsera de la muñeca. Los diamantes captaron la tenue luz mientras la dejaba caer sobre la mesa desgastada con un suave tintineo.

—Véndela —dijo, su voz ahora firme—. Usa el dinero para comprar tus preciados suministros. O no lo hagas. No tengo nada más que demostrarte.

La pulsera yacía sobre la mesa, su brillo en marcado contraste con la madera gastada. Alexander la miró fijamente, contiendo la respiración.

Era un gesto ridículo —ostentoso e innecesario—, pero maldita sea, también era audaz. Y sincero.

Por primera vez, sintió que su certeza vacilaba. Tal vez la había juzgado mal. Tal vez había más en Juliette Harcourt de lo que había estado dispuesto a ver.

Pero el orgullo, siempre su escudo, mantuvo su voz afilada. —¿Crees que eso es suficiente? —preguntó, aunque las palabras sonaron huecas incluso mientras las pronunciaba.

Ella encontró su mirada, sus ojos ardiendo. —Es más de lo que te mereces.

Mientras la pulsera yacía brillando sobre la desgastada mesa, su luz fracturada bailando sobre las superficies tenues de la habitación, Juliette sintió una inesperada oleada de satisfacción. No era la satisfacción de la caridad, sino del desafío —desafío contra el escepticismo punzante de Alexander Bentley, contra las formas en que su difunto esposo la había menospreciado, y contra un mundo que tan a menudo había intentado silenciarla.

El sacrificio es para los tontos, la voz de Sir Charles resonó en su memoria, un desprecio envuelto en condescendencia. *Las damas preservan sus fortunas; no las desperdician en tonterías nobles.* Cuántas veces se había burlado de sus intentos de bondad, descartado sus sueños de hacer más que llenar el papel de esposa decorativa.

Pero mientras las duras palabras de Bentley se repetían en su mente, tan claras como las de su esposo alguna vez lo fueron, Juliette se dio cuenta de que algo fundamental había cambiado. Su

determinación se había endurecido, fortalecida por su enfrentamiento. Sin importar lo que Alexander Bentley pensara de ella, le demostraría —y a sí misma— que era más que las superficiales expectativas de la sociedad.

Le lanzó a Bentley una última mirada fulminante, encontrando su mirada atónita con una determinación ardiente. Girando sobre sus talones, se dirigió hacia la salida, el sonido de sus botas firme contra el suelo, su columna imposiblemente recta.

Paula se apresuró a seguirla, el rostro de la doncella una mezcla de shock y lo que podría haber sido admiración. La multitud que esperaba se apartó para dejarlas pasar mientras se abrían paso, el zumbido de la habitación desvaneciéndose detrás de ellas como una ocurrencia tardía.

El carruaje esperaba en la acera, su cochero observando con curiosidad mientras Juliette subía con un movimiento rápido y preciso. Paula apenas logró acomodarse a su lado antes de que la puerta se cerrara de golpe.

En el instante en que el carruaje se puso en marcha, Juliette exhaló, su respiración irregular, su pecho apretado por la tormenta de emociones que se arremolinaban en su interior. La audacia de lo que acababa de hacer la dejó tambaleándose —tanto exaltada como inquieta.

Se dejó hundir en el asiento, con las manos temblando ligeramente mientras la ira se desvanecía, reemplazada por una emoción inquieta y nerviosa. Nunca en su vida había actuado con tal abandono imprudente, con tal desafío audaz.

Y sin embargo, la expresión en el rostro de Alexander Bentley cuando se marchó —su máscara de fría indiferencia agrietándose, dejándolo atónito, quizás incluso conmocionado— había valido cada impulso precipitado.

El pensamiento trajo una sonrisa lenta, casi peligrosa, a sus labios. Había ganado esta ronda, sin importar lo que él pudiera pensar de ella.

Entonces, sin ser invocada, una imagen de Sir Charles vino a su mente, su rostro enrojeciendo de ira por su supuesta caridad "imprudente", sus comentarios mordaces sobre la _tonta sentimentalidad_ ahora sonando huecos. El recuerdo ya no le dolía. En cambio, le divertía.

Juliette echó la cabeza hacia atrás, su risa derramándose —suave al principio, luego más rica, más vibrante, mientras llenaba el silencioso carruaje. Era una risa nacida de la libertad, del desafío, y de la realización de que, por primera vez en años, no estaba jugando según las reglas de nadie más.

Se había sorprendido a sí misma hoy. Y quizás, solo quizás, también había sorprendido al Dr. Bentley.

Capítulo 11

La visita improvisada de Juliette a Cannon Lane la dejó inesperadamente complacida, sintiendo una emoción silenciosa cada vez que su muñeca desnuda llamaba su atención. Esa noche, mientras acariciaba el collar de diamantes que hacía juego, una sonrisa soñadora cruzó sus labios. ¿Cuántas mantas podría proporcionar el juego completo? El pensamiento persistió en su mente, dulce y placentero, aunque un poco escandaloso. Aunque dudaba que llegara tan lejos, por ahora.

Varios días después de su visita al dispensario, Juliette regresó a casa de un paseo matutino a caballo, con el aire fresco dejando sus mejillas sonrosadas y su ánimo en alto. Apenas se había cambiado el traje de montar cuando la criada anunció una visita inesperada: el Dr. Bentley.

Juliette se quedó paralizada, a medio quitar su chaqueta de montar, con un destello de irritación bajo su sorpresa. ¡Qué audacia la de ese hombre! Después de la forma en que la había despreciado en el dispensario, ¿tenía la osadía de visitarla? Pensó en rechazarlo de plano, pero, al final, la curiosidad pudo más. Ordenó que lo hicieran pasar y, después de unos momentos deliberados de hacerlo esperar, bajó las escaleras, asegurándose de que su cabello estuviera perfectamente arreglado. Llevaba un vestido de seda azul pálido con encaje crema, el escote bajo velado por un fichu de gasa que insinuaba la suave piel debajo.

Cuando entró, el Dr. Bentley estaba de pie junto a la ventana, su perfil sombreado recortado contra la luz del jardín. En el momento en que ella entró, él se giró. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella con esa mirada inquietantemente directa, y una vez más, se sintió sorprendida. El hombre era enloquecedoramente apuesto, su desaprobación solo acentuaba su atractivo.

—Es usted un visitante tempranero, Dr. Bentley —comentó fríamente, entrando en la habitación con toda la dignidad que pudo reunir—. Aunque, desafortunadamente, mi hermana aún no se ha levantado.

—No he venido a ver a la señorita Pembroke. He venido a verla a usted —su voz era firme, inflexible.

Sus cejas se alzaron ante esto, pero aun así, le indicó una silla.

—Bueno, entonces, ¿no quiere sentarse? —Se hundió en el borde de un sofá con gracia deliberada—. ¿Quizás le apetezca desayunar?

—No, gracias. Ya he comido, y no me quedaré mucho tiempo.

Mientras él se acercaba, Juliette sintió que sus nervios aumentaban. No estaba segura de qué había esperado, pero esta expresión implacable era inquietante. Justo cuando sus dedos jugaban con el rizo que descansaba sobre su hombro, el Dr. Bentley metió la mano en su abrigo y sacó algo. Con un movimiento rápido, lo arrojó sobre la mesa entre ellos. Aterrizó con un tintineo suave pero distintivo.

Su brazalete.

Juliette parpadeó, primero al brazalete, luego a él, completamente desconcertada. Antes de que pudiera hablar, los ojos de él ardían de furia.

—Lady Harcourt —comenzó, con voz fría—, ¿qué esperaba lograr exactamente con semejante... gesto?

Un escalofrío recorrió su columna, erizándole la piel. Tragó saliva, encontrando su voz.

—Yo... no entiendo —logró decir, forzándose a sostener su mirada—. Le di ese brazalete de buena fe. No fue un gesto sin sentido.

—¿No lo fue? —replicó él—. Me perdonará, milady, si no comparto su sentimiento —sus ojos oscuros se clavaron en los de ella, implacables—. Las joyas de imitación pueden servirle bien como accesorio, pero hacen muy poco por los indigentes.

La acusación golpeó como una bofetada, y la mano de Juliette voló instintivamente a su garganta.

—¿Imitación? —repitió, apenas capaz de procesar la palabra—. Ese brazalete es parte de los diamantes Harcourt. Vale una fortuna.

—Vale una fracción de eso, Lady Harcourt. Lo hice tasar por dos joyeros que confirmaron lo que sospechaba: el brazalete es falso.

Por un momento, el mundo a su alrededor pareció difuminarse, y sintió como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Las palabras de su padre resonaron en su memoria, recordando el orgullo con el que había proclamado la riqueza de su marido, y su estómago se retorció. Parpadeó, mirando del brazalete a la expresión pétrea de Bentley y de vuelta.

—No... —La palabra se escapó de sus labios, apenas más que un susurro—. No puede ser.

—¿No lo sabía?

Pareció suavizarse, apenas, mientras observaba su expresión cambiar de shock a una especie de comprensión horrorizada. Y al menos tuvo el buen sentido de parecer avergonzado.

—Había asumido... bueno, me disculpo. Sé que esto es difícil de escuchar, Lady Harcourt. Y lamento tener que ser el portador de tales noticias.

Su respiración se volvió superficial y rápida mientras miraba fijamente el brazalete, su superficie pulida burlándose de ella. ¿Cómo podía ser esto? ¿Qué significaba?

Sus manos se cerraron en puños, luchando contra la creciente marea de humillación y enojo.

—Gracias —logró decir, con la voz tensa—, por iluminarme, Dr. Bentley. No tenía idea —hizo una pausa, tratando de calmar sus pensamientos acelerados, y se enderezó en su asiento—. Parece que he sido engañada, y por eso, me disculpo. Estoy tan decepcionada como debe estarlo usted.

—Lady Harcourt —dijo él suavemente, acercándose, su voz bajando de tono—. Por favor, no tome esta noticia con demasiada dureza. Sé que debe ser un shock bastante grande.

Pero Juliette apenas podía oírlo. Su corazón latía con fuerza, y mil preguntas luchaban por dominar en su mente. Si el brazalete era falso, ¿las demás joyas también eran falsas? Y si era así... ¿lo habría sabido Sir Charles? Apretó los puños, sintiendo el sabor amargo de la traición subir por su garganta. ¡Por supuesto que lo había sabido! ¡Qué tonta había sido!

Juliette le agradeció con voz tensa antes de retirarse al carruaje.

—Gracias, Dr. Bentley, por traer esto a mi atención —dijo, con voz peligrosamente calmada—. Y ahora, si me disculpa, me gustaría estar sola.

Vaciló, percibiendo claramente su angustia. —Lady Harcourt, no era mi intención alterarla tanto. No debí haber venido con tanta brusquedad —su voz se suavizó aún más—. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Sí —respondió ella secamente—. Puede marcharse.

Un destello de sorpresa cruzó el rostro de él, pero inclinó la cabeza, aceptando su despedida. —Como usted desee —murmuró, retrocediendo con una leve reverencia—. Que tenga un buen día, Lady Harcourt —con una última mirada inquisitiva, se marchó, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Tan pronto como se fue, la fachada serena de Juliette se desmoronó. Extendió la mano, aferrándose al borde de la mesa mientras miraba fijamente la pulsera, escapándosele un sollozo de la garganta. La idea de que sus joyas —aquellas que Sir Charles había proclamado

orgullosamente como parte del legado Harcourt— fueran una mera ilusión de riqueza la dejó sintiéndose vacía.

Llamando a su doncella, ordenó que prepararan el carruaje y, con su joyero en mano, partió hacia el Strand para ver a un joyero por su cuenta. El corto trayecto se le hizo interminable, los ruidos de la ciudad no eran más que un borrón a su alrededor. Apretó el joyero contra su pecho, preparándose para la posibilidad de que las otras piezas también fueran inútiles.

El joyero confirmó sus temores en cuestión de minutos. Examinó cada pieza con ojo experto, su veredicto calmado y profesional, pero igualmente devastador. La mayoría de las piedras eran simple vidrio. Juliette le agradeció con voz tensa antes de retirarse al carruaje.

El viaje de regreso a Queen Square pasó como una bruma, sus pensamientos enredados en traición e incredulidad. ¿Lo habría sabido su marido? ¿Habría obtenido alguna satisfacción retorcida al dejarle una fortuna que no ascendía a nada más que mentiras y cristal? ¿Quién más lo sabía?

Al cruzar la puerta principal, Lavinia la recibió en el vestíbulo, sus ojos abiertos de preocupación.

—¡Jules, querida! Empezaba a preocuparme. Te ves pálida. ¿Dónde has estado? —su mirada cayó sobre el joyero que Juliette aferraba en sus manos, frunciendo aún más el ceño—. ¿Por qué andas cargando tus joyas?

Juliette miró el joyero como si lo viera por primera vez. Con un suspiro tembloroso, logró esbozar una pequeña sonrisa forzada. —Yo... las hice revisar. Pensé que uno de los broches podría necesitar reparación.

Los ojos de Lavinia se suavizaron con alivio, aunque un rastro de preocupación persistía. —¿Estás segura de que estás bien, Jules? Pareces... distraída. ¡Y tu sombrero es el viejo!

Juliette miró su sombrero y dejó escapar una risa seca. —Oh, eso es culpa de Paula por completo. Tendré que regañarla. ¡Imagínate, que me vean por ahí con un sombrero viejo! —logró esbozar una sonrisa irónica, enlazando su brazo alrededor de los hombros de su hermana —. Ven, querida. Vamos a desayunar. Estoy famélica después de mi paseo. Es realmente muy vigorizante.

Pero mientras caminaban, su mente volvía a la traición, y su determinación se endurecía.

Capítulo 12

Lo que más preocupaba a Juliette, mucho más que el brazalete en sí, era el temor persistente de que Alexander Bentley pudiera revelar su humillante secreto. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría estado segura de ello; la alta sociedad prosperaba con el escándalo, y un jugoso chisme como el de los falsos diamantes Harcourt no pasaría desapercibido. Tal noticia se propagaría como fuego en hierba seca.

Sin embargo, admitió a regañadientes que el Dr. Bentley no era exactamente el típico galán de la sociedad. No se maquillaba ni se ponía lunares; su vestimenta, aunque respetable, tendía más a lo sencillo que a lo extravagante. Pero era más que una cuestión de gusto —o el hecho de que sus medios probablemente no le permitieran la ostentación a la que aspiraban la mayoría de los hombres de la alta sociedad. No, a diferencia del típico galán de sociedad, la ropa sencilla y el comportamiento poco refinado de Bentley hablaban de un hombre desinteresado en complacer a los ricos, un rasgo que admiraba a regañadientes.

Durante los días siguientes, observó cuidadosamente cualquier indicio de escándalo, cada baile o velada le provocaba un nervioso aleteo. Pero no hubo chismes sobre sus joyas. No vio señales del Dr. Bentley y, poco a poco, respiró con más tranquilidad, aunque su sensación de deuda con él persistía.

Entonces, una mañana, Lavinia interrumpió sus pensamientos leyendo en voz alta *The Times*.

—¡Oh, escucha esto, Jules! ¡Ha habido un motín en Cheapside!

Juliette levantó la vista de *The Lady's Magazine*, alzando las cejas.

—¿Un motín? ¿Aquí en Londres? Qué extraordinario.

—Parece que ha habido varios, en realidad —continuó Lavinia, repasando el artículo con el dedo—. Uno es un motín antipapista, pero el de ayer fue por el alto costo de la comida. ¡Sacaron al ejército y más de cien personas resultaron heridas solo en Ludgate Hill!

Juliette frunció el ceño mientras pensaba en Cannon Lane.

—Cheapside... —murmuró—. Está cerca del dispensario, ¿no es así?

Lavinia levantó la vista, asintiendo distraídamente.

—Sí, me atrevería a decir que lo está.

Una chispa de alarma recorrió a Juliette. El dispensario estaría abarrotado de heridos.

Sin pensarlo más, se puso de pie de un salto y tocó la campana, sobresaltando a Lavinia.

—El dispensario necesitará suministros —explicó con brusquedad.

—Pero Jules, seguramente hay hospitales para ese tipo de cosas.

—Sí, pero la mayoría prefiere el dispensario, y yo, por mi parte, no puedo culparlos.

—Oh, Jules, no pretenderás ir tú misma, ¿verdad? —preguntó Lavinia, horrorizada.

Juliette asintió mientras entraba un lacayo.

—No te preocupes, Vinni. Estaré perfectamente a salvo.

Luego se volvió hacia el lacayo.

—Thomas, por favor dile a la señora Brisley que saque todas las sábanas recién lavadas que pueda, que corte la mitad en tiras y que empaquete todo en un paquete. Luego, que traigan el carruaje.

El lacayo repitió sus órdenes, arqueando una ceja.

—¿Cortadas en tiras, mi lady?

—Sí, en tiras —respondió ella—. Y tan rápido como sea posible, por favor. Es urgente.

Después de que se fue, Lavinia, que había estado observando este intercambio con asombro y la boca abierta, exclamó:

—Jules, ¿has perdido la cabeza?

Juliette se rio.

—Quizás, pero creo que ese dispensario necesitará desesperadamente sábanas y vendas.

Lavinia sonrió, impresionada.

—Nunca se me habría ocurrido eso, querida. Pero no irás a entregarlas tú misma, ¿verdad?

Las mordaces palabras del Dr. Bentley aún resonaban en la mente de Juliette, provocando una frustración latente que se negaba a disminuir. *¿Crees que las sábanas dobladas y las buenas intenciones marcarán la diferencia?* Su desdén le había dolido más de lo que quería admitir, no por su crueldad, sino porque implicaba una verdad que no podía ignorar: que sus acciones, aunque sinceras, podrían quedarse cortas frente a lo que realmente se necesitaba.

Pero no tenía intención de dejarse desestimar tan fácilmente.

El aire de la mañana era fresco, y Juliette estaba de pie en la sala, supervisando a los lacayos mientras llevaban paquetes de ropa de cama recién lavada hacia el carruaje que esperaba. Ella misma había supervisado el corte de las vendas, el empaquetado de las mantas y la organización de todos los suministros que podían prescindir. Lavinia había observado la escena desarrollarse con un asombro apenas disimulado, sentada en el sofá como si presenciara un espectáculo.

—¿Realmente vas a hacerlo, Jules? —preguntó Lavinia, oscilando entre la curiosidad y la incredulidad—. ¿Vas a ir tú misma a Cannon Lane?

Juliette se ajustó los guantes con calma deliberada, levantando la barbilla.

—Sí, voy a ir. Y antes de que lo sugieras, no, no quiero oír ni una palabra más sobre dejar esto a los sirvientes. Si el Dr. Bentley piensa que soy incapaz de ofrecer ayuda real, está muy equivocado.

Lavinia alzó las cejas.

—¿Y si es tan peligroso como él sugirió?

Juliette hizo una pausa, apretando los labios, pero el acero en su determinación no vaciló.

—Entonces tendré cuidado. Pero no dejaré que el miedo —o su opinión— me impida hacer lo que creo que es correcto.

Su hermana dio un leve suspiro, sacudiendo la cabeza con exasperación.

—Eres imposible cuando te pones así.

La sonrisa de Juliette fue tenue pero decidida.

—Quizás.

Mientras los lacayos aseguraban el último paquete, Juliette se envolvió el chal firmemente alrededor de los hombros y salió a la calle empedrada. La vista del carruaje esperando con la puerta abierta le dio una pequeña emoción de propósito. Esto no era mera rebeldía, era la prueba de que era más de lo que el Dr. Bentley creía. No era una criatura frágil, limitada a salones y salones de baile.

El viaje en carruaje fue tranquilo, el ritmo de las ruedas sobre las piedras coincidía con el latido de su determinación. A medida que se acercaban a Cannon Lane, las calles se volvían más estrechas, la atmósfera más cargada. Las secuelas del motín aún flotaban en el aire: una tensión que parecía asentarse en cada callejón sombrío y cada pared manchada de hollín.

Cuando el carruaje se detuvo frente al dispensario, Juliette no perdió tiempo. Bajó a la calle, con sus lacayos siguiéndola con los paquetes en mano. El edificio era tal como lo recordaba — desgastado y modesto, pero lleno de movimiento con el personal y los pacientes entrando y

saliendo apresuradamente. Su corazón se encogió ligeramente al ver a un niño pequeño sentado en los escalones, aferrando un vendaje improvisado alrededor de su mano.

Comenzó a dirigir a sus lacayos, con voz tranquila pero firme. —Coloquen los paquetes más grandes cerca de la entrada. Las vendas y los suministros más pequeños pueden entregárselos al personal del interior.

Mientras trabajaba, los leves sonidos de conmoción se hicieron más fuertes. Miró hacia el extremo de la calle, donde se estaba formando una pequeña multitud. La tensión era palpable —voces enojadas elevándose, el filo agudo de la desesperación cortando el aire. Su pulso se aceleró, pero se obligó a concentrarse, ayudando a descargar los últimos paquetes.

—¡Lady Harcourt!

La voz profunda y familiar cortó el ruido, aguda por la alarma. Juliette se giró justo a tiempo para ver al Dr. Bentley caminando hacia ella, su abrigo ondeando ligeramente con la urgencia de sus pasos. Su expresión era más sombría de lo que jamás había visto, sus ojos destellando con frustración —y algo que parecía sorprendentemente como miedo.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —exigió cuando llegó a ella, su voz baja pero tensa por la ira apenas contenida—. Este no es lugar para usted.

Juliette se irguió, enfrentando su mirada con firme desafío. —Vine a entregar suministros. Seguramente no puede objetar eso.

Su mirada se desvió hacia los paquetes apilados junto a la entrada del dispensario, y luego de vuelta a ella. —No debería estar aquí —dijo de nuevo, su voz más áspera ahora—. ¿Tiene idea de lo peligroso que es este lugar en este momento?

—Estoy perfectamente consciente de los riesgos, Dr. Bentley —respondió ella—. Pero no dejaré que el miedo me impida ayudar donde pueda.

—¿A esto le llama ayudar? —Hizo un gesto brusco hacia la calle, donde la multitud se volvía más ruidosa y volátil—. Se ha puesto en riesgo a sí misma —y a todos los demás— al venir aquí. Esto no es un salón de caridad, Lady Harcourt. Es real y es peligroso.

—Me niego a ser intimidada hasta la inacción simplemente porque usted cree que soy incapaz —replicó ella, alzando la voz—. Si no reconoce mi esfuerzo, entonces quizás los suministros hablen por sí mismos.

Por un momento, él la miró fijamente, con la mandíbula tensa por la frustración apenas contenida. Luego, sin previo aviso, se volvió hacia uno de los miembros del personal cerca de la entrada. —Jonathan, escolte a Lady Harcourt de vuelta a su carruaje. Ahora.

—Dr. Bentley, eso es completamente innecesario...

Él se acercó, su presencia imponente mientras su frustración parecía hervir justo bajo la superficie. Antes de que ella pudiera reaccionar, sus manos subieron para agarrar sus hombros, firmes pero no rudas, su tacto sorprendentemente cálido incluso a través de las capas de su ropa. La repentina intimidad de ello —su cercanía, la intensidad en sus ojos oscuros— le envió una sacudida, haciendo que su respiración se entrecortara.

—No lo entiende —dijo él, su voz baja, áspera, las palabras vibrando en el espacio entre ellos —. Esto no es un juego, Juliette. Esta calle podría volverse violenta en cuestión de momentos, y no permitiré que quede atrapada en medio de ello.

Su nombre en sus labios —era la primera vez que lo pronunciaba sin la rígida formalidad de un título, y le envió un escalofrío por la espalda. Ella lo miró fijamente, con el pulso acelerado mientras el aire parecía espesarse entre ellos, cargado con algo que no podía nombrar del todo.

—Puedo cuidarme sola —respondió, su voz más baja ahora pero aún con un tono de desafío. Su mirada se encontró con la de él, negándose a ceder a pesar del rápido latido de su corazón—. No soy tan frágil como cree.

Su agarre en sus hombros se apretó ligeramente, lo suficiente para hacerla agudamente consciente de la fuerza en sus manos. —No es frágil —dijo él, más suave, aunque no menos intenso—. Pero aun así no está segura aquí. Y no voy a —no puedo— permitir que se quede.

El peso tácito de sus palabras quedó suspendido entre ellos, como si hubiera revelado mucho más de lo que pretendía. Su mirada bajó brevemente a sus labios antes de volver a sus ojos, y la respiración de Juliette se entrecortó, la tensión entre ellos girando hacia algo casi insoportable.

Por un latido, ninguno de los dos se movió, el ruido de la calle desvaneciéndose en el fondo. Luego, como si el momento hubiera roto algo dentro de él, dejó escapar una exhalación brusca y dio un paso atrás, sus manos cayendo de sus hombros pero dejando un leve calor fantasma en su ausencia.

—Enviaré a Jonathan con usted —dijo, su voz tensa, casi ronca—. Vuelva a su carruaje. Ahora.

Juliette parpadeó, momentáneamente aturdida por el cambio repentino, pero el recuerdo de sus manos en sus hombros y la cruda intensidad en sus ojos se grabó en su mente. Se irguió, su orgullo luchando contra el inesperado aleteo en su pecho.

—Muy bien —logró decir, su voz medida, aunque su compostura parecía pender de un hilo—. Pero no piense que esta será la última vez que me vea aquí, Dr. Bentley.

Él dejó escapar una leve risa sin humor, su expresión suavizándose a pesar de sí mismo. —Y no piense que dejaré de enviarla lejos si es inseguro —murmuró, su voz bajando mientras su

mirada se detenía en ella, más oscura ahora, casi ilegible—. Prefiero que me odie a verla herida.

Su pecho se apretó, las palabras golpeando más profundo de lo que le gustaba admitir. Por un momento fugaz, consideró decir algo —cualquier cosa— que pudiera romper el hechizo que parecía ejercer sobre ella. Pero la intensidad de su mirada, el eco de su tacto, la dejaron momentáneamente a la deriva.

Jonathan apareció a su lado, esperando para escoltarla, y ella se giró para irse, sus movimientos deliberados, casi frágiles. Mientras subía al carruaje, se arriesgó a echar una última mirada hacia él. Estaba de pie en el mismo lugar, con los brazos cruzados, su expresión sombría e ilegible.

El carruaje se sacudió hacia adelante, y Juliette dejó escapar un lento y desigual suspiro, sus dedos apretándose alrededor de los pliegues de su falda. Peligroso. La palabra se repetía en su mente, sin ser invitada, agitando una inquietud inquieta que no tenía nada que ver con los disturbios o las calles que acababa de dejar atrás.

Peligroso para su compostura. Peligroso para su sentido de control. Peligroso para los muros cuidadosamente construidos que había erigido alrededor de su corazón.

Se presionó los dedos enguantados contra los labios, como si pudiera contener físicamente el pensamiento antes de que se formara por completo. No. No se permitiría llegar ahí —ni ahora, ni nunca. Lo que fuera que hubiera pasado entre ellos —si es que algo había pasado en absoluto— no era más que un momento fugaz, nacido de la tensión y las circunstancias.

Y sin embargo... el eco de su voz, la feroz protección en su mirada, persistía, inquietándola de una manera que ningún otro hombre lo había hecho antes. Se dijo a sí misma que era simplemente su audacia, su negativa a ceder, lo que se había metido bajo su piel. Eso debía ser.

Pero en el fondo, mientras la ciudad se desdibujaba por la ventana del carruaje, sabía que esa no era toda la verdad. Alexander Bentley no era peligroso por su terquedad o su lengua afilada. Era peligroso porque, de una manera que aún no podía articular —o quizás se negaba a hacerlo —, había empezado a importar.

Capítulo 13

Alexander Bentley toleraba los musicales con la paciencia resignada del deber, su trabajo en el dispensario era un marcado contraste con la frivolidad de estos salones dorados.

En el musical de la Duquesa de Darnley, la luz dorada se derramaba desde las arañas de cristal, y las paredes espejadas proyectaban la sala en reflejos infinitos. Las conversaciones zumbaban como una colmena, puntuadas por carcajadas y el suave tintineo del cristal. Alexander se mantenía al borde de la sala, con una copa en la mano, la inquietud oprimiendo su pecho.

Al otro lado de la sala, la tenue melodía de un clavecín se entretejía en el aire, sus notas delicadas pero persistentes, un telón de fondo gentil para la frivolidad de la velada. Su mirada vagaba distraídamente por la sala hasta que intentó no hacer obvio que buscaba a alguien.

Juliette Harcourt.

Ella estaba de pie entre un círculo de damas, elegante en un vestido de seda color champán, su sonrisa una sutil curva bajo el resplandor de las velas. Su pecho se tensó. Maldita sea. Había estado demasiado en sus pensamientos, su desafío y coraje persistiendo como una melodía.

Incluso en esta sala de pavos reales relucientes, ella era la única que captaba su mirada. No solo llevaba la opulencia de la sala —la igualaba, la dominaba, como si fuera parte de su diseño. Sin embargo, debajo de su pulido, había algo más. Algo más crudo. Algo real.

Y lo había visto cuando tenía las mangas arremangadas y había pisado la inmundicia de Cannon Lane.

Maldita sea. Había pensado en ella demasiado a menudo desde su último encuentro. Su desafío, su coraje —todo persistía como una melodía insistente que no podía sacudirse.

—Dr. Bentley —la voz de Lavinia Pembroke, aguda y conocedora, cortó sus pensamientos.
Se giró, componiendo sus facciones en una sonrisa educada. —Señorita Pembroke. Siempre un placer.

—¿Lo es? —Arqueó una ceja, su mirada desviándose hacia Juliette—. Parece más distraído que encantado. ¿Debo asumir que es la música... o mi hermana?

Alexander permitió que una leve sonrisa tirara de sus labios. —No estoy completamente desprovisto de aprecio por la música, aunque confieso que encuentro la compañía más interesante.

La sonrisa de Lavinia se ensanchó, y su mirada se desvió brevemente hacia su hermana. —Ya veo. ¿O quizás alguien en particular ha captado su atención?

Su pulso se aceleró, pero mantuvo su voz uniforme. —Simplemente observé que Lady Harcourt parece estar disfrutando.

—¿Verdad que sí? —La voz de Lavinia tenía un tono travieso—. Aunque imagino que estaría muy intrigada de saber que usted la estaba observando.

Él se enderezó, su voz volviéndose más seca. —Señorita Pembroke, creo que usted disfruta más haciendo su propio deporte que del musical en sí.

Lavinia rió suavemente, un sonido que atrajo la mirada de Juliette desde el otro lado de la sala. Sus ojos se encontraron brevemente, y Alexander inclinó la cabeza en reconocimiento. Ella parpadeó, su expresión indescifrable, antes de volverse hacia su hermana con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

Resistió el impulso de acercarse a ella inmediatamente, forzándose a concentrarse en Lavinia. —¿Y cómo está Lady Harcourt después de los disturbios en Cheapside? Confío en que su sentido de la aventura no la haya llevado a más problemas.

Lavinia inclinó la cabeza, estudiándolo con la misma curiosidad astuta. —Oh, está bastante bien. De hecho, ha estado inusualmente callada estos últimos días. Me pregunto si usted podría tener algo que ver con eso.

—Difícilmente —respondió, aunque sus palabras encendieron una chispa de culpa. Su reprimenda en Cannon Lane había sido dura, pero ver a Juliette en medio del caos lo había sacudido más de lo que quería admitir.

—Bueno —dijo Lavinia con ligereza—, si decide hablar con ella, tal vez la inspire a volver a ser ella misma. Es bastante aburrida cuando se pone taciturna.

Alexander alzó una ceja, pero Lavinia simplemente sonrió y se excusó, dejándolo solo una vez más. Miró hacia Juliette de nuevo, observando cómo se inclinaba para susurrar algo a Lady Worthington. La delicada curva de su cuello, la forma en que un rizo oscuro caía sobre su pecho —cada detalle parecía atraerlo más, hacía que sus músculos se tensaran. Se movió incómodo al sentir que sus calzones de repente parecían más ajustados de lo habitual.

El clavecista tocó el acorde final, y un aplauso cortés ondulaba por la sala. El intermedio proporcionó la oportunidad perfecta, y Alexander se encontró moviéndose hacia ella antes de poder reconsiderar el impulso.

—Lady Harcourt —saludó, con voz baja.

Ella se giró, su mirada demorándose en él por un momento. —Dr. Bentley —Su mirada se detuvo en él por un momento demasiado largo—. Qué sorpresa.

—¿Lo es?

Sus labios se curvaron ligeramente, aunque la expresión no llegó del todo a sus ojos. —Y yo que pensaba que usted no era aficionado a las reuniones de salón.

—Normalmente no —admitió—. Pero me encuentro haciendo excepciones.

Su ceja se arqueó, pero antes de que pudiera responder, él añadió: —Quería agradecerle. Las sábanas que trajo... fueron indispensables. Usamos hasta la última.

Ella se quedó quieta, su mirada suavizándose. —Me alegra saber que fueron útiles —dijo en voz baja. Y todavía aturdida, se dio cuenta, por su duro trato frente al dispensario. Ella tenía que saber que era solo por su seguridad.

—Debe darse cuenta —continuó él, bajando ligeramente la voz—, de la magnitud de la necesidad. El dispensario estaba desbordado. Pacientes heridos, los que ya estaban enfermos... no habríamos podido arreglárnoslas sin sus suministros.

Ella inclinó la cabeza, estudiándolo con una expresión que era a la vez pensativa y cautelosa. —Solo puedo imaginarlo —dijo, con voz baja—. Debe haber sido... terrible.

—Terrible es quedarse corto —Las palabras se le escaparon antes de poder moderarlas, y el recuerdo de Cannon Lane —su caos, su desesperación— le oprimió el pecho.

Sus labios se apretaron en una línea dura. —Entonces debería haber aceptado mi ayuda —Sus palabras fueron objetivas, no amargas ni enojadas.

Alexander suspiró. —Lady Harcourt —comenzó, y luego hizo una pausa, mirando sus ojos color miel, y casi olvidó sus palabras.

—¿Sí? —dijo ella con impaciencia.

—Entienda, en cualquier otro día...

Juliette ladeó la cabeza, clavando su mirada en él con aire desafiante. —Me alejaste dos veces, doctor Bentley. ¿Es ese tu patrón con las mujeres que intentan ayudar?

—Te alejé porque no podía... —Su mandíbula se tensó.

—¿No podías qué? —insistió ella, sin apartar la mirada.

—No podía soportar la idea de que te hicieras daño —exhaló él, dejando escapar la confesión antes de poder contenerla.

Ella contuvo la respiración, sus labios se entreabrieron ligeramente. Durante un latido, ninguno habló, el ruido de la sala se desvaneció. Luego se enderezó, con una sonrisa fría pero con la voz temblando levemente. —Me subestimas, Alexander.

—Sí, pero...

Entonces le tomó la mano. Al diablo con el decoro. El calor de su piel se filtraba a través del suave cuero de cabritilla de su guante, encendiendo un calor que le recorría el brazo y se asentaba en algún lugar profundo de su pecho. La curva de sus dedos encajaba perfectamente contra los suyos, su tacto era a la vez delicado y firme.

Desde algún lugar cercano, una brusca inhalación —el sonido de un espectador escandalizado — le recordó dónde estaban, pero no pudo hacer que le importara. El resto de la sala bien podría haberse disuelto en la niebla.

—Juliette —murmuró, con la voz más áspera de lo que pretendía. No estaba seguro de si era su nombre o su cercanía lo que lo desarmaba, pero el efecto era el mismo. Se acercó más, el más leve roce de sus hombros le provocó otra sacudida. —Hablaba en serio. No podría soportar verte herida.

Ella alzó la mirada para encontrarse con la suya, amplia y sin reservas. —¿Crees que no conozco los riesgos? ¿Que no los he enfrentado antes?

—Creo que aún no te das cuenta del efecto que tienes —dijo él, bajando la voz, sus palabras destinadas solo a sus oídos—. Sobre cualquiera que se cruce en tu camino.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, su aliento acariciando cálido su mejilla mientras él se inclinaba un poco más cerca. —¿Y qué hay de ti, Alexander? —susurró ella, su voz apenas audible sobre el murmullo de la sala.

Él sonrió levemente, la curva de su boca perfilada con algo más afilado. —Ya conoces la respuesta a eso.

Los dedos de ella temblaron en los suyos antes de apretarse, estabilizándose. Su mirada vaciló, desviándose hacia sus labios antes de fijarse en sus ojos con una mezcla de desafío y vulnerabilidad.

Permanecieron así, suspendidos en un silencio cargado, hasta que el rumor de voces cercanas rompió el momento. Juliette dio un paso atrás, su compostura volviendo a su lugar como una máscara, aunque el rubor en sus mejillas la delataba.

—Eres imposible —dijo, aunque sus palabras carecían de convicción.

—Y tú eres extraordinaria —respondió él, igual de callado, la verdad clara en su voz.

Ella se aclaró la garganta y luego retiró su mano de la de él, y él sintió su pérdida inmediatamente. —En cualquier caso... —La formalidad de sus palabras chocaba con el calor que aún persistía entre ellos, pero Alexander percibió el leve temblor en su respiración cuando se enderezó, como si se estuviera fortaleciendo. Su mirada bajó por un brevísimo momento antes de volver a alzarse, firme pero con un deje de vulnerabilidad—. Quiero agradecerte tu discreción.

—¿Discreción? —preguntó Alexander, frunciendo el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

Juliette se inclinó hacia él, sus ojos color miel recorriendo la sala como si evaluara si los estaban escuchando. Su habitual aplomo vaciló, reemplazado por algo casi vacilante. El cambio era tan desconcertante como fascinante.

Y entonces le tocó el brazo.

Sus dedos en su brazo le provocaron una sacudida, más intensa de lo que esperaba. El aroma de ella —delicado, una mezcla de agua de rosas y algo único suyo— lo envolvió, y maldijo la traicionera respuesta de su cuerpo. Su pulso se aceleró, su atención dividiéndose entre el sonido de su voz y el calor de su tacto.

—Sí, sobre... bueno, doctor Bentley —comenzó, y luego vaciló.

—Alexander —interrumpió él, con más fuerza de la que pretendía. La distancia entre ellos se había vuelto intolerable, a pesar de que su tacto aún lo anclaba.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, con la voz teñida de confusión.

Él se acercó un poco más, bajando la voz para igualar la de ella. —Llámame Alexander —dijo con firmeza—. Hemos llegado a un punto en el que la formalidad parece... fuera de lugar.

Ella parpadeó, claramente desconcertada. —Yo... bueno, si insistes.

—Insisto —respondió él, sus labios curvándose en una leve sonrisa a pesar de sí mismo—. Parece justo.

Los labios de ella se entreabrieron brevemente antes de que sus dedos se apretaran en su brazo, el contacto imposiblemente íntimo.

—Alexander —continuó ella, esta vez con una firmeza que pareció asentar algo en ella, aunque hizo que el control de él se desmoronara.

El destello de calor en sus mejillas —apenas perceptible a menos que uno estuviera mirando, y él estaba mirando— captó su atención. Su compostura se deslizó, solo por un momento, mientras parecía considerar sus palabras.

—¿Puedo llamarte Juliette?

—Sí, supongo que puedes llamarme Juliette.

Su nombre en sus propios labios era diferente a como él lo había pensado. Era más ligero, más brillante. Lo repitió en su mente antes de pronunciarlo en voz alta, probando cómo se sentía. —Juliette.

Su respiración se entrecortó, casi imperceptiblemente, y él sintió una leve satisfacción por haberla desconcertado. Por una vez, el control que ella siempre manejaba con tanta destreza pareció vacilar. El sutil cambio en su expresión —una vulnerabilidad que probablemente no había tenido intención de mostrar— despertó algo inesperado en él.

—¿Decías? —la instó, inclinándose ligeramente más cerca, bajando la voz lo suficiente para atraer su atención de vuelta hacia él.

Ella parpadeó de nuevo y algo en el leve fruncimiento de su ceño lo divirtió. —Decía... gracias. Por tu discreción.

—Estoy seguro de que no sé de qué hablas.

La mirada de Juliette bajó brevemente al suelo antes de volver a encontrarse con la suya, su vulnerabilidad ahora mezclada con algo resuelto. —Sabes perfectamente de qué hablo. —Luego bajó la voz hasta un susurro—. Las... bueno, las de mi difunto esposo...

Las joyas.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos como un hilo frágil, y Alexander de repente comprendió. Su preocupación no era solo por su reputación; era por las verdades que le había confiado, verdades que podrían arruinarla si se dijeran en voz alta. La mera idea de que ella pensara que él era capaz de traicionar su confianza le dolía más de lo que quería admitir.

Colocó su mano sobre la de ella. *Al diablo con el decoro*, y captó el leve jadeo de una dama cercana cuyo sombrero emplumado estaba cómicamente torcido. Su mirada de ojos abiertos se dirigió a su acompañante, el susurro de tela y murmullos ahogados confirmando su interés. Alexander era muy consciente del cambio en la energía de la sala, la sutil onda de especulación que su interacción había causado.

—No hay necesidad de agradecimientos, Juliette —dijo él, con voz firme a pesar del peso de las miradas que presionaban contra su espalda. Sus dedos se demoraron un momento más de lo apropiado, mientras su determinación se fortalecía—. Tu verdad no es mía para compartir.

Juliette contuvo el aliento, sus ojos desviándose brevemente hacia la multitud murmurante antes de posarse en él. Cualquier aprensión que sintiera, no la hizo retroceder. —Aun así —dijo en voz baja—, significa más para mí de lo que crees. Así que, gracias. —Y entonces, como una chispa prendiendo fuego, añadió—: Alexander.

Escuchar su nombre en sus labios, pronunciado con una mezcla de cautela y familiaridad, despertó algo en él que no podía nombrar con exactitud. No era solo el sonido, sino la manera en que ella lo dejó escapar, como si estuviera probando las aguas entre ellos. La calidez persistió, incluso cuando ella se enderezó, recuperando su compostura como si fuera una armadura deslizándose en su lugar.

Por un largo momento, simplemente se miraron el uno al otro, el espacio entre ellos cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Luego, el murmullo circundante se intensificó, rompiendo el hechizo, y él soltó su mano con reluctancia.

Alexander exhaló bruscamente, mirando hacia el comedor. —¿Me concederías el honor de escoltarte a la cena?

Los ojos de ella se ensancharon ligeramente, y por un momento, pensó que podría aceptar. Pero entonces su expresión cambió, el arrepentimiento ensombreciendo sus facciones. —Me temo que ya se lo he prometido a Lord Rothsey.

Su pecho se tensó, los celos ardiendo antes de que pudiera apartarlos. —Por supuesto.

Como si fuera una señal, Lord Rothsey apareció, todo encanto pulido mientras ofrecía su brazo a Juliette. Ella miró a Alexander; su mirada se detuvo como si quisiera decir algo más, pero al final, deslizó su mano por el brazo de Rothsey.

—Buenas noches, Alexander —dijo suavemente antes de alejarse.

Mientras la veía desaparecer entre la multitud, Alexander sintió una extraña energía inquieta asentarse en su pecho. Apretó los puños a los costados, tensando la mandíbula. Esto era peligroso. Ella era peligrosa, no por las razones que una vez pensó, sino porque despertaba algo en él que no podía controlar completamente.

Y no estaba seguro de querer hacerlo.

Capítulo 14

Las invitaciones continuaban inundando Queen Square con implacable regularidad, cada una prometiendo otra reunión, baile o asamblea. Juliette permitió que las obligaciones sociales llenaran su agenda hasta el final de la temporada, pero evitó conscientemente pensar más allá de ese punto.

Mientras examinaba el montón de tarjetas de la mañana durante el desayuno, Lavinia, sorbiendo delicadamente su café, lanzó a su hermana una mirada curiosa.

—¿Algo interesante esta vez, Jules?

—Oh, un montón de lo habitual —respondió Juliette, clasificando el montón con un leve suspiro. Los bordes de las invitaciones doradas presionaban suavemente contra sus dedos, su elegante caligrafía prometía delicias que apenas podía reunir la energía para imaginar—. Nada que no hayas oído antes, estoy segura.

—¿Y esa que tienes en la mano?

Juliette bajó la mirada, casi olvidando que estaba allí.

—¿Oh, esta? —La agitó con desdén—. Solo un estado de cuenta del banco. Nada de consecuencia para ti, querida.

—Debemos haber gastado una cantidad prodigiosa de dinero desde nuestra llegada a Londres —reflexionó Lavinia, untando un poco de mantequilla en su pan con clara satisfacción. El leve raspar de su cuchillo de mantequilla contra la porcelana puntuó sus palabras—. Aun así, ha valido la pena, ¿no es cierto?

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Juliette.

—Bastante, diría yo.

Tras una pausa, Lavinia añadió:

—La señora Fairburn quería que te recordara que estamos invitadas al desayuno de Lady Winterbourne mañana.

—No lo había olvidado. Imagino que el señor Fairburn también estará allí, ¿verdad?

—Oh, sin duda —respondió Lavinia, con un suave rubor tiñendo sus mejillas.

El rosa en las mejillas de Lavinia hizo que Juliette se detuviera, su tenedor quedando suspendido. Lavinia había ganado más confianza desde su llegada a la ciudad. Ya no era la chica callada y vacilante que antes se encogía ante las reuniones sociales. En su lugar había una joven mujer más segura de sí misma y animada, cualidades que Juliette fomentaba pero que no había anticipado completamente.

—¿No has cambiado de opinión sobre él, entonces? —se aventuró Juliette.

—No, no lo he hecho —respondió Lavinia, con voz un poco entrecortada—. En absoluto.

—Entonces tienes mi bendición, Vinni. Mientras seas feliz, eso es todo lo que importa.

—Y tu felicidad también me importa, Jules —dijo Lavinia, mirando hacia arriba con repentina seriedad. Sus dedos se curvaron con fuerza alrededor del asa de su taza de té, su mirada directa —. Has sido tan maravillosa, haciendo todo perfecto para mí. Pero deseo... bueno, deseo que tomaras tus propias perspectivas más en serio. Esta temporada podría ser una oportunidad dorada para ti también. Recibes regalos a diario, invitaciones a cada hora, y sin embargo no muestras un interés particular en ninguno de los remitentes.

Juliette se sirvió otra taza de café, fingiendo una calma que no sentía del todo. El delicado sonido del líquido salpicando en su taza sirvió como su única respuesta por un momento.

—Son sus motivos los que encuentro cuestionables, Vinni.

—¡Pero te adoran! Y no solo los libertinos que intentan encantarte con halagos —insistió Lavinia, con los ojos encendidos de frustración—. Muchos parecen genuinamente devotos. Juliette, seguramente no puedes desear más que una oferta honorable de matrimonio, ¿verdad?

Juliette hizo una pausa, revolviendo distraídamente su café, su mirada desviándose hacia la ventana. La luz gris que se filtraba a través de los cristales suavizaba los bordes dorados de la habitación, aunque sus pensamientos se sentían todo menos ligeros.

—Quizás no —murmuró, casi para sí misma—. Pero sospecho que su persistencia tiene más que ver con la emoción de la persecución que con algo sincero. Si aceptara a uno de ellos, imagino que el atractivo desaparecería en un instante. —Suspiró—. No, me persiguen porque soy difícil de ganar. Para ellos, soy más una apuesta que una mujer.

Lavinia dejó escapar un resoplido exasperado.

—¡Tonterías, Jules! No todos los corazones de los hombres se rigen por tales necedades.

—Quizás no todos los hombres —concedió Juliette, con una leve sonrisa—. Pero sería una tonta si ignorara el riesgo.

Su mente divagó, inquieta. Devoción genuina... ¿acaso existía todavía? Desde la muerte de su esposo, apenas se había detenido a considerar volver a casarse, pero no porque aún albergara sentimientos por él. Todo lo contrario, su traición y deudas la habían dejado con un desagrado por el compromiso, una preferencia por la independencia que ahora disfrutaba. Y aunque apreciaba la libertad y los admiradores que venían con ella, no podía negar una curiosidad creciente e involuntaria.

El recuerdo de la mano de Alexander Bentley sobre la suya surgió sin ser invitado, el calor de su toque desencadenando una corriente eléctrica que había viajado por su brazo y se había asentado en su vientre. Sacudió el pensamiento, irritada por el repentino calor que subía a sus mejillas. ¿Por qué sus palabras le escocían cuando las habladurías de la sociedad nunca lo hacían? Y sin embargo, cada vez que pensaba en él, su pulso se aceleraba y su mente se inundaba de recuerdos de su mirada penetrante, sus palabras desafiantes, la forma en que la miraba como si fuera más de lo que el mundo suponía. No era ni un libertino ni un pretendiente desesperado, pero era aún más irritante por ello. Si él mantenía la misma determinación de descartarla que ella a él, ¿por qué la atormentaba tanto?

—Sabes que te han empezado a llamar la "Viuda Negra", ¿no? Porque te has negado a tomar siquiera un amante, mucho menos un marido —dijo Lavinia, interrumpiendo las ensoñaciones de Juliette, su sonrisa burlona pero sus ojos atentos.

Juliette parpadeó, sobresaltada por sus pensamientos, su taza de café tintineando contra el platillo al dejarla. Levantó una ceja, dejando que su compostura enmascarara la irritación que bullía debajo.

—Lo he oído —respondió con ligereza—. Tonterías ociosas. No les presto atención.

—Algunos dicen que es porque aún añoras a tu difunto esposo —presionó Lavinia.

Juliette forzó una sonrisa, aunque su estómago se retorció ligeramente ante el recuerdo. Los bordes afilados de su traición parpadearon en los límites de su mente, una sombra que rápidamente apartó.

—Es una historia lo suficientemente conveniente para que los chismosos se entretengan. Que piensen lo que quieran. Complace a las viudas, estoy segura.

Lavinia frunció el ceño, su expresión suavizándose mientras dejaba su cuchillo con un suave tintineo. —Jules, en serio. Nunca hablas de él.

Una punzada momentánea surgió en el pecho de Juliette, no por ningún afecto persistente hacia su difunto esposo, sino por la sombra del engaño que había dejado atrás. Y el recordatorio de que, al menos una vez, había entregado su corazón con demasiada libertad. Pero no tenía intención de compartir eso con Lavinia, no hoy.

—Querida, no hay nada que discutir —dijo Juliette, sonriendo—. He disfrutado de la intriga de Londres más de lo que esperaba; es la mitad de la diversión.

Lavinia le dirigió una mirada dudosa, claramente poco convencida. Pero Juliette mantuvo su sonrisa, esperando dirigir los pensamientos de su hermana lejos de preguntas que ella misma aún intentaba responder.

Se forzó a reír, un sonido que se sintió más hueco de lo que había pretendido. —Además, es bastante emocionante mantenerlos a todos adivinando, ¿no crees?

Pero mientras levantaba su taza, sus pensamientos se volvieron una vez más hacia el Dr. Bentley, y su corazón dio un revoloteo inoportuno. Lavinia bufó, claramente frustrada por las evasivas de Juliette. Sin embargo, antes de que pudiera presionar más, se animó, un brillo travieso iluminando sus ojos. —Bueno, ¿quieres que comparta los últimos rumores de los chismorreos?

—Oh, ahórramelos —respondió Juliette, fingiendo un bostezo.

—¡Pero querrás escuchar este! —Lavinia se inclinó hacia adelante de manera conspiratoria, apenas pudiendo contener su diversión—. Aparentemente, no somos quienes parecemos ser. Según el último cuento, se supone que somos las hijas bastardas del Rey.

Juliette se atragantó con su café. —¿Qué demonios? ¿Las hijas del rey? ¡Qué absurdo!

Lavinia se rió. —¡Lo sé! Como si Su Majestad no tuviera nada mejor que hacer que engendrar hijas de incógnito a diestra y siniestra.

—Seguramente uno de tus admiradores se le ocurrió esa ridícula idea mientras estaba en sus copas —replicó Juliette secamente, aunque una sonrisa tiraba de sus labios—. El *ton* ciertamente ha tomado bastante interés en nosotras.

—Podría ser peor —dijo Lavinia con una sonrisa. Luego, más seria—: Tendré que levantarme temprano para el desayuno de Lady Winterbourne.

—No te preocupes, Vinni. Es un desayuno social; no comenzará hasta la tarde.

Lavinia gimió. —Estas horas tardías se están convirtiendo en la perdición de mi existencia. ¡Apenas tengo tiempo para dormir!

En ese momento, el lacayo entró con una reverencia deferente. —El Sr. Fairburn solicita un momento del tiempo de Lady Harcourt.

Las cejas de Juliette se alzaron, y se volvió hacia Lavinia. —¿Lo esperabas?

Lavinia palideció, negando con la cabeza. —No, no lo esperaba.

—Muy bien —dijo Juliette, poniéndose de pie—. Hazlo pasar a la sala de estar.

Se volvió hacia Lavinia, extendiendo la mano para apretar la suya. —Esto no debería ser una sorpresa, ¿verdad?

El rostro de Lavinia se iluminó con partes iguales de esperanza y ansiedad. —No... pero, ¡oh, Jules!

Juliette apretó la mano de su hermana antes de alisar su vestido, respirando profundamente antes de salir majestuosamente de la habitación.

Cuando entró en la sala de estar, Nathaniel Fairburn estaba de pie junto a la chimenea, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Se giró cuando ella entró, los nervios juveniles evidentes en sus pálidas mejillas y ojos abiertos.

—Buenos días, Sr. Fairburn —lo saludó calurosamente—. Por favor, tome asiento y dígame qué lo trae por aquí.

Juliette misma se acomodó en una silla, arreglando sus faldas con calma deliberada, aunque podía ver que su tranquilidad solo lo ponía más ansioso.

—Es muy amable de su parte recibirme, Lady Harcourt —balbuceó, sus palabras tropezando unas con otras—. Yo... sentí que debía venir temprano, para asegurarme de encontrarla en casa.

—En efecto, Lavinia me ha dicho que está al tanto de mis hábitos madrugadores —respondió con una sonrisa—. No es ninguna molestia en absoluto.

Él se sonrojó, y ella se encontró simpatizando con él. —Gracias, mi lady. Yo... bueno, debe saber que he estado viendo mucho a la señorita Pembroke desde su debut...

—Se ha notado bastante —respondió ella con una pequeña sonrisa divertida.

—Y así... puede que no le sorprenda cuando diga... —Hizo una pausa, tragando visiblemente antes de continuar—: Cuando le pida su permiso para casarme con ella. Estoy dedicado a ella, Lady Harcourt. Haré todo lo posible por hacerla feliz.

—Ella ya parece bastante feliz en su compañía, Sr. Fairburn —respondió.

Él asintió fervientemente. —Es ciertamente gratificante escuchar eso.

—Sin embargo —continuó Juliette, su voz tornándose más seria—, el afecto por sí solo no sostiene un hogar, Sr. Fairburn. ¿Está seguro de que está preparado para la responsabilidad?

Él respiró profundamente. —Mi situación es modesta en este momento, pero en uno o dos años, mi tío —de Devonshire, sabe— ha prometido mejorar mi situación. Heredaré su beneficio una vez que el actual titular se retire.

—Eso es ciertamente un consuelo —respondió ella, permitiendo que su alivio se notara.

Mientras él la miraba con una expresión esperanzada y juvenil, Juliette sintió una punzada de nostalgia, recordando los días en que había cuidado de Lavinia con el cariño de una madre. Había sido más que una hermana, y ahora ese cuidado estaba dando frutos en forma de la felicidad de Lavinia.

—Entienda, Sr. Fairburn —dijo gravemente, levantándose de su silla—, la felicidad de mi hermana es de suma importancia para mí.

—Es mi única consideración, mi lady —respondió él con sinceridad—, y me esforzaré por ser digno de ella, aunque soy demasiado consciente de mis muchas faltas.

—Oh, vamos —le reprendió Juliette, aunque una sonrisa suavizó sus palabras—. La capacidad de hacer feliz a otra persona es un don raro, en efecto.

Volviéndose hacia el lacayo, que había reaparecido, dijo: —Traiga a la señorita Pembroke, por favor. Creo que deberíamos brindar por esta feliz ocasión.

Mientras él sonreía con alegría sin restricciones, el Sr. Fairburn tomó su mano, presionándola agradecido. —No se arrepentirá de esto, Lady Harcourt. Se lo juro.

Juliette sintió una punzada, casi una sombra de aprensión, mientras encontraba su mirada ansiosa. —Estoy bastante segura de que no lo haré, Sr. Fairburn —respondió con una ligera sonrisa pensativa, divertida por su entusiasmo pero sintiendo una leve oración surgir dentro de ella, por la felicidad de su hermana y por una unión construida sobre un terreno más amable que el suyo propio.

Un momento después, la puerta se abrió cautelosamente, y el rostro de Lavinia se asomó por el borde, con los ojos abiertos y expectantes.

—Entra, querida —dijo Juliette con una risa, haciéndole señas para que se acercara—. Estábamos discutiendo un anuncio en la *Gazette*, si es que estás de acuerdo.

Por un momento, Lavinia simplemente se quedó mirando. Luego, con una risa de pura alegría, corrió a través de la habitación, lanzando sus brazos alrededor de su hermana en un abrazo jubiloso.

Capítulo 15

¿Se me permitirá contárselo a todos? —preguntó Livinia emocionada mientras ella y Juliette llegaban a la casa de Lady Winterbourne la tarde siguiente.

Juliette sonrió ante la inocente alegría de su hermana.

—No veo por qué no —respondió—. Después de todo, ya es oficial.

El rostro de Livinia se iluminó.

—¡Imagínate! ¡Comprometida con un clérigo, y antes que Francesca Bentley, nada menos!

—Todo un logro —bromeó Juliette, lanzando una mirada burlona a su hermana—. Aunque Francesca tiene para elegir entre la mitad de los hombres solteros de Londres.

—Cierto —replicó Livinia con una sonrisa presumida—, pero aun así estará terriblemente molesta.

Juliette reprimió una risa mientras observaba la sala, vislumbrando a Lady Winterbourne haciendo sus rondas antes de que siquiera llegaran hasta ella. La condesa se acercó a ellas con el entusiasmo de una casamentera bien intencionada que acababa de tener éxito.

—¡Felicidades, señorita Pembroke! Qué espléndida unión —exclamó Lady Winterbourne, volviéndose hacia Juliette—. Y usted, mi querida Lady Harcourt, debe estar encantada.

—En efecto lo estoy —respondió Juliette, divertida por el entusiasmo de la condesa—. Aunque me pregunto, ¿cómo se enteró tan pronto?

Lady Winterbourne soltó una risa encantada.

—¡Oh, la señora Fairburn lleva aquí apenas diez minutos, completamente incapaz de contener la noticia! —Hizo un gesto hacia el otro lado de la sala, donde un orgulloso señor Fairburn estaba rodeado de personas que lo felicitaban. Livinia, apenas excusándose, corrió a su lado, con las mejillas sonrojadas de orgullo. Juliette la vio alejarse, con el corazón conmovido por la alegría de su hermana.

Su corazón se hinchó de orgullo por Livinia, aunque un destello de anhelo se agitó bajo su protección.

Juliette suspiró profundamente, sintiéndose casi tan feliz como su hermana. Mientras echaba un vistazo a la bulliciosa sala, su mirada se posó en Francesca Bentley, una de las celebradas bellezas de la alta sociedad, quien, por una vez, no era el centro de atención. El ligero ceño fruncido de Francesca al verse momentáneamente eclipsada hizo que Juliette sonriera para sus adentros. Aunque sabía que Francesca era una joven de dulce carácter y lejos de ser superficial, la rara visión de su momentánea contrariedad le proporcionó a Juliette una silenciosa y traviesa satisfacción.

Pero entonces su mirada se posó en él: una figura alta y familiar que se encontraba justo más allá de la multitud. Alexander Bentley. La visión de él le robó el aliento por un momento, su pulso acelerándose antes de que pudiera controlarlo. Por supuesto que asistiría; después de todo, era un desayuno organizado por Lady Winterbourne. Sin embargo, no lo esperaba aquí, y ciertamente no con ese aspecto: alerta, decidido y completamente en desacuerdo con la lánguida charla de la sala. ¿Por qué estaba aquí? La pregunta surgió en su mente, sin invitación, aunque no tenía derecho a preguntárselo. Y sin embargo, lo hacía.

Su estómago se tensó, y trató de apartar su atención. Había estado tan decidida a no pensar en él, a dejar de lado el inconveniente calor que su presencia siempre parecía traer. Pero aquí estaba, invadiendo sus pensamientos de nuevo sin ser invitado. ¿Era alivio lo que sentía al verlo? ¿O algo aún más insensato, algo peligrosamente cercano a la alegría? Tragó saliva con fuerza y forzó su mirada hacia otro lugar, aunque sus pensamientos se negaron a seguirla. Fuera lo que fuese lo que lo había traído aquí, se dijo en silencio, no era de su incumbencia. Y sin embargo, su corazón no parecía estar de acuerdo.

Armándose de valor, se acercó mientras él conversaba con algunas damas, con una sonrisa educada lista en sus labios.

—Dr. Bentley —lo saludó, con la voz más suave de lo que pretendía—. ¿Ha oído las noticias?

Su mirada se dirigió hacia ella, demorándose un instante de más, y a Juliette se le cortó la respiración ante la intensidad de sus ojos.

—Sí, las he oído —respondió, cortés pero distante, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte—. Ya he ofrecido mis felicitaciones al señor Fairburn. Un hombre afortunado, sin duda.

Juliette arqueó una ceja, intentando ocultar su diversión.

—Creo que hacen buena pareja —dijo con naturalidad, estudiando su reacción, esperando detectar un destello del hombre que tan preocupado estaba por su bienestar; su expresión no se suavizó del todo—. ¿Usted no?

Su atención parecía estar en otra parte, preocupado, y ella sintió un extraño impulso de indagar, de entender qué lo tenía tan contrariado.

—Es raro verlo en una reunión vespertina, Dr. Bentley —se aventuró, con un toque de inquietud.

Su respuesta fue inmediata, pero carente de calidez.

—Hay una muy buena razón por la que estoy aquí hoy —respondió, con un tono frío e inescrutable, como si esa razón debiera haber sido obvia.

El comentario dejó a Juliette sintiéndose herida y un poco tonta, aunque se negó a demostrarlo. En su lugar, sostuvo su mirada, dejando que una sonrisa intrigada curvara sus labios.

—No me imagino que sea meramente por el champán y la conversación, aunque ambos son ciertamente tentadores —bromeó.

Su boca se torció ligeramente, un atisbo de algo casi coqueto, casi... pero luego recuperó su habitual reserva.

—Digamos que no es el champán lo que me ha traído aquí —dijo, con voz plana, la intriga de sus palabras eclipsada por una frialdad que ella no esperaba.

—Qué lástima —replicó con fingida solemnidad, inclinándose lo suficiente como para insinuar una confidencia compartida—. Estaba a punto de preguntarle si podría tentarle con una copa.

Por una fracción de segundo, su mirada se detuvo en ella, su expresión indescifrable, aunque sus ojos contenían un destello de algo que no podía nombrar. Y entonces, justo cuando sentía que podrían finalmente romper esta extraña distancia entre ellos, la voz estruendosa de Lord Winterbourne irrumpió, arrastrándola de vuelta al torbellino de la sala.

—¡Lady Harcourt! No puedo permitir que mi hermano la acapare por más tiempo —exclamó Lord Winterbourne, deslizando su brazo alrededor de ella con una familiaridad practicada, guiándola hacia el comedor con él—. No todos los días tengo el privilegio de escoltar a la mujer más deslumbrante de la sala.

Ella lanzó una mirada al Dr. Bentley por encima del hombro, solo para encontrarlo ya dándose la vuelta, su atención rápidamente desviada hacia una viuda cercana ansiosa por su conversación.

Juliette reprimió una mueca, tragándose el escozor que dejaba su indiferencia. ¿Qué había hecho para merecer tal frialdad de su parte ahora?

Lord Winterbourne era un descarado coqueto y algo así como un libertino reformado, pero ahora sabía que su encanto enmascaraba una inofensiva afición por el deporte de la galantería. La pistola que una vez guardó bajo su almohada en caso de sus insinuaciones inoportunas ahora parecía una precaución innecesaria—se había convertido más en un pícaro que en una amenaza.

Juliette arqueó una ceja ante la broma de Winterbourne, sus ojos brillando con humor. —Creo que su hija es eso, Lord Winterbourne —replicó con fingida indignación.

Él se rió, guiándola a través del concurrido salón hacia el comedor. —Una chica encantadora, se lo concedo, Lady Harcourt, pero su mente... bueno, eso es un asunto completamente distinto.

—Está siendo bastante injusto —respondió Juliette con un toque de reproche, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Injusto, quizás —concedió él, bajando la voz a un murmullo conspiratorio—, pero preciso. No hay más que molinos de viento en la cabeza de esa muchacha.

Ella rió suavemente. —La mayoría de los hombres no exigen más que una cara bonita y algunas sonrisas encantadoras.

—Puede que sea así —asintió él, mirándola con algo cercano a la admiración—. Pero entonces, la mayoría de los hombres no han tenido la fortuna de conocerla a usted.

Al entrar en el comedor, Juliette observó el suntuoso despliegue, bandejas colmadas de exquisiteces y numerosas manos ansiosas por probar las ofertas. Se volvió hacia él, con un brillo juguetón en los ojos. —Siempre tan adulador, Lord Winterbourne.

Él sonrió mientras seleccionaba una pata de pollo, sosteniéndola como si fuera un premio. —¿Ojalá mis palabras tuvieran algún efecto? —respondió, medio en broma, medio en serio.

Ella se rió, negando con la cabeza mientras alcanzaba una copa de champán. —Ahora está siendo bastante absurdo.

—¿Absurdo, yo? —preguntó él, haciendo una pausa a medio bocado, sus ojos brillando con picardía—. Dígame, Lady Harcourt, ¿aún guarda una pistola bajo su almohada?

Juliette vaciló, apenas un segundo. —No siempre, Lord Winterbourne —respondió, sosteniendo su mirada sin inmutarse—. Estos días, la llevo en mi manguito durante el día.

Imperturbable, él se inclinó, su voz un murmullo bajo. —¿Y existe algún peligro de ser ultrajada durante el día, querida?

—Es bastante probable —replicó ella con una sonrisa—, aunque detestaría igualmente ser robada por un bribón.

—Entonces parece que debo resignarme a adorarla desde lejos. —Su sonrisa pícara se profundizó, recordándole vagamente el semblante más serio de su hermano menor.

—Y es un gran honor —respondió ella, sonriendo incluso mientras lo despedía, plenamente consciente de la broma.

—En efecto —suspiró él dramáticamente, elevando los ojos al techo como en señal de resignación—. Es todo lo que me queda si usted se niega a concederme el máximo honor.

Ella se rió, su propia risa mezclándose con el murmullo alegre de la multitud circundante. Las payasadas de Lord Winterbourne podrían haberla molestado una vez, pero había llegado a verlo como un inofensivo coqueto. Después de todo, reflexionó, hacía tiempo que había aprendido la lección, sus tendencias de libertino ahora se llevaban como un abrigo bien usado.

Lo observó mientras les servía a cada uno una copa de champán, su mirada desviándose más allá de ella. —Su hermano parece terriblemente ocupado —comentó, echando un vistazo por encima del hombro, vislumbrando a Alexander Bentley sumido en una profunda conversación.

Winterbourne se rió, entregándole la copa. —Demasiado serio, como siempre —respondió, su voz teñida de afecto—. Es bueno que sea un hombre de medicina y no de sociedad; el pobre hombre se volvería loco de otro modo.

Juliette bebió su champán pensativamente. —En efecto, el Dr. Bentley parece... poco adecuado para las frivolidades del *ton*. —Sus palabras eran ligeras, pero no podía negar la pequeña y persistente punzada de curiosidad que sentía hacia él.

—Ah, sí —asintió Winterbourne—. Alexander se siente mucho más cómodo curando a los pobres desgraciados de Cannon Lane que soportando interminables visitas sociales.

No pudo resistir otra mirada en dirección a Alexander, notando cómo parecía completamente ajeno al ruido y la distracción a su alrededor. Su mirada, sin embargo, se desplazó lo suficiente para encontrarse con la de ella, sus ojos encontrándose en un breve pero electrizante momento que dejó su pulso acelerado.

—No se preocupe, Lady Harcourt —murmuró Winterbourne con astucia, inclinándose cerca—. El pobre hombre no sabría qué hacer con una dama como usted, aunque lo intentara.

—Oh, yo no estaría tan segura —dijo ella, atrevida y juguetona, incluso mientras sentía el calor subir a sus mejillas.

Antes de que él pudiera responder, la voz de su esposa cortó a través de la multitud, haciendo que el conde se sobresaltara y dejara caer los huesos de pollo. —¡Winterbourne!

—¿Qué sucede, querida? ¿Acaso no puedo intentar seducir a una joven dama sin ser interrumpido?

—¡Dos de los pretendientes de Francesca están a punto de batirse en duelo en el jardín! ¡Debes detenerlos!

—¡Ja! ¿Querrías que arruinara la diversión de mi propia hija?

Pero con una sonrisa tímida, se disculpó, dejando a Juliette momentáneamente sola.

Tomó un sorbo de su champán, su mirada demorándose en el Dr. Bentley entre la bulliciosa multitud. Qué extraño, pensó, sentir su corazón agitado por un hombre tan resueltamente apartado de las ambiciones relucientes del *ton*—especialmente uno que, hoy, parecía tan alejado de ella también.

Capítulo 16

Lady Worthington se acercó a su lado, abanicándose con un abanico de encaje. —El Dr. Bentley es el tema de conversación esta noche —comentó Lady Worthington con sequedad.

—¿Lo es? —respondió Juliette, con la curiosidad picada.

No muy lejos, Juliette observó a Alexander Bentley colmando de atenciones a una joven, quien no parecía en absoluto descontenta. Una extraña opresión se instaló en su pecho, una punzada extraña e inoportuna que rápidamente descartó como simple curiosidad. Después de todo, ¿por qué debería importarle? No era como si sus atenciones le concernieran. Y, sin embargo, no podía apartar la mirada.

—Siempre se puede contar con los Winterbourne para proporcionar una nueva distracción —comentó la Condesa, con la boca llena de mousse de langosta.

No se les puede culpar por las acciones de aquellos hombres que eligen batirse en duelo por Francesca.

—No me refiero a eso, que es casi común. Si Lady Winterbourne se sale con la suya, todos seremos inoculados contra la viruela hoy.

Juliette frunció el ceño, su curiosidad despertada. —Me temo que no entiendo bien, Lady Worthington. ¿Inoculados? ¿Qué implica exactamente eso?

Lady Worthington inclinó la cabeza hacia el Dr. Bentley, que estaba cerca de Lady Winterbourne. —Según su señoría, es un método de prevención. Hizo inocular a Francesca hace tres años y ahora insiste en presentar a su hija como prueba viviente de su eficacia.

—Ah —murmuró Juliette, sus pensamientos derivando hacia la anterior indiferencia de Alexander. ¿Era esta la razón por la que parecía tan preocupado? La realización le trajo una extraña sensación de alivio, aunque hizo poco para aliviar el persistente dolor de su actitud.

—Poco convencional, sin duda —respondió Lady Worthington con un resoplido—. Me atrevo a decir que Lady Winterbourne lleva su patrocinio de ese joven doctor a extremos excesivos a veces.

Juliette arqueó una ceja. —El Dr. Bentley es un hombre dedicado y parece bastante comprometido con el avance de la medicina.

La expresión de Lady Worthington se tensó. —Puede que sea así, querida, pero este método suyo, esta idea de introducir una forma debilitada de viruela en el cuerpo, es bastante repulsiva para la mayoría de nosotros. ¿Arriesgarse a tal procedimiento en uno mismo? Es impensable. Y peor aún, no hay ni una pizca de prueba que nos asegure que sea efectivo, y mucho menos seguro.

—Aun así, Lady Winterbourne parece convencida de su valor —replicó Juliette, mirando al otro lado de la sala.

—Una cosa es someter a los desafortunados de Cannon Lane a sus... experimentos —replicó Lady Worthington con brusquedad—, pero infligirlo a la sociedad educada es un asunto completamente diferente.

Sin embargo, su mirada se suavizó y le dirigió a Juliette una sonrisa amable. —Perdóname, querida. He estado queriendo hablar con Felicity Carlyle; me ha estado haciendo señas durante siglos. Discúlpame, ¿quieres?

Juliette asintió, pero su atención ya se estaba desviando hacia el Dr. Bentley. Las preocupaciones de Lady Worthington hacían eco de los murmullos que había escuchado de otros en la sala. Esta "inoculación", como la llamaba el Dr. Bentley, ciertamente no era para los débiles de corazón, pero la confianza del hombre —su resolución— la intrigaba, a pesar de todo.

Tan pronto como Juliette volvió a entrar en el salón, fue inmediatamente consciente de las animadas, incluso polémicas, conversaciones que ondulaban entre la multitud. Lavinia, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de emoción, se apresuró a su lado.

—Jules, ¿no es esto lo más fascinante? —susurró, claramente intrigada por los inesperados acontecimientos del día.

Juliette logró esbozar una pequeña sonrisa insegura. —Ciertamente es inusual —dijo con cuidado, atrapada entre su persistente dolor por la frialdad de Alexander y una reticente admiración por su resolución. Aunque quizás más digno de lo que muchos aquí admitirían.

La sonrisa de Lavinia vaciló. —Nathaniel me ha prohibido participar —dijo con un toque de rebeldía en su voz—, pero no puedo evitar pensar que está siendo terriblemente irrazonable.

La mirada de Juliette se agudizó, y tomó suavemente el brazo de su hermana, llevándola aparte para poder hablar en privado. —Lavinia, no está siendo irrazonable en absoluto —dijo, con voz baja pero firme—. De hecho, estoy completamente de acuerdo con él. No debes ni siquiera considerarlo.

El rostro de Lavinia decayó aún más. —Pobre Dr. Bentley —suspiró Lavinia, mirando hacia él —. Parece como si necesitara a alguien que lo apoyara. —El comentario tocó una fibra sensible, incómodamente cerca del dolor que Juliette sentía ella misma.

Con un suave apretón, Juliette guió a su hermana a un rincón tranquilo, con su propia mente enredada mientras se preparaba para decir lo que la propiedad exigía de ella. —Escucha, querida —comenzó, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. El Sr. Fairburn tiene razón en ser cauteloso; el primer deber de una esposa es honrar la guía de su marido, especialmente en asuntos que le conciernen tan profundamente.

Las palabras se sentían pesadas en su lengua, en desacuerdo con su propia creciente convicción sobre el trabajo de Alexander, pero se obligó a continuar por el bien de Lavinia. —Debes considerar los deseos del Sr. Fairburn. Si pretendes ser una esposa devota, empieza por respetar sus preocupaciones ahora. ¿Realmente deseas darle motivos para pensar que eres... rebelde?

Lavinia suspiró, reluctante pero cediendo. —No, tienes razón. No deseo empezar con mal pie. Eres muy sensata, Jules, aunque no me guste.

Juliette dejó escapar un pequeño suspiro que no se había dado cuenta de que contenía. —Es solo que debes recordar que el matrimonio requiere... compromiso —vaciló, casi haciendo una mueca al escuchar esas palabras salir de sus propios labios, palabras que ella misma encontraba dolorosamente difíciles de aceptar. Después de sus propias experiencias, abogar por la obediencia —incluso en el sentido más gentil— le parecía más hipócrita de lo que le gustaba admitir. Pero quería profundamente a Lavinia y sabía que el futuro de su hermana dependía de una base sólida. Se obligó a reprimir sus propias reservas, a centrarse en la felicidad de su hermana más que en sus propias cicatrices.

Miró al otro lado de la habitación y vio al Sr. Fairburn observando a Lavinia con una expresión ligeramente ansiosa. —Ahora —murmuró—, mira allá. El Sr. Fairburn te está mirando como un hombre que teme perder su tesoro más preciado. Ve con él y tranquilízalo.

Lavinia siguió su mirada, y una suave sonrisa suavizó su expresión. —Tienes razón, Jules —respondió con un suspiro silencioso—. Solo espero poder desarrollar aunque sea una fracción del buen juicio que tú posees.

Mientras su hermana se alejaba, Juliette la observó reunirse con su prometido, esperando que el matrimonio de Lavinia siguiera un curso diferente al suyo propio.

Cuando Lavinia se fue para unirse al Sr. Fairburn, la mirada de Juliette volvió a Alexander Bentley. Él se erguía alto frente a la multitud escéptica, su voz firme pero teñida de frustración. La tensión en su mandíbula revelaba el esfuerzo que le costaba mantener la compostura, y Juliette sintió una punzada que nada tenía que ver con el anterior escozor de su frialdad —esto era indignación, aguda e inflexible, en su nombre.

—He probado su eficacia —afirmó, con voz controlada pero teñida de frustración.

—¿Ah, sí? —se oyó una voz burlona entre la multitud—. ¿Y en quién exactamente? ¿En los pilluelos de Cannon Lane, sin duda?

La risa se extendió por el grupo, pero Juliette notó cómo la mano de Alexander se cerraba en un puño a su lado. Parecía furioso, su compostura cuidadosamente mantenida empezando a deshilacharse.

La voz de Lady Winterbourne resonó, intentando restaurar el orden. —¡Vergüenza debería daros a todos! ¡Mirad a mi hija, sin marcas después de tres años! La viruela no viene dos veces, ¿sabéis?

—¡Preferiría que no viniera ni una! —bromeó otro invitado, provocando más risas.

La condesa, imperturbable, lo intentó de nuevo. —¡La emperatriz de Rusia creía tan firmemente en la inoculación que se la hizo ella misma!

Una voz despectiva murmuró: —Bueno, ella no está aquí para decírnoslo ella misma, ¿verdad?

La visión de Alexander, de pie tan resueltamente contra la marea de ridículo, despertó algo feroz en Juliette. Había visto antes su devoción incansable, su fuerza silenciosa, pero ahora lo sentía más intensamente —un dolor en su pecho por la injusticia de sus burlas. Fuera lo que fuese esto —admiración, protección, o algo que no se atrevía a nombrar— no dejaba lugar a la vacilación.

Lady Winterbourne lanzó una mirada desesperada alrededor de la habitación. —¿No habrá ninguno de vosotros que sea el primero en arriesgarse? —preguntó, tratando de reunir apoyo.

Juliette cruzó su mirada con la de Alexander a través de la habitación. Por un momento, el murmullo de la conversación se desvaneció, dejando solo la intensidad de su mirada encontrándose con la de ella. Algo en su expresión —una mezcla de determinación silenciosa y frustración— la impulsó antes de que tuviera tiempo de pensar.

Dio un paso adelante con propósito deliberado, su pulso acelerándose con una mezcla de nervios y resolución. Esto no se trataba de la multitud ni siquiera de su propia curiosidad —se

trataba del hombre que se enfrentaba solo a su escepticismo, un hombre al que admiraba más de lo que se atrevía a admitir.

—No entiendo esta reticencia —dijo Juliette, su voz clara pero teñida de un desafío silencioso que retaba a la sala a desafiarla—. El Dr. Bentley no es un hombre que nos lleve por mal camino. Después de todo, sus servicios están mucho más a nuestro alcance que la mayoría de los lujos en los que nos permitimos. —Dejó que su mirada recorriera la multitud, una leve sonrisa tirando de sus labios mientras suavizaba el aguijón de sus palabras con humor.

—Si Lady Winterbourne estaba dispuesta a confiar la salud de su propia hija a este tratamiento, no veo razón por la que no deberíamos mostrar un valor similar.

Un murmullo se extendió por la sala mientras las cabezas se giraban, asombradas por sus palabras. La voz de Lavinia cortó la sorpresa, presa del pánico. —Jules, ¡no puedes! No te dejaré... ¿recuerdas que me lo prohibiste?

Juliette se volvió hacia su hermana con una sonrisa tranquilizadora, aunque el latido de su propio corazón traicionaba su resolución. —No, querida. No te lo prohibí, solo te animé a escuchar al Sr. Fairburn. Esta es mi elección, y estoy bastante segura de ella.

Luego encontró la mirada de Alexander una vez más, sintiendo el peso de su decisión asentarse sobre ella mientras se dirigía a él. —Dígame, Dr. Bentley, ¿qué debo hacer?

La mirada de Alexander cambió, la tensión en su postura aliviándose mientras parecía verla realmente por primera vez esa noche. Algo brilló en su expresión —sorpresa, gratitud, y quizás algo más— pero desapareció tan rápido como había llegado.

Su boca se curvó en el más leve indicio de una sonrisa, una que ella sintió que estaba destinada únicamente a ella. —Es simplemente un pequeño rasguño, Lady Harcourt. Nada más.

—Entonces no les hagamos esperar —dijo, sus dedos firmes en su puño a pesar del rápido latido de su pulso. No dejaría que la multitud —ni él— vieran su vacilación.

Mientras murmullos y miradas curiosas ondulaban entre la multitud, Juliette sintió una mezcla de diversión y aprensión por la atención que estaban atrayendo. Alexander trajo una silla, indicándole que se sentara.

—No me desmayaré, ¿sabe? —le aseguró con humor seco.

—De eso estoy seguro —respondió él, su mirada firme e inquebrantable, aunque una pequeña sonrisa tiraba de sus labios—. Sin embargo, si se sienta, todos podrán ver por sí mismos cuán resuelta está.

—Ah, ¿así que me considera un espectáculo, Dr. Bentley? —bromeó mientras se sentaba, muy consciente del calor de su mano estabilizando su brazo mientras ajustaba sus faldas.

—Solo un poco —murmuró, inclinándose mientras preparaba sus instrumentos, sus rostros ahora a solo centímetros de distancia. Su voz se suavizó, solo para ella—. Gracias.

Las palabras llevaban un peso que la dejó sin aliento, y por un breve momento, olvidó a la multitud, la habitación, incluso el procedimiento que estaba a punto de realizarse. Su propia voz era tranquila, casi confesional. —Confío en usted —dijo, la verdad escapándose antes de que pudiera contenerla.

Sus ojos brillaron con algo cálido y profundamente apreciativo, pero se recuperó rápidamente, sumergiendo un pequeño cuchillo en el vial de líquido turbio.

—Solo es un rasguño —la tranquilizó, su voz volviendo a su tono habitual de firmeza. Tocó el interior de su muñeca, frío y suave, y ella sintió que su pulso se aceleraba cuando sus dedos rozaron su piel.

—Eso sí —añadió ella, tratando de mantener un tono ligero y apartando las emociones que surgían en su pecho—, si me desmayo, espero que me atrapes.

—Estaré preparado —respondió él, con los labios curvándose en una pequeña sonrisa casi cómplice mientras encontraba su mirada, sus dedos demorándose un segundo más de lo necesario—. Pero, por lo que vale, Lady Harcourt, creo que está hecha de una pasta más fuerte que eso.

El rasguño en sí fue rápido, un breve escozor que pasó tan pronto como comenzó. Antes de que se diera cuenta, él ya estaba guardando sus instrumentos, y la inoculación había terminado.

Se levantó con tranquila confianza, una extraña mezcla de euforia y desafío recorriéndola. Las miradas de la multitud pesaban sobre ella, pero se negó a darles la satisfacción de ver otra cosa que no fuera compostura. En su lugar, se levantó con suavidad, dedicándole a Alexander una sonrisa serena. —Le estoy muy agradecida, Dr. Bentley —dijo, inclinando la barbilla con un toque de picardía—. Por favor, envíeme la factura con sus honorarios cuando le sea conveniente.

Su mirada se cálido, su voz llevando una nota de aprobación y humor mientras respondía: —Solo si insiste, Lady Harcourt.

***

El murmullo de voces se elevaba alrededor de Alexander, puntuado por estallidos de risas nerviosas y susurros apresurados mientras los invitados hacían fila para la inoculación. El aire se sentía cargado con una mezcla de curiosidad y temor, la multitud antes burlona ahora silenciada, su escepticismo dando paso a un valor tentativo.

Y había sido Juliette quien había cambiado la marea.

Alexander sumergió su cuchillo en el vial con precisión practicada, sus movimientos firmes incluso mientras su mente daba vueltas. Había realizado este procedimiento innumerables veces antes, pero nunca bajo la mirada escrutadora del *ton*, y nunca con las apuestas tan extrañamente personales. Y ciertamente nunca después de que sus propias acciones hubieran proyectado una sombra involuntaria. Su anterior distanciamiento hacia ella —nacido de la distracción más que del diseño— ahora se asentaba incómodamente en su pecho.

—Lady Simmons —dijo, asintiendo a la siguiente invitada en la fila, calmado y profesional—. Esto solo escocerá por un momento.

La dama extendió su brazo vacilante, sus ojos desviándose hacia el pequeño vendaje en la muñeca de Juliette. Alexander siguió su mirada, vislumbrando a Juliette al otro lado de la sala. Estaba hablando con su hermana, su postura compuesta, su expresión indescifrable. Pero notó el leve color en sus mejillas, la forma en que sus dedos jugueteaban con el borde de su manga como si estuviera reviviendo el momento que habían compartido.

Un momento que lo había desconcertado por completo, sin dejar lugar a fingir lo contrario.

—¿Doctor? —lo apremió Lady Simmons, con la voz temblorosa.

—Mis disculpas —murmuró Alexander, volviendo a concentrarse en su tarea. El rasguño fue rápido y limpio, provocando solo una ligera mueca—. Ya está. Querrá mantenerlo cubierto durante los próximos días.

Mientras Lady Simmons se alejaba, otro invitado tomó su lugar, y luego otro. Sin embargo, a través del frenesí de presentaciones y palabras tranquilizadoras, su mente seguía volviendo a Juliette. Su voz —calmada, inquebrantable— aún resonaba en sus oídos, llevando consigo un peso que no podía ignorar.

Ella lo había apoyado. Públicamente. Sin titubeos.

Era un marcado contraste con Eleanor.

Eleanor había sido su primer amor, una mujer brillante y vivaz cuya risa alguna vez había iluminado los sombríos pasillos de su vida. Sin embargo, incluso en los momentos más brillantes de Eleanor, nunca había mostrado el valor tranquilo y feroz que Juliette había revelado hoy.

Le había propuesto matrimonio, creyendo que sus sueños compartidos podrían resistir cualquier cosa. Pero cuando las realidades de su trabajo en el dispensario se hicieron evidentes —largas horas, el hedor de la enfermedad, el interminable flujo de almas desesperadas— ella se había echado atrás. Su ultimátum había llegado con toda la cruel delicadeza de una daga envuelta en seda.

Ella o su trabajo.

Durante un tiempo, había agonizado sobre la elección, desgarrado entre su corazón y sus convicciones. Pero al final, no había sido una elección en absoluto. Su trabajo era quien era, la esencia misma de su propósito. Eleanor se había ido, y aunque no le guardaba rencor, la herida de su rechazo nunca se había curado por completo.

Hasta hoy.

El valor de Juliette —la forma en que había dado un paso adelante, con la barbilla alta, su voz firme mientras llevaba su nombre al escrutinio de la multitud— era una clase de lealtad que nunca se había atrevido a esperar. Ella había ido a su dispensario, llevando sábanas durante el motín, sin miedo a ensuciar sus guantes o arriesgar su reputación. Y ahora, en esta sala llena de ojos críticos, no solo había defendido su trabajo, sino que se había ofrecido como prueba de su valía.

El recuerdo de su mano bajo la suya aún persistía, el calor de su piel enviando una descarga eléctrica por su columna. Su mirada lo había atravesado, su susurro "Confío en ti" desatando algo profundo en su interior. No era solo confianza lo que le había ofrecido, sino un atisbo de algo más —algo que no se atrevía a nombrar.

¿Podría ella sentir lo mismo? El pensamiento era aterrador.

—Dr. Bentley, ¿le importaría explicar el proceso nuevamente? —una voz aguda interrumpió, devolviéndolo al presente. Lady Worthington estaba cerca, su expresión tensa de escepticismo. Un recordatorio de las mismas dudas que había enfrentado toda la noche, pero una mirada a Juliette lo estabilizó. Ella había silenciado cosas peores que Lady Worthington.

Asintió, forzando su concentración de vuelta a sus deberes. —Por supuesto, Lady Worthington. El proceso implica...

Pero incluso mientras hablaba, su mirada se desviaba hacia Juliette, atrapándola en medio de una risa mientras hablaba con Lavinia. Cuando sus ojos se encontraron, fue un momento fugaz que aun así le robó el aliento. La sensación —igual partes emoción y dolor— lo desconcertó de una manera que no había sentido en años.

Se había dicho a sí mismo, después de Eleanor, que nunca más dejaría que su corazón dictara su camino. Sin embargo, aquí estaba, tambaleándose al borde de algo que no podía controlar. Juliette Harcourt era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido —práctica, intrépida y exasperantemente compleja. Era la encarnación de todo lo que se había convencido de que no podía tener.

Y sin embargo... la forma en que lo había apoyado hoy, la forma en que había dicho su nombre con tanta convicción silenciosa —lo hacía preguntarse. Preguntarse si un futuro con ella podría

ser posible. Preguntarse si podría encontrar el valor para correr ese riesgo nuevamente.

—¿Doctor? —llamó otra voz, y se giró para ver a Lady Winterbourne haciéndole un gesto para que continuara.

Él asintió, sus manos firmes mientras preparaba la siguiente dosis. Pero por dentro, la certeza que lo había guiado durante toda su vida vacilaba. Juliette Harcourt no solo se había ganado su admiración—sin saberlo, había reclamado su corazón. Y por primera vez en años, cuestionó los límites que tan cuidadosamente había trazado.

Y eso lo aterrorizaba más que cualquier escalpelo o jeringa jamás podría hacerlo.

***

—¡Estuviste magnífica! —exclamó Lavinia, corriendo hacia Juliette con los ojos brillantes—. ¡Absolutamente intrépida, no te estremeciste ni por un segundo!

Los labios de Juliette se curvaron, aunque una extraña pesadez persistía en su pecho, mezclándose con una leve euforia.

—No había mucho de qué alarmarse, Vinni, en serio.

—Aunque lo hubiera deseado, dudo que me hubiera atrevido —continuó su hermana con una risa entrecortada—. ¡Jules, de verdad, estoy orgullosa de ti!

El cumplido tocó una fibra desconocida. Juliette siempre se había enorgullecido de su compostura, pero esto... esto había sido diferente. No había actuado por un sentido calculado del deber o la propiedad. Lo había hecho por él. El pensamiento la inquietaba, incluso mientras despertaba un silencioso calor. Alexander Bentley, con sus convicciones inquebrantables y esa mirada inescrutable, había sacado algo de ella que apenas se había dado cuenta que existía.

Mirando a su alrededor, de repente sintió la enormidad de su acción: la atención, los susurros, las miradas especulativas de la multitud. ¿Se había excedido? ¿Había expuesto demasiado de sí misma, revelando más de lo que jamás había pretendido? A pesar de toda su compostura exterior, la respuesta ahora parecía aterradoramente clara.

—Un terrible error, quizás —murmuró, casi para sí misma, su voz llevando el más leve temblor.

—¡Tonterías! —insistió Lavinia—. Has hecho algo valiente, y todos pueden verlo.

Juliette forzó una sonrisa, aunque sus pensamientos permanecían en otra parte. Al otro lado de la habitación, Francesca Bentley pasó junto a ellas, su rostro fijado en una leve mueca de desprecio.

—Qué insoportablemente aburrido —se burló Francesca—. Todos se apresuran como si fuera un premio en una feria.

Juliette la vio alejarse, suprimiendo un destello de diversión. Poco importaba si el desdén de Francesca provenía de los celos o del mero desinterés. Por primera vez, Juliette no sentía la necesidad de encogerse ante la brillante confianza de la belleza más celebrada del *ton*. Que pensaran lo que quisieran, esto era suyo.

Su mirada se desvió hacia la puerta, donde Lady Winterbourne se afanaba entre la creciente fila de participantes voluntarios, su expresión irradiando triunfo. Detrás de ella, Alexander trabajaba con tranquila concentración, sus movimientos practicados y firmes. Y entonces, como si sintiera que lo observaba, levantó la mirada.

Sus ojos se encontraron, y por un fugaz momento, la habitación abarrotada se desvaneció. Su mirada indescifrable provocó una oleada de innegable emoción que la dejó sin aliento. ¿Estaba agradecido? ¿Impresionado? ¿O era algo más? Fuera lo que fuese, la leve curvatura de sus labios —la sonrisa cómplice, casi tierna— se sentía como una respuesta a una pregunta que ella apenas había empezado a hacerse.

—¿Estás realmente bien? —la voz de Lavinia rompió el hechizo, devolviéndola al presente.

Juliette se volvió hacia su hermana, su corazón aún acelerado mientras luchaba por estabilizarse. A pesar de toda su resolución anterior, ya no podía ignorar la verdad que salía a la superficie. Lo amaba. De alguna manera, imposiblemente, ya había sucedido. Y aunque la revelación la aterrorizaba, traía consigo una extraña sensación de calma.

—No podría estar mejor, querida —respondió suavemente, su sonrisa ahora genuina. Y por una vez, lo decía en serio.

Capítulo 17

Durante los siguientes días, Juliette se encontró sorprendentemente bien y cada mañana se maravillaba por la falta de fiebre o marcas. Dondequiera que iba, la gente la trataba con una nueva y casi reverente admiración. Aunque lo había hecho por un capricho para apoyar a Alexander, la admiración de sus pares era un beneficio inesperado e intoxicante.

Entre los preparativos de la boda con Lavinia, Juliette acababa de romper y quemar otra carta del primo de Sir Charles —otra desvergonzada petición de dinero— cuando entró el lacayo.

—El Dr. Bentley ha venido a verla, Lady Harcourt.

Su corazón dio un vuelco inoportuno antes de que se calmara. Solo podía imaginar qué noticias podría traer, pero él no era de los que hacían visitas sociales sin motivo. Se mantuvo compuesta junto a la chimenea mientras lo hacían pasar.

—Alexander —lo saludó con una sonrisa serena—. Un placer inesperado.

—Juliette —inclinó la cabeza—. Tenía la intención de venir antes, pero he estado bastante ocupado. Has aumentado considerablemente mi carga de trabajo, y por eso debo agradecerte —sonrió, un cálido destello en su expresión habitualmente reservada—. Lo que hiciste requirió valentía.

—No tanta como imaginas —respondió, sintiendo que sus mejillas se calentaban bajo su mirada—. Me pareció lo mínimo que podía hacer.

—La demanda de inoculaciones se ha triplicado —dijo, observándola con una atención que aceleró su pulso—. ¿Confío en que estás bien?

—Perfectamente —respondió, esforzándose por mantener firme su voz—. Mentiría si dijera que no estaba sorprendida. Medio esperaba encontrarme postrada en cama.

—Y que no lo estés ha complacido a muchos, estoy seguro —dijo, acercándose—. ¿Sin fiebre? ¿Sin dolor?

—Alexander, por favor. No estoy en mi lecho de muerte. Pero confesaré... —Se levantó la manga para mostrarle el brazo—. Ha habido algunas pulsaciones. Imagino que eso es normal.

Él tomó su brazo, sosteniéndolo suavemente hacia la luz. Sus dedos contra su piel le provocaron una repentina emoción, y se obligó a permanecer quieta bajo su cuidadoso escrutinio. Cuando la soltó, su pulgar se demoró en su muñeca un instante de más—. Está sanando maravillosamente.

—Por supuesto que sí —Retiró su brazo, el calor persistiendo donde la había tocado—. No esperaría menos de un médico de tu considerable reputación.

El cumplido le arrancó una sonrisa inesperada—. Me halagas, Juliette. Ojalá otros compartieran tu fe. Con el tiempo, quizás lo hagan.

—Y con los bolsillos llenos, sin duda —Levantó una ceja, bromeando.

—Si tan solo esa fuera mi principal preocupación —Su sonrisa se ensanchó, y ella sintió que la suya propia se curvaba en respuesta.

Las mejillas de Juliette se sonrojaron bajo su mirada, aunque se negó a dejarlo notar—. Bueno, Dr. Bentley, has provocado todo un frenesí en la alta sociedad con tus prácticas de inoculación. ¿Alguna vez has estado tan inundado por la sociedad de moda antes?

—Difícilmente —Sus labios se curvaron en una sonrisa contenida mientras la observaba, casi como si la estuviera estudiando, quizás reviviendo el momento en que ella se había ofrecido voluntaria para la inoculación, cuando había sorprendido a todos, incluso a él mismo—. Aunque te lo debo a ti. Nunca imaginé que la sociedad abrazaría la idea con tanto fervor.

Se acercó más, y el aire entre ellos pareció espesarse—. Ahora dime —continuó, bajando la voz—. ¿No sufriste efectos persistentes? ¿Ni fiebre ni fatiga?

Ella negó con la cabeza—. Para mi decepción, estoy como siempre. Aunque, sinceramente, esperaba verme salpicada de marcas de viruela.

La expresión de Bentley se suavizó. Levantó la mano con suave autoridad, sus dedos rozando su barbilla, inclinando su rostro ligeramente hacia la izquierda—. Déjame echar un vistazo entonces, solo para estar seguro —Se acercó más, su aliento cálido contra su mejilla, sus manos levantando su rostro hacia la luz—. Ni una sola marca —murmuró.

—¿Alguna vez padeciste la viruela? —preguntó, su voz un susurro tranquilo, como si el mundo a su alrededor se hubiera desvanecido.

—No —respondió ella, su voz suavizada por la cercanía, por la presión de sus dedos—. No exactamente, al menos —No pudo resistir el impulso de contarle, de disfrutar de su mirada de

sorpresa—. Se dice que las lecheras nunca sufren la viruela, Dr. Bentley. En el campo, tenemos... nuestras creencias.

—¿Lecheras? —Levantó una ceja, un toque de incredulidad cruzando su rostro—. ¿Así que te crees inmune?

Su sonrisa vaciló por una fracción de segundo. ¿Había dicho demasiado? La mirada penetrante de Alexander no flaqueó, y por primera vez, Juliette deseó no haber compartido la anécdota. Pero era demasiado tarde para retractarse.

Levantó la barbilla, con un destello de picardía en los ojos—. Cuando era niña, a menudo ayudaba con las vacas. Y, ¿sabes qué? Desarrollé algunas pequeñas llagas en las manos. Mi nodriza me aseguró que estaría a salvo de la viruela para siempre.

Su mano se detuvo en su rostro, su pulgar acariciando su mejilla—. Un cuento de niños —Negó con la cabeza, incapaz de contener una leve sonrisa—. Y sin embargo, ha funcionado a tu favor. Suerte o no.

El calor de su toque persistió mientras un destello de inquietud se abría paso en su pecho. Su pasado, tan cuidadosamente ocultado, de repente se sintió frágil bajo el peso de su escrutinio. Se obligó a reír ligeramente, disipando la tensión—. Si te hubiera contado todo eso de antemano, ¿me habrías dejado ofrecerme como voluntaria?

Sus ojos se oscurecieron, la leve sonrisa desapareciendo—. Juliette, podría haber insistido en que te mantuvieras lo más lejos posible si hubiera conocido tus... ingeniosas teorías de inmunidad.

Juliette levantó la barbilla, un destello de desafío iluminando su mirada—. Eres demasiado rápido para descartarlo, Alexander. Después de todo, creo que puede haber mucho sobre los remedios del campo que aún tienes que aprender.

Un destello de intriga cruzó su rostro. —Entonces quizás me ilumines. Después de todo, siempre busco ampliar mis conocimientos.

Su sonrisa se volvió coqueta, y su voz bajó a un murmullo provocador. —Si te ganas mi favor, podría compartir más... aunque —se interrumpió, dejando que sus palabras quedaran suspendidas con un toque de insinuación.

Por un latido, se quedaron así, sus palabras flotando en el aire cargado entre ellos.

Su mirada se desvió hacia sus labios, deteniéndose allí con un interés indisimulado. A ella se le cortó la respiración, su mente corriendo con el impulso prohibido de cerrar la distancia entre ellos. Pero ninguno se movió, cada uno cautivo en el hechizo que los unía más de lo apropiado.

—Gracias —murmuró él de repente, con voz baja, solo para sus oídos. Era más que simple gratitud; estaba cargado de capas, llevando una intimidad que la dejó sonrojada.

No sabía que su cuerpo pudiera sentirse así: ligero y en llamas al mismo tiempo. Pero la oleada de euforia estaba teñida de inquietud, una vieja y amarga voz susurrando que tales cosas no estaban destinadas para ella.

Apenas pudo encontrar su voz. —Fue... lo menos que podía hacer.

Sus ojos se encontraron, y Juliette se sintió atraída por el calor constante y casi desprotegido de su mirada. Esta cercanía, esta extraña intimidad, era extraña y emocionante, pero la inquietaba en su intensidad. ¿Podría él ver cuánto anhelaba este momento? ¿Cómo deseaba sentir algo —cualquier cosa— que no estuviera arraigado en el deber o la obligación?

Sus labios se separaron, su respiración inestable mientras las yemas de sus dedos se demoraban bajo su pómulo. Su toque era suave, pero llevaba un peso que la hacía temblar. La habían tocado antes —manos que habían sido crueles, codiciosas, indiferentes— pero esto no era nada parecido. Su toque no era una exigencia; era una pregunta, una que hacía que su corazón se acelerara.

—Juliette —murmuró él, su voz un suave rumor. Había vacilación en su voz, como si él también estuviera probando el frágil límite entre ellos.

—Alexander —susurró ella, apenas consciente de su propia osadía al dejar escapar su nombre de sus labios.

Y entonces, como atraídos por una fuerza tácita, sus labios reclamaron los de ella. No fue una suave obertura sino una audaz y ardiente posesión que le robó el aliento y la dejó buscando equilibrio. Su boca era cálida, firme y exigente, moviéndose contra la de ella con una mezcla de contención y necesidad desenfrenada. El mundo a su alrededor se desvaneció, dejando solo el delicioso calor de su beso y el constante latido de su pulso rugiendo en sus oídos.

Juliette jadeó suavemente contra él, sus manos elevándose instintivamente hacia su pecho. La tela de su abrigo era áspera bajo sus palmas, pero la fuerza del hombre debajo era innegable. Ancho e inquebrantable, era un ancla en la tormenta, sosteniéndola firme incluso mientras la deshacía por completo. Sus dedos se curvaron, aferrándose a él mientras sus labios se separaban, dándole la bienvenida más profundamente.

Las manos de Alexander se deslizaron sobre sus hombros, su toque firme pero reverente. Ella se estremeció cuando él apartó la delicada tela de su vestido, exponiendo su piel al aire fresco. Pero el frío fue fugaz, desterrado casi instantáneamente por el abrasador rastro de su boca. La

besó en el hombro, sus labios cálidos e implacables mientras se movían a lo largo de su piel desnuda, deteniéndose en el hueco de su cuello donde se demoró, saboreándola, marcándola.

Cada beso enviaba una descarga de calor por sus venas, despertando sensaciones que no sabía que era capaz de sentir. Su respiración se entrecortó cuando sus manos, fuertes y ligeramente callosas, se deslizaron por sus brazos, su toque un contraste de ternura y posesión.

—Juliette —susurró con voz ronca, su nombre una plegaria rota en sus labios. El sonido de este, rico en deseo y anhelo, le envió un escalofrío por la espalda. Sus dedos trazaron la línea de su clavícula, su toque ligero como una pluma, pero no menos devastador. Ella inclinó la cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta ante él, sus ojos cerrándose mientras se entregaba al momento.

Esto no se parecía en nada a los toques sin vida que había soportado en su pasado, el frío deber de un matrimonio sin amor. No, esto era pasión cruda y desenfrenada, algo vívido y consumidor. No era solo deseo lo que florecía dentro de ella; era necesidad, un hambre feroz que había permanecido dormida durante demasiado tiempo.

La boca de Alexander volvió a la suya, más hambrienta esta vez, su beso robándole el poco aliento que le quedaba. Su cuerpo respondió instintivamente, arqueándose hacia él, sus manos deslizándose hacia arriba para enredarse en los gruesos mechones de su cabello. El suave gemido que se le escapó envió un escalofrío de emoción a través de ella, encendiendo un dolor salvaje y temerario en su núcleo.

Sus manos encontraron su cintura, atrayéndola más cerca hasta que no quedó espacio entre ellos. Su calor la rodeaba, envolviéndola en un capullo de sensaciones que quemaba todo lo demás: sus dudas, sus miedos, su sentido de la propiedad. Nada importaba excepto este momento, este hombre y la forma en que la hacía sentir viva por primera vez en años.

—Juliette —murmuró contra sus labios, su voz ronca y tensa. Su frente descansaba contra la de ella, sus alientos mezclándose mientras luchaba por recuperar el control—. Me deshaces.

Su corazón se encogió ante la cruda vulnerabilidad en su voz, sus manos acunando su rostro para acercarlo de nuevo. Lo besó con una audacia recién descubierta, sus labios moviéndose contra los de él con el fervor de una mujer reclamando lo que acababa de descubrir que quería.

Sus labios dejaron los de ella, recorriendo la curva de su mandíbula hasta el sensible hueco de su garganta. Cada toque la enviaba en espiral más profundamente a una neblina de placer, su cabeza inclinándose hacia atrás mientras se rendía completamente a las sensaciones.

Y entonces, como un cruel chasquido de realidad, pasos apresurados resonaron en el pasillo.

—Jules, no vas a creer... ¡oh!

La exclamación de Lavinia destrozó el momento como si fuera de cristal, y Juliette se apartó de un salto de Alexander, sus manos volando hacia su vestido para tirar apresuradamente de la tela sobre sus hombros. Su pecho se agitaba mientras luchaba por recuperar el aliento, el calor persistente del toque de Alexander aún ardiendo en su piel.

Alexander dio un paso atrás, su cabello despeinado, su rostro sonrojado. Se aclaró la garganta, su compostura deslizándose de vuelta a su lugar con un esfuerzo practicado, aunque sus labios —ligeramente hinchados por su beso— lo traicionaban.

Los ojos de Lavinia estaban muy abiertos, moviéndose entre ellos mientras el color subía a sus mejillas. —Yo... no quería interrumpir —balbuceó, su voz teñida tanto de vergüenza como de intriga.

Juliette se pasó una mano temblorosa por el cabello, su voz vacilante a pesar de su intento de calma. —No estabas interrumpiendo, Vinni. El Dr. Bentley ya se... iba.

Alexander inclinó la cabeza, evitando la mirada de Lavinia pero permitiendo que la suya se demorara en Juliette por un momento más largo de lo que la propiedad permitía. —Hasta el baile de Devonshire, Lady Harcourt —habló en voz baja e íntima, destinada solo para ella.

Con eso, él se dio la vuelta y se marchó, el aire entre ellos aún chisporroteando con los restos de su pasión. Juliette se llevó una mano al pecho, tratando de calmar su acelerado corazón, mientras Lavinia se acercaba, su expresión una divertida mezcla de asombro y picardía.

—Vaya —bromeó Lavinia—. Eso ciertamente no parecía una típica visita a domicilio.

Juliette le lanzó una mirada de advertencia, con las mejillas encendidas. —Lavinia...

Pero su hermana solo sonrió, con un brillo de triunfo conocedor en sus ojos. —Jules —se burló Lavinia, con una amplia sonrisa—. Pareces completamente deshecha.

Juliette no dijo nada, volviéndose para mirar la puerta por la que Alexander había desaparecido. Sus labios hormigueaban, su cuerpo aún vibrando con el recuerdo de su tacto. No necesitaba admitirlo, su silencio lo decía todo.

***

La entrada a Devonshire House estaba repleta de relucientes carruajes y ansiosos lacayos que se alineaban en el largo camino iluminado por antorchas hacia la gran entrada de la mansión. Las llamas de las antorchas de los mozos parpadeaban con la brisa, proyectando un cálido resplandor en la noche, añadiendo un efecto casi teatral a la escena. Desde el interior aterciopelado de su carruaje, Juliette miraba hacia afuera, las luces parpadeantes se reflejaban en sus ojos grandes e indescifrables.

La reputación de la recién enviudada Duquesa Viuda de Devonshire como una de las anfitrionas más cautivadoras de la alta sociedad la precedía; sus veladas eran todo un espectáculo, un punto de encuentro para los más altos escalones de la sociedad. Incluso ahora, el sonido lejano de música y risas flotaba en el aire fresco de la noche, llenando a Juliette de una anticipación que no había esperado.

Lavinia se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes. —Todos estarán allí —dijo sin aliento, estirando el cuello para mirar por la ventana.

Los labios de Juliette se curvaron en una leve sonrisa ensayada. —En efecto. Pero solo una persona te importa, querida —bromeó ligeramente, aunque sus pensamientos estaban lejos de los preparativos de la boda de su hermana.

Lavinia suspiró dramáticamente, recostándose en su asiento con una sonrisa que rayaba en lo eufórico. —Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, Jules. Entonces podría estar verdaderamente contenta.

Juliette se volvió hacia su hermana con una mirada irónica. —Déjame disfrutar de esta noche tal como es —respondió suavemente, esperando desviar la conversación de sí misma—. ¿No es eso suficiente?

Pero Lavinia no había terminado. Su mirada se suavizó mientras miraba a su hermana. —Jules, ¿por qué ya no usas tus diamantes?

La sonrisa de Juliette se desvaneció, y miró por la ventana. *Porque no se atrevería a pensar en llevar la farsa.*

Tras una pausa, respondió: —Aquí en Londres, los diamantes son... bueno, apenas son únicos. Es mucho más llamativo permanecer sin adornos, ¿no crees? —Sus dedos jugueteaban distraídamente con el borde de su guante, su mirada fija firmemente al frente.

Las palabras salieron con facilidad, pero dejaron un sabor amargo en su lengua. La verdad —sobre el vidrio que se hacía pasar por herencia familiar, el aguijón de los engaños de su difunto esposo— era un peso que se negaba a compartir. Usar esas joyas ahora se sentía como una traición a su propia integridad, un doloroso recordatorio de la fachada que una vez se vio obligada a mantener.

Lavinia inclinó la cabeza. —Cuando te casaste con Sir Charles, yo era solo una niña —comenzó vacilante, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Por supuesto, estaba abrumada en ese momento —el honor, la grandeza de todo— parecía casi un cuento de hadas. Pero ahora... me pregunto. —Se detuvo, sus mejillas coloreándose levemente—. Me pregunto si alguna vez fue realmente el hombre que habrías elegido para ti misma.

Juliette forzó una sonrisa, aunque su corazón se apretó dolorosamente ante la pregunta. —Eso ya no importa ahora —dijo suavemente, alisando su vestido con dedos firmes—. Si no fuera por Sir Charles, no estaríamos aquí esta noche, preparándonos para tu boda, disfrutando de todo esto. Recordémoslo así.

Lavinia frunció el ceño, su expresión volviéndose melancólica. —Pero ahora no puedo imaginarlo —no después de enamorarme de Nathaniel. Debe haber sido... tan diferente para ti.

Juliette soltó una pequeña risa hueca, el sonido no traicionaba nada de la turbulencia que se agitaba dentro de ella. —Te aseguro que no tengo intenciones de repetir la experiencia.

—Pero ¿no quieres eso también? —insistió Lavinia, sus cejas juntándose con sincera preocupación—. ¿Una vida con alguien que realmente se preocupe por ti? Jules, cuando me mude a Worcestershire con Nathaniel... simplemente me preocupo por ti.

El carruaje avanzó unos pasos, dando a Juliette un momento para desviar la mirada. La pregunta tocaba mucho más cerca de casa de lo que su hermana podía haber sabido. Había pasado años construyendo cuidadosamente una vida que no requería el afecto de nadie, la devoción de nadie. Pero Alexander —su tacto, su voz, su enloquecedora y consumidora presencia— había desenmarañado esa certeza con alarmante facilidad.

No podía dejar que la desenmarañara más. —No te preocupes por mí, querida —dijo, su sonrisa serena—. Cuando llegue el momento, me las arreglaré. Tal vez tome una casa junto al mar —un lugar para recuperar el aliento y redescubrir los placeres tranquilos del campo. —Dudó, luego añadió con una suave risa—: He oído que Elmstone en Sussex se ha convertido en todo un destino, con el Príncipe de Gales visitándolo. Tal vez tenga que ver de qué se trata todo ese alboroto.

Los ojos de Lavinia se agrandaron. —¿El mar? —exclamó, sonando sorprendida e intrigada a la vez—. ¡Pero si nunca lo has visto!

—No —respondió Juliette pensativamente—. Pero he oído que el aire allí es maravillosamente fresco, y creo que podría ser un cambio bienvenido.

Lavinia la estudió por un momento, su expresión suavizándose. —¿E irías sola? —preguntó en voz baja.

El corazón de Juliette tropezó, sus pensamientos volviendo involuntariamente a Alexander. Lo imaginó de pie en un acantilado azotado por el viento, su abrigo ondeando, sus ojos oscuros encontrándose con los de ella con la misma intensidad que la había quemado hace apenas unas horas.

El pensamiento era tan emocionante como imposible.

—Sí —respondió firmemente, desechando la traicionera imagen—. Sería toda una aventura, ¿no crees?

Mientras su carruaje se detenía frente a los escalones de Devonshire House, la luz de las antorchas iluminaba el rostro sereno de Juliette mientras miraba a su hermana. —Y tú me visitarás allí, querida. Sería toda una aventura para ambas.

Lavinia sonrió, su melancolía anterior reemplazada por una chispa de esperanza.

—Tienes razón, Jules. Sé que me preocupo, pero algún día pronto, estoy segura de que aparecerá un caballero que te hará enamorarte perdidamente, tal como me pasó a mí con Nathaniel —hizo una pausa, con un brillo travieso en su mirada—. O quizás... ¿ya ha ocurrido?

Juliette se tensó, aunque mantuvo su expresión compuesta.

—¿Y qué quieres decir exactamente con eso? —su tono era ligero, casi burlón, pero sus dedos se aferraron a los pliegues de su vestido.

Lavinia soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—¡Oh, no te hagas la inocente conmigo, Jules! Os pillé a los dos, ¿recuerdas? Tú y el Dr. Bentley...

—Lavinia —la voz de Juliette cortó las palabras de su hermana, lo suficientemente afilada como para detenerla a mitad de frase. Alisó sus manos sobre su falda y levantó la barbilla, aunque sus mejillas la traicionaron con un revelador rubor—. Fue un momento de... imprudencia. Nada más.

La sonrisa de Lavinia no flaqueó.

—¿Imprudencia? Jules, parecía que estabas a punto de derretirte en sus brazos —se inclinó más cerca, bajando la voz en tono conspiratorio—. Y no me digas que él no estaba igual de afectado. Vi el estado de su cabello, y, bueno... sabes que no estoy ciega.

Las mejillas de Juliette ardían, y dirigió su mirada hacia la ventana, observando las antorchas parpadeantes que bordeaban la entrada.

—El Dr. Bentley es un hombre de razón y ciencia —dijo después de un momento, con voz firme pero baja—. Lo que sea que haya pasado fue... un error. Ambos lo sabemos.

—¿Error? —Lavinia frunció el ceño—. Jules, vi cómo te miraba. Eso no fue un error, fue... —dudó, luego sonrió suavemente—. Fue real.

Las palabras provocaron una punzada en el pecho de Juliette, aguda e innegable. Real. Lo único que no podía permitirse esperar. Respiró hondo, obligando a sus emociones a someterse.

—Real o no, no puede ser —dijo firmemente, volviéndose hacia Lavinia con una sonrisa cuidadosamente compuesta—. Olvidas, querida, que soy viuda. Mi vida no me pertenece para

malgastarla en nociones tontas de romance. El Dr. Bentley lo entiende tan bien como yo.

Lavinia frunció el ceño, su frente arrugándose con preocupación.

—Jules, no eres una reliquia destinada a permanecer en un estante. ¿No mereces ser feliz?

La sonrisa de Juliette vaciló, pero la mantuvo en su lugar.

—Estoy contenta, Vinni —respondió, con voz tranquila pero resuelta—. Y eso es suficiente.

Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, Juliette sintió el dolor de su falsedad. El contentamiento no era lo que anhelaba, no ahora, no después de que el toque de Alexander hubiera despertado algo en ella que ya no podía ignorar.

—Quizás. Pero aún creo que encontrarás tu aventura más cerca de casa —susurró mientras bajaban del carruaje—. En Londres... o en los brazos de cierto doctor.

Mientras ascendían por las grandes escaleras de Devonshire House, con el cálido resplandor de las antorchas iluminando el camino por delante, Juliette respiró profundamente, levantando la barbilla. Las notas de música y la risa melodiosa que se derramaban desde el interior la invitaban a avanzar.

Esta noche, bailaría, sonreiría y dejaría que el brillo del baile ahogara el dolor en su pecho.

Cualesquiera que fueran los pensamientos persistentes sobre Alexander Bentley que tiraban de su corazón podían esperar. Mañana, lidiaría con la verdad. Pero esta noche, esta noche se deleitaría en la fugaz y brillante ilusión de tranquilidad y alegría.

Capítulo 18

Juliette y Lavinia subieron la gran escalera, admirando el opulento entorno mientras se acercaban a la Duquesa Viuda de Devonshire, quien estaba de pie en lo alto para dar la bienvenida a sus invitados. La Duquesa, reconocida por su belleza e influencia, organizaba un evento por el que cualquier persona del *ton* vendería sus mejores sedas para asistir. Juliette sabía que su invitación era un honor y, a pesar de sentir el cansancio de la temporada, sintió un destello de emoción por la noche que les esperaba.

Apenas habían entrado al salón de baile cuando pretendientes y conocidos se arremolinaron a su alrededor, especialmente ahora que Lavinia estaba oficialmente comprometida. Juliette notó la emoción ruborizada de su hermana, pero incluso cuando los caballeros se acercaban para solicitar su propia mano, se encontró con la mente divagando. Esta noche, en lugar de retirarse a las salas de juego, había tomado la inusual decisión de aceptar cada oferta por el bien de Lavinia, lanzando a su hermana una sonrisa tranquilizadora antes de dirigirse a la pista de baile.

El salón de baile era un torbellino de vestidos en tonos joya y sonrisas pulidas, lleno del eco de risas y música. Juliette se maravilló ante el espectáculo fastuoso de todo ello, pero sintió una nostalgia que no esperaba. Mientras tomaba su lugar para el primer baile, se dio cuenta de que, por mucho que hubiera disfrutado esta temporada, estaría contenta de verla terminar. No más preocupaciones por preguntas indiscretas, o por que alguien descubriera secretos largamente enterrados. Pronto, el torbellino de atención, chismes y apariciones se calmaría, permitiéndole establecerse en algo más significativo. Sin embargo, cuál sería ese propósito, no lo sabía.

Se deslizó por la velada, girando y sonriendo en cada baile, echando un vistazo a cada entrada con una atención que no podía negar. Intentó ignorar los latidos ansiosos de su corazón, pero con cada momento que pasaba, se volvía más impaciente, preguntándose si él vendría. Entonces,

como si respondiera a su deseo silencioso, se encontró cara a cara con Alexander durante uno de los bailes.

El corazón de Juliette dio un salto, traicionándola. —Pensé que habías decidido no venir —bromeó, tratando de sonar casual, aunque detestaba cómo se elevaban sus ánimos al verlo.

Los ojos de Bentley brillaron mientras se inclinaba sobre su mano. —No podrías imaginar que pasaría la oportunidad de llevarte a cenar, especialmente cuando he estado intentándolo toda la temporada.

Ella arqueó una ceja, curvando sus labios en una sonrisa. —¿Intentándolo? Debo haberme perdido cualquier esfuerzo particularmente audaz de tu parte, Alexander.

—Quizás. —Él dio un suspiro fingido, lanzándole una mirada de arrepentimiento exagerado—. Me temo que estás demasiado acostumbrada a las atenciones de otros. Un simple médico de campo apenas debe merecer tu atención.

—¿De campo? ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el campo?

—Tienes razón.

Juliette sonrió, disfrutando de la alegría del momento. —Considéralo rectificado. Ahora tienes mi atención indivisa.

—Excelente —dijo él con fingida gravedad, ampliando su sonrisa—. Espero que puedas tener un baile libre para mí en tu abarrotada tarjeta.

Su risa burbujeó, ligera y melodiosa. —Puedes esperar, pero me temo que mi tarjeta está bastante llena —respondió—. Sin embargo, ciertamente te permitiré llevarme a cenar.

—Entonces contaré los momentos hasta la cena —dijo él, su mirada se detuvo en la de ella por un momento demasiado largo, enviando un escalofrío eléctrico por su columna antes de que volvieran con sus parejas. Ella lo vio regresar junto a la dama a su lado, una criatura desaliñada y sin color, a quien Juliette se encontró inexplicablemente resentida. Era un sentimiento poco familiar e incómodo —celos— que permaneció con ella, haciéndola anticipar la cena más que nunca.

La velada avanzó con la multitud espesándose y el aire volviéndose sofocante. La gente se abanicaba entre bailes, pero pocos parecían importarles el calor. Apenas había recuperado el aliento cuando Bentley reapareció a su lado.

—¿No bailas, Juliette? —preguntó.

Ella ocultó su sorpresa, desplegando su abanico con un toque de nerviosismo. —Lord Bowers iba a ser mi pareja, pero seguramente estás al tanto de su desafortunado accidente. Confío en que se está recuperando.

Los ojos de Alexander chispearon con humor. —Un zapato de tacón alto y una gavota... fatal para un caballero poco experimentado en las artes más finas de la vanidad. Me temo que se ha torcido el tobillo de manera espectacular. Lo vendé y lo envié a su carruaje con estrictas instrucciones de reposar al menos una semana.

El abanico de Juliette se detuvo. —Qué extremadamente concienzudo de tu parte —dijo, fingiendo preocupación.

—Le receto una visita tuya para aliviar su recuperación.

—¿Es así?

Su voz bajó, su expresión suavizándose de una manera que aceleró su pulso. —Podría haberlo recomendado... a cualquiera.

El aliento se le atascó en la garganta mientras sus ojos sostenían los de ella. Él hizo un gesto hacia la pista de baile y, sin decir palabra, ella puso su mano en la de él y le dejó guiarla hacia adelante. Su corazón retumbaba mientras se colocaban entre las otras parejas, su mano una presencia firme y dominante en su cintura. El calor de su palma parecía quemarle a través de la tela de su vestido, marcándola con una conciencia que no podía sacudirse. Las animadas notas de la música los envolvieron, pero todo en lo que ella podía concentrarse era en la firme presión de sus dedos y el calor eléctrico de su proximidad. Cada roce de sus faldas al girar enviaba una ola de euforia por su cuerpo, su pulso acelerándose con cada roce de sus cuerpos. La habitación se difuminó en los bordes, su mundo reduciéndose a la intensidad de su mirada y la atracción magnética entre ellos.

Desde el otro lado de la sala, Lavinia la miró, sonriendo con complicidad como si estuviera encantada de ver a su hermana finalmente disfrutando.

Cuando terminó el baile, Juliette estaba sin aliento, una risa alegre escapando de sus labios. Bentley hizo una profunda reverencia. —Valió la pena la espera.

—Deberías haberte esforzado más —respondió ella, con voz ligera pero el corazón pesado por las palabras no dichas.

Él sostuvo su mirada, un calor ardiente en sus ojos que la hizo sentir peligrosamente inestable. —Quizás tengas razón. Es un error que no tengo intención de repetir.

Juliette apenas tuvo tiempo de responder antes de que la multitud comenzara a presionar hacia el comedor, Lady Worthington deteniéndose lo suficiente para comentar con un resoplido: —Un placer verla participando en las diversiones, Lady Harcourt. El luto tiene sus usos, pero no debería durar para siempre.

Juliette le hizo un gesto cortés con la cabeza, pero su mente estaba completamente en otra parte, reflexionando sobre el último comentario de Bentley. Él estaba nuevamente a su lado, su mano en su brazo guiándola con una firmeza que hizo que su corazón saltara. La multitud se estaba dispersando, pero en lugar de llevarla directamente a la cena, la condujo hacia un nicho apartado oculto detrás de pesadas cortinas.

—La cena es en la otra dirección.

Él hizo una pausa, su mirada fija en la de ella. —¿Realmente tienes hambre?

—No... pero...

—Bien —murmuró, atrayéndola más cerca—. Porque quiero un momento a solas contigo.

Debería haberse sentido incómoda, pero en su lugar, una calidez se extendió por su cuerpo, dejándola emocionada y vulnerable. —¿Por qué querrías eso, Alexander? ¿Aquí?

—Quizás para decirte que me he rendido completamente a tus encantos —respondió, su voz profunda y teñida de sinceridad.

—Deja de bromear.

Sin previo aviso, tomó su rostro suavemente entre sus manos, inclinando su cabeza hacia arriba, sus ojos escrutando los de ella como si fuera la única persona en el mundo.

—No, Juliette. Hablo en serio. Quiero casarme contigo. Dime que es algo que tú también quieres.

Por un latido, se quedó atónita, con el corazón acelerado por sus palabras, una parte de ella deseando desesperadamente creerle. Pero entonces un frío recuerdo se apoderó de ella, recordándole el dolor y el engaño que había sufrido una vez. Retrocedió, sintiendo como si estuviera rompiendo el aire mismo entre ellos.

Sin previo aviso, acunó su rostro suavemente entre sus manos, el calor áspero de sus palmas sosteniéndola como si fuera algo precioso. Sus ojos se clavaron en los de ella, oscuros de intensidad, escudriñándola como si fuera la única persona que existía en ese momento. El aire entre ellos parecía vibrar, cargado y vivo, atrayéndola hacia él como una marea contra la que no podía luchar.

—No, Juliette —dijo, su voz baja y cruda, enviando un escalofrío por su espalda—. Hablo en serio. Quiero casarme contigo. Dime que es algo que tú también quieres.

Su respiración se entrecortó, sus palabras abriendo algo profundo dentro de ella. Por un latido, se quedó completamente quieta, atónita en silencio, su pulso rugiendo en sus oídos. Una parte de ella anhelaba rendirse, creer en la promesa de su voz, en el futuro que sus palabras pintaban. Y entonces él se movió.

Sus labios reclamaron los de ella, no tentativos, sino urgentes, como un hombre reclamando lo suyo. El mundo se inclinó mientras la besaba, su boca cálida y firme, persuadiendo a la de ella a responder. El calor se desplegó en su pecho, una sensación tan visceral, tan absorbente que la dejó temblando. Sus dedos se deslizaron en su cabello, enredándose allí, anclándola como si temiera que pudiera escaparse. Ella se aferró a sus solapas, desesperada por mantenerse firme contra la abrumadora fuerza de él, el placer que la recorría más agudo y más embriagador que cualquier cosa que hubiera conocido antes.

Otro beso desgarrador del alma, devastador, como si cada toque de sus labios deshiciera los muros que ella había construido tan cuidadosamente a su alrededor. Su cuerpo respondió instintivamente, inclinándose hacia él, su pulso acelerándose con la embriagadora emoción de todo. Un suave sonido involuntario escapó de su garganta, una súplica o una rendición; no podía decirlo.

Pero entonces, como un cruel susurro en la oscuridad, los recuerdos regresaron precipitadamente.

La ira de Sir Charles, su desprecio, su traición. Las noches que había pasado sola, preguntándose si el amor era solo una mentira que la gente se decía a sí misma. El filo agudo del dolor y la desilusión cortó a través de la neblina del deseo, congelándola donde estaba.

Se arrancó de él, su respiración entrecortada, sus manos temblando. El aire entre ellos se sentía roto, fracturado, como vidrio hecho añicos en el suelo.

—Juliette —murmuró Alexander, su voz cargada de preocupación, sus manos aún medio alzadas, como si temiera dejarla ir por completo.

Ella retrocedió, sacudiendo la cabeza, su pecho agitado por el esfuerzo de contener la tormenta que rugía dentro de ella. —No —susurró, su voz quebradiza, su mirada desviada—. No es posible. No puede ser.

El dolor cruzó por su rostro, pero ella no podía soportar mirar más tiempo. El calor de su toque persistía en su piel, un cruel recordatorio de lo que acababa de perder, o de lo que nunca se había permitido realmente tener.

—Entonces es cierto —susurró él, con un borde amargo en su voz—. Todavía lo lloras, ¿no es así?

—Alexander...

Las lágrimas picaron sus ojos mientras levantaba una mano temblorosa hacia sus labios, pero él apartó la mirada, su expresión distante. —Bien podría estar en mi tumba —murmuró—, por todas las oportunidades que tendré contigo.

El dolor en sus palabras se sintió como un cuchillo retorciéndose en su corazón. No podía soportarlo más. Levantando sus faldas, huyó hacia el pasillo, el brillo de las lágrimas nublando su visión. No sabía a dónde iba, solo que tenía que escapar de la agonía de lo que acababa de perder, si es que alguna vez lo había tenido. Los ecos de sus propios pasos la seguían como el fantasma de lo que pudo haber sido.

—¡Lady Harcourt! ¡Juliette! No se apresure así.

La voz familiar la detuvo en seco. Se giró lentamente, su estómago revuelto al ver al hombre que menos esperaba encontrar en este pasillo.

—Sr. Blackwood —susurró, su corazón hundiéndose.

Arthur Blackwood, vestido a la última moda parisina, con las mejillas empolvadas y una peluca extravagante, parecía en todo sentido un dandy. Hizo una profunda reverencia, con una sonrisa excesivamente familiar en su rostro.

—Lady Harcourt, he estado esperando el placer de encontrarla sola.

Detrás de él, Juliette vio a Bentley emerger de las sombras, su expresión tensa al sentir la tensión en el aire. La habitación giró, su pulso acelerándose mientras una escalofriante realización la golpeaba. El suelo bajo ella pareció tambalearse mientras encontraba la mirada penetrante de Blackwood, y lo último que vio antes de que la oscuridad la reclamara fue su sonrisa triunfante y conocedora.

***

La Duquesa de Devonshire se inclinó con una suave sonrisa indulgente. —Pobre querida —murmuró—. En semejante aglomeración, no es de extrañar que una pueda sufrir un desmayo. Qué afortunadas fuimos de tenerlo aquí, Dr. Bentley.

Mientras la Duquesa se alejaba, Juliette dirigió su atención a Alexander, que estaba sentado cerca de ella en el borde del sofá. Cuidadosamente dejó el frasco de sales que había estado sosteniendo y, con un toque tan suave que le hizo doler el corazón, le colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó, su voz cálida y llena de una ternura que la atravesó más que cualquier indiferencia.

—Sí —susurró, aunque la palabra apenas se formó, su corazón atrapado entre el consuelo de su presencia y el doloroso recordatorio de lo que creía que nunca podría tener.

Miró alrededor, sus ojos buscando. —¿Dónde está... el Sr. Blackwood?

Una sombra cruzó el rostro de Alexander, pero fue la Duquesa quien respondió, acercándose una vez más. —Oh, ese peculiar caballero estaba terriblemente preocupado, querida. Pero creo

que ya se ha marchado. No hay necesidad de preocuparse por él.

Juliette exhaló, la tensión disminuyendo ligeramente, aunque su mente aún daba vueltas con preguntas y temores. En ese momento, Lavinia irrumpió en la habitación, su rostro pálido de preocupación, sus ojos muy abiertos.

—¡Jules! Oh, querida, ¿estás bien?

Alexander se puso de pie, retrocediendo para darle espacio a Lavinia, y al hacerlo, se apartó del lado de Juliette. Ella sintió agudamente la pérdida de su cercanía, el doloroso vacío que dejaba a su paso. Lo observó alejarse, su mirada se detuvo en él con un anhelo que no podía reprimir, pero no había nada que decir, ninguna forma de alcanzarlo.

—No es nada —murmuró Juliette, forzando una sonrisa tranquilizadora para su hermana—. Solo un pequeño mareo. Ahora estoy perfectamente bien.

Lavinia se sentó a su lado, aferrando su mano. —¡Estaba tan preocupada! Todo lo que escuché fue que te habías enfermado.

—Su carruaje ha sido convocado, Lady Harcourt —le informó Alexander, con un tono cuidadosamente medido—. Permítame escoltarla a casa.

Su rostro era una máscara, la tierna calidez de momentos antes había desaparecido como si nunca hubiera estado allí. El corazón de Juliette se retorció dolorosamente. Sabía que debería hacer lo mismo: borrar cada recuerdo de ese momento robado, enterrarlo en los rincones más lejanos de su mente.

Reuniendo su valor, balanceó sus piernas sobre el borde del sofá y se puso de pie, estabilizándose mientras Lavinia se levantaba junto a ella. Sin mirarlo directamente, convocó la poca determinación que le quedaba. —Gracias, Dr. Bentley, pero la señorita Pembroke me acompañará.

Lavinia deslizó su brazo protectoramente alrededor de la cintura de Juliette. —Yo me encargaré de ella, Doctor, no se preocupe. Si fuera tan amable de informar al señor Fairburn a dónde he ido.

Con una rígida reverencia, respondió: —Como deseen.

Juliette sintió cada paso mientras caminaba por la habitación, su mente un torbellino de pensamientos que no podía comprender del todo. Había entrado en la temporada con intenciones tan cuidadosas, planeando cada movimiento con precisión, solo para que todo se desenredara más allá de su control. Y ahora, de todas las personas, Arthur Blackwood había regresado, y Alexander Bentley, el único hombre que hacía cantar su corazón, acababa de escapar de su alcance.

En el umbral, se detuvo, incapaz de resistir una última mirada hacia atrás. Alexander todavía estaba de pie donde lo había dejado, su rostro inexpresivo, sus ojos de una oscuridad insondable. Ella se estremeció, como si estuviera atrapada en su mirada, la profundidad de sus sentimientos al descubierto.

Me ama.

La revelación debería haberla llenado de alegría, pero en su lugar, casi la destruyó. Justo cuando había comenzado a sentir los primeros indicios de esperanza, se encontró arrojada a un pozo de miseria del que no podía escapar.

Capítulo 19

La mañana era fresca; el aire llevaba el aroma penetrante de hierba húmeda y tierra fresca mientras Alexander cabalgaba hacia el parque. No había dormido. No podía, no con las palabras de Juliette resonando en su cabeza, su rechazo atravesándolo con una precisión que no creía posible.

No era el rechazo en sí lo que lo carcomía; ya había enfrentado rechazos antes. Era el rechazo de *ella*. La manera en que había hablado, su voz cargada de pesar y algo más, algo que no podía nombrar con exactitud. No le cuadraba. Y luego estaba *Blackwood*. El nombre del hombre había escapado de sus labios con tal vehemencia que Alexander sintió como si lo hubieran golpeado.

¿Quién es Arthur Blackwood para ella?

La pregunta era un constante redoble en su mente mientras espoleaba a su montura, sus pensamientos una tempestad. ¿Era Blackwood su amante? ¿Su confidente? ¿O era algo más oscuro, una sombra de su pasado de la que no podía escapar?

Alexander se había jurado a sí mismo que la dejaría ir si eso era lo que ella realmente quería. Pero la verdad era algo escurridizo, y hasta que no la tuviera en sus manos, no podía alejarse, ni de ella, ni del amor que había echado raíces en su corazón.

La vio antes de que ella lo viera a él, su figura inclinada sobre su caballo, su sombrero amenazando con volar mientras el viento azotaba su cabello. Cabalgaba con un abandono que le provocó una punzada de preocupación. Esta no era la Juliette compuesta y reservada que conocía. Era alguien desesperada, alguien que huía.

Era magnífica.

Pero había una fragilidad en su desenfreno que le oprimió el pecho. Refrenó su caballo, cortando su camino, y alcanzó sus riendas antes de que pudiera huir de nuevo.

—Me escucharás, Juliette —dijo, con voz firme, aunque su corazón martilleaba en su pecho.

Ella se sentó rígidamente en la silla, su rostro pálido, sus ojos rebosantes de angustia. Él desmontó en un fluido movimiento, sus botas crujiendo contra la grava mientras se acercaba a ella.

—Alexander, no tenemos nada más que decirnos —dijo ella, con voz temblorosa, la máscara que llevaba apenas manteniéndose.

Él se estiró, sus manos firmes pero gentiles mientras la bajaba de la silla. Ella no se resistió, aunque su postura era rígida, su mirada evitando la de él.

—Puede que tú no tengas nada que decirme —dijo él—, pero yo ciertamente tengo algo que decirte.

Ella dio un paso fuera de su alcance, su espalda recta, sus manos aferrando los pliegues de su traje de montar. Él la dejó ir, aunque cada instinto le gritaba que la retuviera.

—Ya te he preguntado esto una vez —dijo, con voz firme a pesar de la tormenta que rugía dentro de él—. Pero te lo preguntaré de nuevo, a la luz del día, para que veas que no estoy ni un poco ebrio. —Tomó aire, su pecho doliendo con el peso de sus palabras—. Juliette, ¿quieres casarte conmigo?

Ella alzó la cabeza de golpe, sus ojos muy abiertos rebosantes de lágrimas contenidas. —Resolvimos esto anoche.

—No está resuelto —dijo él con firmeza—. No puedo dejar esto así. Los recuerdos muertos no pueden retenerte, Juliette; yo sí puedo. Y lo que es más, me haces feliz, Juliette. Más de lo que jamás creí posible.

Ella se dio la vuelta, sus hombros temblando mientras las lágrimas silenciosas caían. Él quería alcanzarla, consolarla, pero se contuvo, sintiendo que ella necesitaba espacio para procesar sus palabras.

—Sé que hay hombres de gran fortuna que aspiran a casarse contigo —continuó, con voz más suave ahora—. Y que yo no soy digno...

—Basta —dijo ella bruscamente, girándose para enfrentarlo, sus lágrimas brillando como diamantes en sus mejillas—. Eres más que digno. Eres... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza —. No eres tú, Alexander. No es tu valía ni tu vida. Es... es imposible.

—¿Por qué? —exigió él, dejando escapar su frustración—. Dime por qué. ¿Es tu vida a la que te opones, o es... —Hizo una pausa, su mandíbula tensándose—. ¿Es Blackwood?

Su rostro se desmoronó, el horror destellando en sus ojos. Por un momento, pareció que podría negarlo, pero entonces las palabras brotaron de ella como una presa que se rompe.

—Sí —gritó, su voz temblando con emoción cruda—. Sí, Alexander. Es Arthur Blackwood quien se interpone entre nosotros.

El nombre fue como un cuchillo en su pecho, y sin embargo... había algo en la forma en que lo dijo, la desesperación en su voz, que lo hizo detenerse. Esta no era la confesión de una mujer enamorada de otro hombre. Era algo más. Algo más oscuro.

Antes de que pudiera presionarla más, ella se arrancó de su agarre y corrió hacia su caballo, el mozo de cuadra apresurándose a ayudarla a montar. Él la vio alejarse cabalgando; su figura haciéndose más pequeña hasta desaparecer por completo. Sus manos se cerraron en puños, sus uñas clavándose en las palmas.

Algo no estaba bien.

Blackwood no era solo un rival por sus afectos. Era una amenaza, una sombra que se cernía sobre ella de la que no podía escapar. Alexander no conocía la naturaleza de esa amenaza, pero una cosa era segura: no iba a renunciar a Juliette. Ni ahora, ni nunca.

Montó su caballo, la determinación endureciendo su resolución. Si Blackwood era la razón por la que Juliette creía que no podían estar juntos, entonces Alexander lo enfrentaría. Y no descansaría hasta descubrir la verdad.

***

Lejos de resolver sus problemas, el paseo a caballo de Juliette temprano en la mañana la había dejado más angustiada que antes. El aire fresco y el galope del caballo no habían hecho nada para calmar la tormenta en su interior. Al regresar a Queen Square, se sentía conmocionada e inestable, apenas capaz de enfrentar el día que tenía por delante, un día que sabía sería tan tenso como el anterior.

Entregó sus guantes y su fusta al sirviente que esperaba, sus dedos temblando ligeramente mientras se alzaba para quitarse el sombrero. Mientras tiraba de los alfileres que lo sujetaban en su lugar, una voz, suave y burlona, cortó el silencio del vestíbulo.

—Sigues siendo una moza extraordinariamente hermosa, Juliette.

Se quedó paralizada, los alfileres del sombrero resbalando de sus dedos. Lentamente, se volvió para ver a Arthur Blackwood reclinado en una silla, sus piernas cruzadas perezosamente mientras se limaba las uñas con un pequeño cuchillo reluciente. Su sonrisa burlona era tan insolente como siempre, su presencia llenando el aire con una tensión que le revolvía el estómago.

—Sabía que no tardarías en venir aquí —dijo ella, su voz tensa por la ira apenas contenida.

Blackwood deslizó el cuchillo en su abrigo, levantándose con una gracia lánguida que la hizo erizarse.

—Simplemente deseaba asegurarme de que pudiéramos hablar en privado. Por lo que he podido averiguar desde mi regreso de París, se ha convertido usted en la favorita del *ton*. Su carnet de baile debe estar desbordado.

Sus palabras eran como una ortiga, afiladas y deliberadas, pero Juliette se obligó a mantener la compostura.

—Ha perdido su tiempo —replicó fríamente, volviéndose hacia las escaleras—. No tenemos nada de qué hablar.

—Oh, yo creo que sí —rebatió él, siguiéndola con una facilidad exasperante—. Le ha ido muy bien, querida. A usted y a su encantadora hermana. La señorita Pembroke, según tengo entendido, está prometida con el vástago de una familia noble. Impresionante.

La columna de Juliette se tensó.

—Estoy muy satisfecha con la elección de Lavinia.

Blackwood se rió entre dientes, su voz rebosante de burla.

—No lo dudo, pero ¿quién lo habría creído posible hace dieciocho meses cuando llegaron a Harcourt Manor? Por supuesto, pasaron tanto tiempo instruyéndose en el arte de ser una *dama*, ¿no es cierto? Sorprendente. Lo ha hecho muy bien, querida.

Juliette permaneció rígida de indignación mientras él caminaba a su alrededor.

—Dígame, Juliette, ¿a cuál de sus ricos pretendientes planea atrapar ahora?

—A ninguno —espetó ella. Sus ojos se desviaron hacia el lacayo apostado cerca—. Será mejor que pasemos al salón. —Volvió a mirar al lacayo de guardia—. Por favor, asegúrese de que no me molesten mientras el señor Blackwood esté aquí.

La sonrisa de Blackwood se ensanchó, su mirada brillando con satisfacción.

—Qué prudente de su parte, Juliette. Un pequeño *tête-à-tête* para discutir el pasado, ¿quizás? ¿O el futuro?

Sin dignarse a responderle, subió las escaleras, sus movimientos bruscos y controlados. Blackwood la siguió con pasos pausados, como si fuera un invitado en lugar de un intruso. Lo condujo al salón y cerró la puerta firmemente tras ellos, volviéndose para enfrentarlo con una mirada que podría haber congelado el fuego.

—Esta es una casa muy agradable, Juliette, pero debe costar una fortuna mantenerla.

—La he alquilado solo por la temporada, eso es todo. ¿Por qué está aquí, señor Blackwood? —exigió ella, con voz cortante y afilada.

Él se tomó su tiempo, dejando vagar su mirada por la habitación antes de posarla en ella.

—Preocupación, querida. Preocupación por su bienestar. Cuando no respondió a mi última carta, temí que le hubiera ocurrido alguna terrible desgracia.

Una risa áspera escapó de sus labios, amarga y sin humor.

—Desafortunadamente para usted, estoy sana y salva.

Su sonrisa se profundizó, sus ojos brillando con malicia.

—¿Desafortunado? No, querida, su salud es muy ventajosa para mí. Si le hubiera pasado algo, habría sido en detrimento mío.

La mandíbula de Juliette se tensó, sus manos cerrándose en puños a sus costados.

—Cuando nos vimos por última vez en Harcourt Manor, recuerdo haberle dado una suma de dinero con la condición expresa de que se fuera al extranjero y me dejara en paz.

—Esa era mi intención —dijo él suavemente, sentándose en el sofá de brocado con aire de propietario—. Pero subestimé lo costoso que puede ser el continente. Naturalmente, me gustaría volver. Italia, según tengo entendido, es particularmente encantadora en esta época del año.

Juliette exhaló un profundo suspiro mientras él sacaba su tabaquera y tomaba una pizca.

—Si tan solo pudiera ayudarle a realizar ese sueño. Desafortunadamente, no me queda nada que dar.

Su expresión vaciló con sorpresa, rápidamente reemplazada por una sonrisa conocedora.

—Vamos, Juliette. No puede esperar que me crea eso.

—La extravagancia por mi parte no es la culpable, se lo aseguro.

—Realmente es una tonta, Juliette, si busca engañarme de esta manera.

—Es la verdad —respondió ella con amargura—. Charles estaba hundiéndose en sus deudas cuando murió. Usted debería saberlo. Compartía su imprudencia. Juego, bebida, mujeres. Cualquier vicio que existiera, mi difunto marido lo disfrutaba. Debe haber estado en territorio de deudores durante años. Cuando vendí la mansión, la mayor parte del dinero se destinó a pagar a sus acreedores.

El rostro de Blackwood se oscureció, su compostura fracturándose.

—¡Qué cuento chino! ¡Está usted en la cúspide aquí en Londres!

—La mansión fue vendida, las deudas saldadas, y lo poco que quedó se gastó en lanzar a Lavinia a la sociedad. Una vez que se case, le aseguro que no quedará nada.

Sus ojos se estrecharon, su sonrisa vacilando.

—¿Y los diamantes Harcourt? Seguramente esos permanecen.

Juliette sonrió sombríamente.

—Había planeado venderlos para mantenerme después de que mi hermana se casara.

Él sonrió de nuevo.

—Muy bien. Venda algunos ahora. No todo, naturalmente, pues no soy un hombre codicioso. Solo pido una pequeña porción para permitirme ir a Italia y vivir de la manera en que todo caballero debería. Es solo lo que Charles habría deseado. —Su sonrisa se convirtió en algo parecido a una mueca despectiva—. Si no registró ese deseo, fue solo porque no esperaba morir tan pronto.

Juliette echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¡Las joyas! Tienen buen aspecto, ¿no es así? Pensé que usted también podría saber sobre ellas. Charles las vendió hace años. Lo que llevo son réplicas de pasta.

—¡Miente!

Juliette enfrentó su mirada con una propia, sin flaquear.

—Llévelas a un joyero —dijo, su voz como el hielo—. Verá que son pasta sin valor.

Por un momento, él la miró fijamente, su ira burbujeando justo bajo la superficie. Luego, como si recuperara el control, se reclinó, su tono volviéndose peligrosamente suave.

—Si lo que dice es cierto, ¿cómo pretende vivir, Juliette? ¿Sobreviviendo como una indigente?

Sus ojos ardieron de furia.

—Me las arreglaré sin recurrir a la existencia parasitaria que usted ha perfeccionado.

Los labios de Blackwood se torcieron en una mueca de desprecio.

—Oh, sin duda. Simplemente se casará de nuevo. Lo hizo una vez, ¿no? Un viejo borracho que no podía ver más allá de su belleza. Seguramente será más fácil la segunda vez.

—Nunca me casaré de nuevo —dijo ella con firmeza, aunque su mente la traicionó con una fugaz imagen de Alexander—. ¿Cómo podría arriesgarme a que alguien descubra lo que realmente soy?

El rostro de Blackwood se oscureció y, antes de que ella pudiera alejarse, le agarró el brazo con una fuerza que dejaba moretones.

—Se casará, Juliette —gruñó—. Y pronto. A menos que prefiera que susurre la verdad en oídos ansiosos. Imagine el escándalo. ¿Qué diría el prometido de Lavinia?

—Es repugnante —escupió ella, su voz temblando de rabia—. No se atrevería.

—Póngame a prueba —dijo él, apretando su agarre—. De lo contrario, podría encontrar la tentación de hablar con algunos conocidos chismosos sobre los orígenes de cierta persona. ¡Piense cuán encantados estarían con algunos bien elegidos *on-dits* sobre Lady Juliette Harcourt! —Ella apartó la cara de él para no verse obligada a ver su horrible sonrisa—. Imagino que la familia del señor Fairburn también estaría muy interesada.

—¡Lavinia no tiene nada que ver con esto! —espetó ella, su voz temblando de furia—.

—Mi querida, no me enorgullece llamarte prima. Preferiría permanecer en silencio solo por eso. Sin embargo, estoy seguro de que no me veré obligado a hacer nada más, porque estarás casada y serás una dama adinerada.

—¡No!

—Oh, vamos, debe haber alguno que te agrade. Después de Charles, debe haber una opción más atractiva.

Un repentino alboroto en el exterior captó su atención. Se le heló la sangre: ¿y si Lavinia veía esto?

—Suéltame —siseó, tratando de liberar su brazo.

Capítulo 20

La puerta se abrió de golpe, y fue Alexander Bentley, no Lavinia, quien entró precipitadamente, seguido por dos lacayos.

—Mi señora, el Dr. Bentley no quería... —balbuceó el lacayo, dejando la frase a medias mientras se desarrollaba la escena en la habitación.

Los ojos de Alexander recorrieron el cuadro ante él, percibiendo la postura tensa de Juliette y la forma en que Arthur Blackwood estaba demasiado cerca, con su mano agarrando el brazo de ella. El color se drenó del rostro de Alexander, reemplazado por una furia latente.

Antes de que Alexander pudiera hablar, Juliette liberó su brazo con un repentino estallido de fuerza y empujó a Blackwood con ambas manos. Su acción, aunque pequeña, lo tomó por sorpresa, y él tropezó un paso atrás, con los ojos abiertos de asombro. El movimiento se asemejaba demasiado al momento que la atormentaba —la noche en que su esposo había muerto — y una punzada aguda de pánico la atravesó. Por un breve y paralizante segundo, su respiración se detuvo mientras el recuerdo surgía.

Arthur recuperó el equilibrio, su expresión oscureciéndose de ira. —Uno de tus pretendientes, supongo —se burló, recuperándose rápidamente. Se alisó la chaqueta con un aire de desdén y le lanzó a Juliette una sonrisa lasciva—. Bueno, siempre tuviste la habilidad de hacer hervir la sangre de un hombre.

El rostro de Alexander se contorsionó de furia. Sus puños se cerraron, y dio un paso adelante, su voz cortando la tensión como una cuchilla. —Juliette, ¿quién es este insolente papagayo?

Juliette, aún luchando por estabilizar su respiración, respondió con voz temblorosa. —El pariente de Sir Charles, el señor Arthur Blackwood —dijo, tragando saliva con dificultad. Se volvió hacia los lacayos, su voz más firme ahora—. Está bien. El señor Blackwood estaba a punto de irse.

Los labios de Blackwood se curvaron en una sonrisa burlona. —Ah, pero no antes de que terminemos nuestra pequeña conversación. Después de todo, mi querida Juliette, apenas he comenzado.

Alexander se acercó más, su presencia imponente, pero la mano de Juliette se alzó rápidamente, implorándole en silencio que se detuviera. No quería que esto se intensificara, no todavía. Había demasiados ojos, demasiado en juego.

Arthur se dirigió hacia la puerta con paso lento, una sonrisa burlona jugando en sus labios mientras miraba por encima del hombro a Alexander. —Así que eres uno de los inoportunos pretendientes de Juliette —dijo con desdén.

—¿Y si lo soy? —preguntó Alexander, su ira apenas contenida.

—Te compadezco —dijo Arthur con una mueca—, porque nunca servirás. Es bastante obvio, señor, que tus bolsillos están vacíos. Aprovecha al máximo a tu ramera antes de que se case con otro, alguien más capaz de proveerla de bonitas baratijas.

Los puños de Juliette se cerraron ante el insulto, pero Alexander reaccionó rápidamente.

—¡Impertinente petimetre! —tronó Alexander, cruzando la habitación en dos zancadas. Su mano salió disparada, agarrando a Arthur por las solapas y estrellándolo contra la pared con suficiente fuerza para hacer temblar los cuadros cercanos.

La sonrisa burlona de Arthur vaciló, reemplazada por un destello de miedo. —¡Suéltame de inmediato! —ladró, aunque su voz tembló.

—Gusano mentiroso —siseó Alexander, su voz baja y mortal—. Te daré la paliza de tu vida si no le pides perdón a Lady Harcourt.

Juliette se adelantó, su voz temblorosa pero insistente. —¡Oh, déjalo ir, te lo suplico! No vale tu indignación.

Su súplica pareció llegarle. Aunque sus manos se apretaron brevemente en las solapas de Blackwood, Alexander lo soltó con un empujón, retrocediendo pero permaneciendo tenso como un depredador listo para atacar. Arthur se tambaleó, su rostro pálido, pero rápidamente recuperó la compostura, sus ojos brillando con malicia.

—¿No lo vale, eh? Dices que no soy digno. Por Dios, señora, vivirás para arrepentirte de esa declaración.

—Por favor, señor Blackwood —dijo Juliette, su voz vacilante mientras se retorcía las manos —. No tiene nada que ganar. Tenga la bondad de irse... por ahora.

Arthur se ajustó la chaqueta, su mueca burlona regresando. —Oh, me iré, mi señora —dijo con mordaz ironía—. Pero no antes de que este... caballero —añadió, lanzando una mirada desdeñosa

a Alexander—, sepa la verdad sobre la mujer que está defendiendo.

—¡Basta de esta calumnia! —gruñó Alexander, dando un paso amenazante hacia adelante. Pero Juliette levantó la mano de nuevo, deteniéndolo.

Su voz rompió la tensión, tranquila pero firme. —No, Alexander. Deja que hable. Se acabaron las pretensiones.

Los ojos de Arthur brillaron con triunfo mientras se acercaba, su voz goteando veneno. —No contenta con su buena fortuna de casarse con mi primo, conspiró para asesinarlo. ¡Asesinarlo, digo! ¿Por qué otra razón me pagaría para mantenerme alejado?

—¡Eso no es cierto! —gritó Juliette, hundiéndose en el sofá, su cabeza enterrada entre sus manos. Su cuerpo se sacudía con sollozos convulsivos.

Arthur continuó, envalentonado por su reacción. —Oh, escapó del castigo, por supuesto. El magistrado cayó fácilmente en sus dulces mentiras, ¡pero ahora todos sabrán cómo murió realmente su esposo!

La expresión de Alexander se oscureció aún más, sus manos formando puños. Pero en lugar de ceder a la ira, su voz bajó a una calma mortal. —Escucha bien, Blackwood —dijo, metiendo la mano en su abrigo y sacando una pequeña bolsa. La empujó contra el pecho de Blackwood—. Estos son fondos suficientes para llevarte a Calais. Toma el primer barco mañana, porque si sigues en Londres después de eso, no vivirás para ver otro día.

—No te atreverías —se burló Arthur, su voz temblando.

—Una palabra a los hombres de Cannon Lane, y desaparecerías sin dejar rastro —dijo Alexander fríamente.

La habitación quedó en un silencio sepulcral. La bravuconería de Arthur se desmoronó bajo el peso de la amenaza de Alexander. Miró nerviosamente entre Alexander y Juliette, luego, con una maldición murmurada, giró sobre sus talones y huyó.

Alexander lo siguió fuera de la habitación.

Asegurándose de que el insolente hombre se marchara de inmediato, Alexander lo escoltó a la fuerza fuera de la casa. Su agarre se apretó en el hombro de Blackwood, sus dedos clavándose lo suficiente como para hacer que el otro hombre se estremeciera. Cada paso por las escaleras era una batalla para mantener su furia bajo control, su resolución de terminar esta sórdida confrontación sin recurrir a la violencia era lo único que lo anclaba.

Arthur Blackwood tropezó cuando el férreo agarre de Alexander lo empujó hacia la puerta principal. El aire en la casa estaba cargado de amenazas tácitas, de esas que se adhieren a la piel de un hombre mucho después de haberse ido. La sonrisa arrogante de Blackwood se había

desintegrado en algo más cercano al miedo, aunque hizo un pobre intento de ocultarlo con una mueca despectiva.

—Muévete —gruñó Alexander, su voz baja y letal, como si la palabra en sí llevara el peso de una sentencia de muerte.

Los lacayos reunidos observaron la escena desenvolverse con una mezcla de diversión y aprobación. Uno incluso se atrevió a esbozar una sonrisa satisfecha cuando Blackwood tropezó en el umbral, recuperando el equilibrio torpemente antes de volverse para lanzar una mirada fulminante por encima del hombro. La mirada flaqueó bajo la mirada acerada de Alexander.

—Ya has dejado claro tu punto —escupió Blackwood, aunque su voz tembló—. No hay necesidad de actuar como un salvaje, Dr. Bentley.

Alexander se acercó más, alzándose sobre él con una calma que resultaba más amenazante que cualquier arrebato.

—Esto es yo comportándome como un caballero —respondió—. Si me obligas a ir más allá, aprenderás muy rápido cuán salvaje puedo ser.

Por un momento, Blackwood dudó, sus ojos dirigiéndose a la calle como si calculara la distancia hacia la seguridad. Pero Alexander dio otro paso, y eso fue todo lo que se necesitó para enviarlo corriendo escaleras abajo. Los faldones de su abrigo se agitaron detrás de él mientras se movía rápidamente. Un hombre que sabía que su bravuconería había llegado a su límite.

Alexander permaneció inmóvil sobre los adoquines, su pecho agitado mientras observaba a Blackwood desaparecer en el laberinto de las calles de Londres. Las palabras burlonas del hombre aún resonaban en sus oídos, pero Alexander se concentró en cambio en la única verdad innegable: Blackwood se había ido. Desterrado. Para siempre. Él se había asegurado de ello.

El alivio lo invadió, aunque rápidamente fue templado por el recuerdo del rostro de Juliette: su palidez, sus manos temblorosas, el peso de sus secretos escrito en cada línea tensa de su expresión. Ella había luchado tan duro para mantener sus muros intactos, para contener su angustia, y sin embargo, se habían desmoronado frente a él. El pensamiento lo llenó de partes iguales de protección y determinación.

Flexionó sus manos, que aún le picaban con el recuerdo de agarrar el abrigo de Blackwood. Había requerido cada onza de autocontrol no hacer más, asegurarse de que el hombre llevara una prueba física del daño que había infligido. Pero la violencia no habría calmado la tormenta dentro de él. No, su enfoque debía permanecer en Juliette. En demostrarle que estaba a salvo. Que él la veía por quién era realmente, no la suma de sus errores o la víctima de un pasado cruel, sino una mujer de extraordinaria fuerza y resiliencia.

Su mirada se dirigió hacia arriba, a la ventana de la sala de estar. Ella estaba allí, lo sabía, probablemente de pie tan quieta y silenciosa como cuando la había dejado, preparándose para el rechazo que creía inevitable. Una punzada de dolor lo atravesó ante el pensamiento de su duda, su creencia de que él podría alejarse de ella debido a la vida que se había visto obligada a soportar. Ella aún no lo entendía, pero lo haría. Sabría, sin la menor duda, que no había nada en su pasado o futuro que pudiera hacer que él la abandonara.

Con renovada determinación, se giró y volvió a entrar en la casa, sus pasos deliberados y firmes. Mientras subía las escaleras, la distancia entre ellos disminuyendo con cada zancada, su resolución se solidificó. Cualquier cosa que quedara por decir, cualquier temor que ella aún albergara, él los enfrentaría con ella. Juliette Harcourt no era una mujer que necesitara ser salvada; era una mujer que necesitaba ser vista, y Alexander pasaría el resto de su vida demostrándole que nunca más tendría que estar sola.

Al llegar a la puerta, hizo una pausa para respirar, su mano descansando sobre el picaporte de latón. Se permitió un momento para reunir sus pensamientos, su amor por ella inundando su pecho como una marea imparable. Luego, con una exhalación resuelta, abrió la puerta y entró.

***

Juliette estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle de abajo, sus manos apretadas frente a ella. El mundo exterior se movía con una normalidad exasperante: el carro del vendedor de flores traqueteando, un niño saltando sobre los adoquines, un cochero instando a sus caballos a avanzar. Se sentía mal, esta calma, cuando su propio mundo había sido tan completamente trastornado.

Alexander se había ido. Él había visto la verdad sobre ella, la oscuridad de su pasado, y se había marchado. Era lo que ella había esperado, ¿no? Lo que merecía. Sin embargo, el dolor hueco en su pecho le decía lo contrario. Presionó una mano contra su estómago, deseando que el tumulto en su interior se calmara.

El sonido de botas en las escaleras la hizo girar bruscamente. Por un fugaz momento, la esperanza parpadeó, no deseada y no bienvenida. No, no podía ser. No sería. Alisó sus manos sobre sus faldas, preparándose para cualquier noticia que el lacayo pudiera traer.

La puerta se abrió. Alexander entró a zancadas, su expresión resuelta, su mirada fijándose en la de ella. La respiración de Juliette se detuvo, su compostura se desmoronó en un instante. Parpadeó, incapaz de reconciliar la visión de él con la certeza a la que se había aferrado momentos antes.

—Dudo que vuelvas a ser molestada por esa criatura —dijo él, su voz firme, decidida. Sus ojos escudriñaron los de ella, pero ella solo pudo devolverle la mirada, muda de asombro.

—Alexander —susurró al fin, su voz apenas audible—. ¿Por qué estás aquí?

Su ceño se frunció, un destello de frustración cruzando su rostro. Cruzó la habitación en rápidas zancadas, cerrando la distancia entre ellos.

—¿Por qué estoy aquí? —repitió—. ¿Pensaste que me iría después de lo que escuché? ¿Después de lo que vi? Juliette, lo dije en serio: te amo.

Ella retrocedió instintivamente, su mano elevándose hacia sus labios.

—No puedes amarme —dijo, su voz temblando—. No después de...

—Basta —su voz fue una orden silenciosa, firme pero gentil—. Escuché cada palabra que ese hombre escupió. Vi cómo te lastimaba, cómo te desgarraba. Y no me importa... ni tu pasado, ni tus miedos, ni nada excepto la mujer que está frente a mí.

Juliette negó con la cabeza, las lágrimas picando en sus ojos.

—No lo entiendes. No soy la mujer que crees que soy. No soy digna de...

—Eres digna de todo —interrumpió con fiereza—. Más de lo que crees, más de lo que te permites esperar. Y si piensas que me quedaré aquí y te dejaré condenarte a ti misma, estás muy equivocada.

Ella se hundió en el sofá, sus movimientos pesados con la derrota. Su voz era débil, gastada por años de cargar demasiado peso.

—El señor Blackwood no mintió, Alexander. Mi padre era el mozo de cuadra principal de Sir Charles Harcourt.

Él se movió a su lado, arrodillándose hasta que su rostro quedó al nivel del de ella.

—¿Crees que me importa eso? —preguntó, su voz una mezcla de incredulidad y ternura—. ¿Crees que eso me importa en lo más mínimo?

—Lo maté —susurró ella, como si decirlo en voz alta finalmente la rompería.

—¿Mataste o asesinaste?

Bajó la mirada, negando con la cabeza. —Dios sabe que le deseé la muerte lo suficiente —confesó.

La mano de Alexander cubrió la suya, cálida y reconfortante. —Cuéntame —dijo suavemente —. Cuéntame qué pasó. Acabemos con esto de una vez por todas.

Exhaló temblorosamente, aún incapaz de encontrar su mirada. —Era un borracho, un matón... y lo odiaba —dijo, su voz quebrándose con dolor reprimido—. No hubo un solo día de nuestro matrimonio en que no le deseara la muerte.

Él le dio un apretón reconfortante a su mano. —Uno no puede morir por deseos, Juliette. ¿Cómo sucedió?

Tragó saliva con dificultad, su voz temblando mientras relataba la noche. —Había estado bebiendo, como siempre lo hacía, con Arthur Blackwood y otros aduladores que le lamían las botas. Cuando subió a mi habitación, era muy tarde; yo llevaba horas dormida. Apenas podía mantenerse en pie. En el momento en que intentó tocarme, lo aparté. Estaba tan borracho, tan furioso...

Su voz flaqueó, lágrimas acumulándose en sus ojos. —Me golpeó, pero esta vez, le devolví el golpe. Tropezó, cayó y se golpeó la cabeza contra el guardafuegos. Él... debió morir al instante. —Sus ojos se encontraron con los de Alexander, llenos de culpa y vergüenza—. Lo maté, ¿ves? Algunos lo llamarían asesinato.

—El magistrado no lo hizo —dijo Alexander suavemente—. Y yo tampoco.

Su mirada brilló con esperanza, pero rápidamente se apagó. —Alexander...

Él se inclinó más cerca, su voz firme. —He visto los resultados de demasiados hombres crueles y borrachos que golpeaban a las mujeres que juraron proteger. Nunca podría culparte por sobrevivir.

Ella lo miró, sus lágrimas derramándose. —Pero le deseé la muerte, Alexander. Cada día, lo deseaba.

—Y aun así, no fue tu deseo lo que lo mató —respondió él, su voz firme, inquebrantable—. Fue su propia crueldad, sus propias decisiones. No cargas con ninguna culpa, Juliette.

Ella cerró los ojos, dejando que la verdad de sus palabras se asentara sobre ella como un bálsamo. —No siento ningún remordimiento por su muerte —admitió suavemente.

Los labios de Alexander se curvaron en una leve sonrisa irónica. —Bien. —Hizo una pausa, estudiándola—. ¿Lavinia lo sabe?

—No —respondió Juliette, un fantasma de sonrisa cruzando sus labios—. La mansión la deslumbró, la idea de vivir en un lugar tan grandioso. Nunca vio lo que sucedía a puertas cerradas. Y por eso, estoy agradecida.

—¿Por qué te casaste con él, Juliette?

—No tuve elección —admitió—. Mi padre acababa de morir. Lavinia y yo nos quedamos sin hogar, desesperadas. La propuesta de Charles fue un salvavidas... uno terrible, como resultó ser, pero un salvavidas al fin y al cabo.

Él asintió, el respeto por su resiliencia brillando en sus ojos. —¿Y ahora? —preguntó, su voz suavizándose.

La voz de ella tembló mientras susurraba: —Si alguien descubriera lo que realmente soy...

Él le levantó el mentón, obligándola a encontrar su mirada. —No lo harán. Y aunque lo hicieran, no me importa. Ningún hombre lo suficientemente afortunado como para ganarse tu amor se preocuparía por nada más.

Acunó su rostro, sus pulgares secando sus lágrimas. —Déjalo ir —murmuró—. Déjame llevarlo por ti. Déjame ser quien cargue con tu dolor, tu miedo, tu todo. Ya no estás sola.

Sus labios temblaron mientras miraba fijamente sus ojos. Tan llenos de amor, tan libres de juicio. —No sé cómo hacer esto —confesó, su voz quebrándose—. No sé cómo dejar que alguien me ame.

—Entonces déjame mostrarte —dijo él, su voz un bajo rumor—. Déjame amarte, Juliette. Cásate conmigo.

Su corazón se retorció ante sus palabras, ante la convicción en su voz. —Te amo —susurró al fin, las palabras cayendo de sus labios como una plegaria.

—Eso es todo lo que importa —murmuró, y luego sus labios capturaron los de ella, un beso que era tanto una promesa como una súplica. El calor surgió a través de ella, derritiendo el hielo que había envuelto alrededor de su corazón. Se aferró a él, sus manos enredándose en su cabello, su cuerpo cediendo a la fuerza de su abrazo. Hasta que recordó...

Juliette se apartó con una brusca inhalación, sus dedos temblando mientras los colocaba contra su pecho. —Esto es una locura —susurró, su voz temblorosa pero resuelta—. Necesitas una esposa adinerada, Alexander, alguien que pueda proporcionarte la seguridad y el estatus que mereces. No tengo nada... nada ahora, ni siquiera mis joyas para vender.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, un desafío que esperaba que él enfrentara con razón. En cambio, le sonrió, lenta y cálidamente, el tipo de sonrisa que desarmaba todas sus defensas. —Me las he arreglado bastante bien sin una esposa adinerada hasta ahora —dijo suavemente—. Y no planeo empezar a necesitar una.

Ella lo miró fijamente, su corazón latiendo con fuerza mientras sus palabras se hundían. —Alexander, no puedes querer decir...

—Quiero decir cada palabra —interrumpió, su voz baja pero segura. Extendió la mano hacia ella, atrayéndola de nuevo a sus brazos, y esta vez ella no se resistió.

Las compuertas de sus emociones se rompieron mientras se aferraba a él, sus labios buscando los suyos en un beso que hablaba de anhelo, rendición y el tipo de esperanza que no se había atrevido a sentir durante años. Vertió cada palabra no dicha en el beso, cada disculpa, cada promesa. El tiempo dejó de importar; el mundo exterior se desvaneció en la nada.

Por fin, cuando su cabeza descansó contra su hombro y sus manos yacían entrelazadas, un tranquilo contentamiento se asentó sobre ella. Era una sensación extraña, frágil pero imposiblemente dulce. Por primera vez en años, Juliette sintió como si pudiera ahogarse en su propia felicidad, y lo acogió con gusto. —Sí —susurró.

—¿Sí? —repitió él, su sonrisa abriéndose paso como el sol después de una tormenta.

—Sí —dijo ella de nuevo, su voz más fuerte ahora—. Me casaré contigo.

—Hay una cosa que debo pedirte, mi amor —dijo él.

Ella levantó la cabeza para mirarlo, sus labios curvándose en una suave sonrisa. —Lo que sea —respondió, su voz tierna—. No tengo nada más que ocultar.

—Bien —dijo él, su sonrisa ensanchándose ligeramente—. Entonces, ¿podrías por favor deshacerte de la pistola que guardas debajo de tu almohada?

Juliette parpadeó, sorprendida, antes de que la risa burbujease de sus labios. —¡Me había olvidado por completo de ella! —admitió, sacudiendo la cabeza—. Pero tienes razón. Ya no la necesitaré más.

—¿Y me atrevo a preguntar por qué la guardabas allí en primer lugar? —preguntó él, arqueando una ceja con fingida curiosidad.

Ella inclinó la cabeza, su expresión momentáneamente seria. —Después de que Charles muriera, juré que ningún hombre volvería a entrar en mi habitación sin ser invitado. La pistola era... una precaución.

Los brazos de Alexander la estrecharon con más fuerza, su expresión cambiando a una de profunda admiración. —Una precaución que aparentemente ha sido bien utilizada —dijo con una risita—. ¿Sabes que aterrorizaste a mi hermano casi hasta la muerte con esa pistola?

—¿Lord Winterbourne? —preguntó ella, dejando escapar otra risa—. Bueno, no debería andar escalando ventanas de damas en la noche.

—Una lección que seguramente no olvidará pronto. El pobre hombre aún palidece cuando se menciona el tema. Me atrevería a decir que lo has convertido en un esposo fiel para Augusta... al menos por ahora.

Sus ojos brillaban con picardía. —Quizás Augusta lo ha echado a perder para todas las demás.

La voz de Alexander se volvió más baja mientras se inclinaba hacia ella. —Tú ciertamente me has echado a perder para todas las demás.

Juliette se recostó en el abrazo de Alexander, sus dedos trazando círculos distraídamente sobre su mano. —Sabes —comenzó suavemente, con un toque de travesura—, he estado pensando. Podrías usar un par de manos extra en el dispensario.

Alexander se quedó quieto, luego se apartó para mirarla, frunciendo el ceño. —Absolutamente no.

Sus labios se curvaron con diversión ante su inmediata negativa. —Tengo cierta habilidad con las medicinas —insistió, fingiendo inocencia—. Y he manejado cosas peores que pacientes difíciles antes. Además —inclinó la cabeza, su sonrisa burlona ensanchándose—, piensa en cómo escandalizaría a la *ton*. Lady Juliette Harcourt, dispensando remedios en lugar de batir sus pestañas a los pretendientes.

Alexander arqueó una ceja, sus labios curvándose en una sonrisa astuta. —¿Lady Juliette Harcourt? Mi querida, creo que te refieres a la señora Juliette Bentley.

Su respiración se entrecortó al escuchar cómo pronunciaba su futuro nombre, su voz rica en calidez y posesividad. Fingió fruncir el ceño, cruzando los brazos en fingida rebeldía. —¿Una simple señora Bentley dispensando tónicos y tinturas? Escandaloso, en efecto.

—Harás que sea el título más envidiado de toda Inglaterra —dijo él—. Pero aun así no trabajarás en mi dispensario.

Su risa fue suave, pero llena de desafío. —Ya veremos, Dr. Bentley —murmuró, su voz llevando la inconfundible nota de un desafío.

Él gimió, presionando un beso en su sien. —Ya sé que he perdido esta discusión, ¿verdad?

Juliette inclinó la cabeza, su risa suave y libre mientras el peso de su pasado se desvanecía. —Completamente.

Epílogo

El dispensario de Cannon Lane bullía con un propósito silencioso, el aire ligeramente perfumado con jabón y antiséptico. Aunque las filas de camillas y los gemidos ocasionales pintaban un cuadro sombrío, había un hilo persistente de esperanza en la sala.

La mirada de Alexander se posó en Juliette, tranquila y serena mientras le entregaba un frasco a un paciente anciano. Su silenciosa seguridad parecía aliviar la tos sibilante del hombre, sus palabras suaves estaban impregnadas de compasión.

—Dos gotas en agua, tres veces al día —instruyó gentilmente—. Le ayudará a respirar. La señora Anders se asegurará de que tenga suficiente.

Las manos frágiles del hombre temblaron al aceptar el frasco. —Gracias, señora Bentley —susurró con voz ronca, con gratitud iluminando sus ojos.

—Solo Juliette —corrigió con una suave sonrisa—. Está en buenas manos aquí.

El corazón de Alexander se hinchó. Lo que había comenzado como una curiosidad por parte de ella se había convertido en algo extraordinario. Se movía con tranquila seguridad, sus manos ágiles y sus palabras reconfortantes. Pertenecía aquí, entre las vidas que ayudaba a reparar y la esperanza que restauraba.

—El jarabe de marrubio se ha terminado —señaló la señora Anders.
Juliette asintió. —Necesitaremos más para la noche. Veré qué tenemos en la botica.

Entregando la bandeja a la señora Anders, Juliette se dirigió hacia la pequeña habitación lateral donde guardaban sus provisiones. Alexander la observó irse, luego la siguió, con la curiosidad tirando de él.

Pasó junto a Nell, que se movía entre las camas con una cesta de vendas, y palmeó el hombro de Jonathan mientras el joven llevaba carbón para el hogar. —Mantén el fuego constante —instruyó Alexander, ganándose un rápido asentimiento antes de continuar hacia la botica.

Dentro, Juliette se movía con determinación, sus faldas rozando el suelo fregado mientras escaneaba las filas de frascos cuidadosamente etiquetados. Los tenues aromas de lavanda, alcanfor y eucalipto se mezclaban en el aire. Alcanzando un frasco de polvo de raíz de malvavisco, midió el contenido con precisión practicada, su frente arrugada en concentración.

La luz se filtraba por la ventana de la botica, captando los mechones sueltos de su cabello. Alexander se apoyó contra el marco de la puerta, su mirada firme mientras la observaba moverse con tranquila confianza, una mujer completamente a gusto en su nuevo mundo.

¿Cómo había sido tan afortunado? ¿Cómo esta mujer extraordinaria, con su fuerza y compasión, había llegado a compartir su vida?

Los pensamientos de Juliette se desviaron hacia la paciente que acababa de dejar. La tos de la anciana había sonado como hojas quebradizas en un viento invernal, su respiración laboriosa y superficial. Raíz de malvavisco y olmo resbaladizo: calmarían la irritación en sus pulmones. Con mano firme, Juliette midió las raíces en el mortero y comenzó a molerlas hasta convertirlas en un polvo fino, el roce rítmico del mortero contra la piedra la anclaba.

El tenue aroma terroso de las raíces se elevó a su alrededor, mezclándose con las notas más agudas de alcanfor que persistían en la botica. Respiró hondo, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa privada. Esta era su vida ahora, una de propósito, llena de trabajo que importaba. Una vez, había sido la dorada señora de Harcourt Manor, envuelta en sedas y agobiada por secretos. Ahora, vestía un delantal empolvado con hierbas, sus días dedicados al servicio de los demás. La diferencia la llenaba de un orgullo silencioso e inesperado.

El suave clic de la puerta la sobresaltó, rompiendo su ensueño. Se giró bruscamente, su mano apretándose instintivamente en el borde de la mesa de trabajo. Alexander estaba justo dentro de la habitación, su presencia llenando el pequeño espacio mientras su mirada se posaba en ella con un peso que hizo que su pulso se acelerara.

—Alexander —murmuró, su voz traicionando su sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

Él se acercó, sus botas apenas haciendo ruido en el suelo fregado. Sus ojos nunca dejaron los de ella, su intensidad haciéndola sentir como si pudiera ver directamente en su alma. —Observándote —respondió simplemente, su voz baja y pausada—. Eres fascinante.

Sus mejillas se sonrojaron ante el calor en su voz. —Solo estaba preparando algo para la señora Croft —dijo, señalando hacia el mortero y el pistilo con una leve risa—. Nada extraordinario.

—Al contrario —dijo él, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa conocedora—. Has aprendido lo suficiente para aliviar el sufrimiento, Juliette. Lo suficiente para salvar vidas.

Ella parpadeó, su elogio tomándola por sorpresa. —Todavía estoy aprendiendo —protestó suavemente, sus dedos rozando el borde del mortero como para anclarse—. Hay tanto que no sé.

—Y sin embargo, has cambiado mi vida —dijo él, cerrando la distancia entre ellos. Su mano se alzó, apartando un rizo rebelde de su mejilla. El gesto era tan tierno, tan dolorosamente reverente, que su respiración se entrecortó.

—Alexander... —Su voz flaqueó mientras su pulgar acariciaba su mejilla, su toque dejando un rastro de calidez.

—Me asombras —murmuró él, su voz áspera por la emoción—. Cada día, más que el anterior.

Las palabras se asentaron entre ellos, pesadas de significado. Ella lo miró, su corazón retorciéndose al ver el orgullo en sus ojos, el amor que hacía que su pecho doliera. La botica, el dispensario, el bullicioso mundo exterior, todo se desvaneció a la nada. En ese momento, solo existía él.

Él la alcanzó sin vacilar, su mano deslizándose alrededor de su cintura para atraerla contra sí. Antes de que ella pudiera formar una protesta —o recordar el trabajo que esperaba más allá de la puerta cerrada— sus labios descendieron sobre los de ella en un beso que era a la vez tierno y resuelto. Era el tipo de beso que robaba el aliento y la razón, desarmando sus defensas con cada lento y deliberado roce de su boca contra la suya.

El mundo fuera de la botica se desvaneció. Las manos de Juliette encontraron su camino hacia su pecho, los dedos enroscándose en la tela de su abrigo como para anclarse contra el asalto de sensaciones. Cuando sus manos se deslizaron hacia arriba para enredarse en su cabello, Alexander gimió suavemente, el sonido vibrando entre ellos y enviando un escalofrío por su columna.

Cuando finalmente se separaron, sus mejillas estaban sonrojadas, su respiración irregular mientras presionaba una mano ligeramente contra su pecho. Sus ojos se dirigieron hacia la puerta, su voz teñida de diversión exasperada. —Alexander, alguien podría entrar.

Su sonrisa era completamente impenitente, las comisuras de su boca curvándose hacia arriba de una manera que hizo que su corazón diera un vuelco. —Que lo hagan —murmuró, su voz ronca y juguetona—. Solo confirmaría lo que ya sospechan: que estoy locamente enamorado de mi esposa.

Ella rio, un sonido cálido y sin aliento que llenó la pequeña habitación, incluso mientras intentaba mantener alguna apariencia de decoro. —Eres incorregible.

—Y tú eres divina —replicó sin vacilar, su voz suavizándose mientras apartaba un rizo rebelde de su mejilla sonrojada. Su mano se demoró allí, su pulgar trazando la delicada línea de su

mandíbula—. ¿Tienes idea de lo que me has hecho, Juliette? ¿Cómo me has deshecho por completo?

Su respiración se entrecortó, pero se obligó a empujar suavemente contra su pecho, con una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Lo que he hecho es distraerte de tu trabajo.

—Y aun así soy la distracción más feliz que jamás tendrás —respondió con un guiño, soltándola a regañadientes mientras ella se volvía hacia la mesa de trabajo.

Juliette alcanzó la tintura de manzanilla, sus dedos firmes a pesar de que su pulso aún latía por su beso. Mientras medía una nueva dosis en un frasco, sintió la presencia de Alexander detrás de ella, cálida y constante, como un hogar en una noche de invierno. No necesitaba girarse para saber que su mirada estaba sobre ella, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Alexander —dijo sin levantar la vista, su voz suave con diversión—. Si vas a rondar, al menos podrías hacerte útil.

—Soy perfectamente útil aquí mismo —respondió, su voz un rumor bajo entretejido con picardía. Casi podía oír la sonrisa, y fue todo lo que pudo hacer para suprimir la suya propia.

Se giró lo suficiente para captar su expresión —una mezcla de orgullo, adoración y desafío juguetón— y negó con la cabeza, su diversión suavizándose en algo más profundo. —Eres imposible.

—Imposible —repitió, acercándose y rozando brevemente sus labios contra su sien—, y tuyo.

Antes de que pudiera volverse, sus manos se deslizaron hasta su cintura, los dedos extendiéndose sobre la curva de sus caderas. Su toque era a la vez reconfortante y electrizante, encendiendo un fuego lento que la dejó sin aliento. La atrajo contra él, sus cuerpos alineándose con una facilidad que parecía inevitable.

—Alexander —murmuró, su voz una suave súplica, su respiración entrecortándose cuando sus labios rozaron el hueco bajo su mandíbula.

—Silencio —ordenó, su voz baja y áspera, la única palabra una caricia en sí misma—. He esperado lo suficiente.

—Has esperado desde el desayuno —bromeó, aunque su risa tembló cuando sus labios encontraron la curva de su cuello.

—Ha sido una eternidad —dijo, juguetón e impenitente a la vez.

El frasco que sostenía se deslizó de sus dedos, tintineando suavemente sobre la mesa. Sus manos, buscando equilibrio, encontraron sus brazos, sus dedos curvándose instintivamente contra el firme músculo bajo sus mangas. Su aroma —lino limpio y el más tenue toque de especias— la envolvió, embriagador, y sus pensamientos se disolvieron en él.

—Alexander —intentó de nuevo, su voz flaqueando mientras un escalofrío la recorría—. Estamos en el dispensario. Alguien podría...

—No lo harán —murmuró contra su piel, sus labios rozando su pulso en un beso que robó el resto de sus palabras—. Que esperen.

La giró en sus brazos, sus movimientos deliberados, como si saboreara cada segundo. Su espalda encontró el borde de la mesa de trabajo, la madera fría un fuerte contraste con el calor floreciendo entre ellos. Sus manos acunaron su rostro, sus pulgares acariciando sus mejillas con una ternura que hizo que su corazón doliera. Luego sus labios encontraron los suyos.

El beso no fue tentativo; fue una tormenta, deliberada y consumidora. Su boca se movía contra la de ella con una minuciosidad que no dejó parte de ella intacta, ninguna pieza de su resolución intacta. Sus dedos se aferraron a sus hombros, curvándose en los firmes músculos bajo su abrigo como si quisiera estabilizarse contra la avalancha de sensaciones.

Cuando su lengua se deslizó contra la de ella, persuadiendo y saboreando, un suave sonido involuntario escapó de ella. Él lo respondió con un bajo gruñido en su garganta; el sonido reverberando entre ellos. Sus caderas la presionaron más contra la mesa, sin dejar espacio, ni aire, ni barrera entre ellos. El crujido de sus faldas era indecentemente fuerte en la habitación silenciosa, su muslo deslizándose entre los de ella, la presión encendiendo un dolor insoportable.

—Alexander —logró decir sin aliento, su voz temblando—. No podemos... alguien podría...

—¿Realmente crees que me importa? —murmuró contra sus labios, su voz un delicioso susurro áspero—. Que esperen. Que espere el mundo entero.

—Eres insufrible —susurró, aunque sus manos la traicionaron al deslizarse para enredarse en su cabello, atrayéndolo más cerca—. Totalmente imposible.

—Solo por ti, Juliette —dijo con una mezcla de reverencia y burla—. Has reducido a un sensato hombre de medicina a la locura.

La besó de nuevo, lento y profundo, sus labios robándole el aliento. Cuando su boca dejó la suya, trazó un camino a lo largo de su mandíbula, bajando por la elegante columna de su cuello. Sus labios se demoraron en el hueco donde su pulso retumbaba, sus dientes rozando ligeramente. Su cabeza se inclinó hacia atrás, concediéndole acceso, su respiración viniendo en ráfagas superficiales e irregulares.

—Me vuelves loco —murmuró contra su piel, su voz baja y ferviente—. ¿Tienes idea de lo que me has hecho? ¿Cuán completa e irrevocablemente me has consumido?

Sus labios se curvaron en una débil sonrisa burlona incluso mientras sus dedos se aferraban a sus hombros. —Podría tener alguna idea —respondió, su voz temblando tanto de ingenio como

de deseo—. Pero continúa, Doctor. Me encuentro disfrutando de tu diagnóstico.

Sus manos vagaron hacia abajo, rozando su cintura encorsetada antes de encontrar la parte baja de su espalda. La atrajo más cerca, presionándola contra él mientras sus labios continuaban su descenso. —¿Diagnóstico? —murmuró, el calor en su voz enviando escalofríos en cascada por su columna—. El pronóstico es mucho más grave, mi amor. Me has dejado incapaz de pensar racionalmente, inadecuado para la sociedad educada, y completa y desesperadamente tuyo.

Su risa brotó, suave y sin aliento, solo para disolverse en un jadeo cuando sus manos encontraron los lazos de su corpiño. Con destreza precisa, los aflojó, exponiendo la delicada curva de sus hombros al aire fresco. La sensación la hizo estremecerse, pero el calor de sus labios siguió inmediatamente, presionando besos reverentes a lo largo de su piel.

—Alexander —suplicó.

—Di mi nombre otra vez —ordenó, su voz enronquecida por el deseo. Sus manos se deslizaron más abajo, levantándola sobre la mesa de trabajo con una fuerza sin esfuerzo. Sus faldas se arrugaron alrededor de sus muslos mientras él se colocaba entre sus piernas, su cuerpo un muro de calor contra el suyo.

—Eres imposible —murmuró, sus palabras disolviéndose en un suave grito cuando sus labios capturaron los suyos de nuevo.

—Y tú —dijo, su voz vibrando contra sus labios—, eres mi mayor debilidad. ¿Lo sabes? Tú, Juliette Bentley, me has arruinado.

—Yo diría que te he mejorado —contraatacó, su sonrisa temblorosa pero burlona—. Aunque debo decir que tus modales de cabecera son completamente escandalosos.

Él se rió, un sonido bajo y malicioso que envió calor en espiral a través de ella. —¿Escandalosos? Querida, esto no es nada comparado con lo que pretendo hacerte.

Su risa se mezcló con un suave gemido mientras sus manos exploraban, adorando cada curva. Cuando la atrajo cerca, sus labios murmurando su nombre contra su piel, ella se sintió deshacerse, su cuerpo cediendo completamente al suyo.

El tiempo se desvaneció, la botica se difuminó en una neblina de calor y deseo mientras él la llevaba al borde de la razón y más allá. Sus gemidos fueron ahogados contra su hombro, su nombre una plegaria en sus labios mientras se deshacía en sus brazos.

Después de un momento, ella se apartó ligeramente, con las mejillas sonrojadas, la respiración entrecortada y el cabello deliciosamente alborotado. Su corpiño, aflojado por las caricias anteriores de él, colgaba lo suficiente como para insinuar la pasión que habían compartido.

Intentó alisar su falda, pero el esfuerzo fue inútil—las arrugas y pliegues delataban su momento robado.

—Alexander —murmuró ella, su voz una mezcla de reproche y risa—. No podemos quedarnos. Alguien lo notará... ¿y entonces qué pensarán?

Él sonrió, completamente impenitente, su pulgar acariciando el rubor delator que teñía su mejilla.

—No me importa particularmente lo que piensen —respondió, su voz aún ronca, su sonrisa irritantemente juvenil—. Aunque me gusta bastante la idea de que sepan lo locamente enamorado que estoy de mi esposa.

Ella contuvo la respiración ante sus palabras, su corazón retorciéndose con un calor que no pudo reprimir, pero le lanzó una mirada significativa mientras se ajustaba el corpiño e intentaba una vez más restaurar el orden a su cabello desaliñado.

—Bueno, locamente enamorado o no, preferiría poder mantener la cabeza alta cuando salgamos de esta habitación.

Los labios de Alexander se curvaron en una sonrisa lenta y pícara mientras su mirada recorría su cuerpo, absorbiendo cada detalle desaliñado.

—Juliette, querida —dijo con voz burlona—, no hay persona viva que pudiera mirarte ahora y no ver a una diosa.

Ella le golpeó el pecho juguetonamente, su risa burbujeando a pesar de sí misma.

—Eres imposible, Alexander Bentley. Totalmente imposible.

—Cierto —asintió él, tomando su mano y llevándosela a los labios para un beso prolongado—. Pero me amas por ello.

La suave sonrisa afectuosa en sus labios contradecía su suspiro exasperado.

—Lo hago —admitió en voz baja, su voz cálida—. Pero por ahora, al menos intentemos hacernos presentables.

Él retrocedió ligeramente, con las manos levantadas en señal de falsa rendición, aunque el brillo travieso en sus ojos permaneció.

—Muy bien, señora Bentley. Me esforzaré por parecer la imagen de la propiedad... hasta la próxima vez que te tenga a solas.

Juliette sacudió la cabeza, sus mejillas aún sonrojadas mientras se movía para arreglarse el cabello y ajustarse el corpiño correctamente. Alexander la observaba con admiración sin disimular, su mirada suavizándose mientras el momento se extendía entre ellos.

Finalmente, le ofreció su brazo, una sonrisa burlona tirando de sus labios.

—¿Volveremos al mundo, o prefieres que te lleve directamente a casa para continuar esta discusión en privado?

Su risa llenó la habitación, ligera y sin restricciones, y por un momento, la botica pareció contener solo alegría. No fue hasta que alcanzó una botella de tónico que se calmó, el brillo juguetón en sus ojos reemplazado por algo tierno, algo nuevo.

—¿Juliette?

Ella rió suavemente, alisando sus faldas, y volvió a la mesa de trabajo. Sus manos se movieron instintivamente, alcanzando un pequeño frasco anidado en el estante superior. Alexander se apoyó en la mesa, observándola con una mezcla de admiración y satisfacción, su mirada siguiendo cada uno de sus movimientos.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando ella recuperó el frasco, su curiosidad despertada por el aroma ligeramente floral que emanaba de él.

—Hojas de frambuesa —respondió ella, sus palabras como un hecho mientras colocaba el frasco sobre la mesa—. Y ortiga.

—¿Otro de tus remedios? —preguntó él, acercándose. Extendió la mano para apartar un mechón de cabello de su rostro, sus dedos demorándose en su sien.

—Sí —dijo ella, su voz suavizándose—. Para fortalecer.

—¿Fortalecer? —Frunció el ceño ligeramente, su frente arrugándose—. ¿Qué paciente lo necesita?

Sus manos se detuvieron, y cuando encontró su mirada, sus ojos brillaban con calidez y tranquila certeza.

—No es para un paciente —murmuró.

Alexander inclinó la cabeza, su ceño frunciéndose más.

—Entonces... ¿para quién?

Ella sonrió entonces, una sonrisa lenta y radiante que envió una ola de anticipación a través de él.

—Es para mí.

Su mente trabajó para conectar los puntos, su mirada parpadeando entre el frasco y su rostro. Cuando la realización lo golpeó, contuvo la respiración.

—Juliette —dijo con voz arrastrada, su voz teñida de esperanza e incredulidad—, ¿estás diciendo...?

—Sí —interrumpió ella suavemente, su sonrisa ensanchándose mientras su mano se posaba sobre su abdomen—. Vamos a tener un hijo.

Por un latido, Alexander solo pudo mirarla fijamente, las palabras hundiéndose en él. Luego su expresión se abrió, una mezcla de alegría y asombro iluminando su rostro.

—Un hijo —repitió, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real.

Juliette asintió, sus propios ojos brillando con lágrimas contenidas.

—Sí.

Él la envolvió en sus brazos, levantándola del suelo mientras una risa —rica y sin restricciones — se le escapaba.

—¡Un hijo! —exclamó, haciéndola girar una vez antes de volver a dejarla en el suelo. Sus manos enmarcaron su rostro, sus labios capturando los de ella en un beso lleno de emoción abrumadora.

Cuando se separaron, su frente descansaba contra la de ella, su voz un susurro reverente.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Y tú —respondió ella, su voz temblando de emoción—, me has hecho creer en la felicidad de nuevo.

La besó de nuevo, su mano descansando sobre la de ella donde cubría su abdomen. En ese momento, la botica, el dispensario, las bulliciosas calles de Londres —todo se desvaneció, dejando solo la promesa del futuro que compartirían.

La puerta de la botica se abrió de golpe con una repentina ráfaga, el sonido haciendo eco en el pasillo silencioso mientras Alexander salía a zancadas, su rostro iluminado con alegría sin restricciones. Detrás de él, Juliette lo seguía, sus mejillas sonrojadas, su risa burbujeando incontrolablemente mientras intentaba ajustar sus faldas desarregladas.

—¡Alexander! —llamó, su voz una mezcla de diversión y exasperación—. ¿Tienes que...?

Él no se detuvo. Sus pasos se aceleraron al entrar en el dispensario, su voz cortando el silencioso zumbido de actividad.

—Todos —comenzó, su voz autoritaria suficiente para atraer todas las miradas—. Tenemos motivos para celebrar.

—Estamos esperando un hijo —declaró Alexander, su voz resonando con orgullo.

Un momento de silencio atónito dio paso a un coro de vítores, el sombrío dispensario estallando en una celebración inesperada. Enfermeras, pacientes y asistentes sonrieron y aplaudieron, su cansancio momentáneamente olvidado. Incluso la señora Anders, generalmente reservada, se adelantó con una sonrisa brillante, tomando las manos de Juliette.

—¡Oh, mi señora, qué noticia tan jubilosa!

Nell, de pie junto a una pila de sábanas frescas, dio un silbido agudo.

—Parece que el Dr. Bentley ha estado ocupado con algo más que remedios —bromeó, su voz provocando una ronda de risas.

Las mejillas de Juliette ardían, su mano apretándose en la de Alexander. Él la miró, sus ojos rebosantes de adoración.

—Estás radiante —murmuró, su voz lo suficientemente baja para que solo ella lo oyera.

—Y tú —respondió ella—, eres incorregible.

Él se rió, atrayéndola más cerca.

—Tal vez. Pero este es un momento que vale la pena compartir.

Mientras la habitación se arremolinaba con buenos deseos, la mirada de Juliette recorrió los rostros a su alrededor: la calidez genuina de la señora Anders, la sonrisa juvenil de Jonathan, la travesura irrefrenable de Nell. El dispensario, que una vez había considerado con aprensión, ahora se sentía como su hogar. Un lugar de vida, amor y promesa.

Alexander se inclinó más cerca, sus labios rozando su sien mientras susurraba:

—Me diste esperanza cuando creía que la había perdido. Ahora, juntos, haremos lo mismo por nuestro hijo.

Ella se volvió hacia él; su sonrisa radiante, su mano posándose sobre la de él.

—Sí —dijo suavemente—. Juntos.

About Violet Sinclair



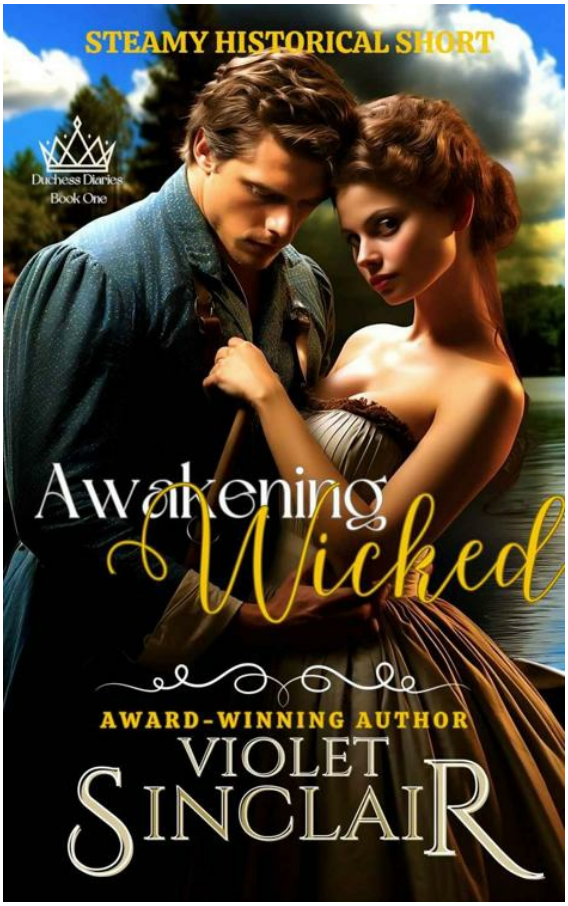
Violet Sinclair is your passport to a bygone era of passion and extravagance. With an insatiable love for history, she dives headfirst into the world of ballrooms, lavish gowns, and Regency England. When she's not jet-setting with her adventurous sons, you'll find her indulging in her true passion: crafting sultry tales of love and desire, all while basking beneath the Florida palm trees. Step into her world, where every word is a whispered secret and every story a tantalizing journey into romance's heart.

https://violetsinclairromance.com/

Also by Violet Sinclair

The Duchess Diaries Series

Awakening Wicked – Book 1

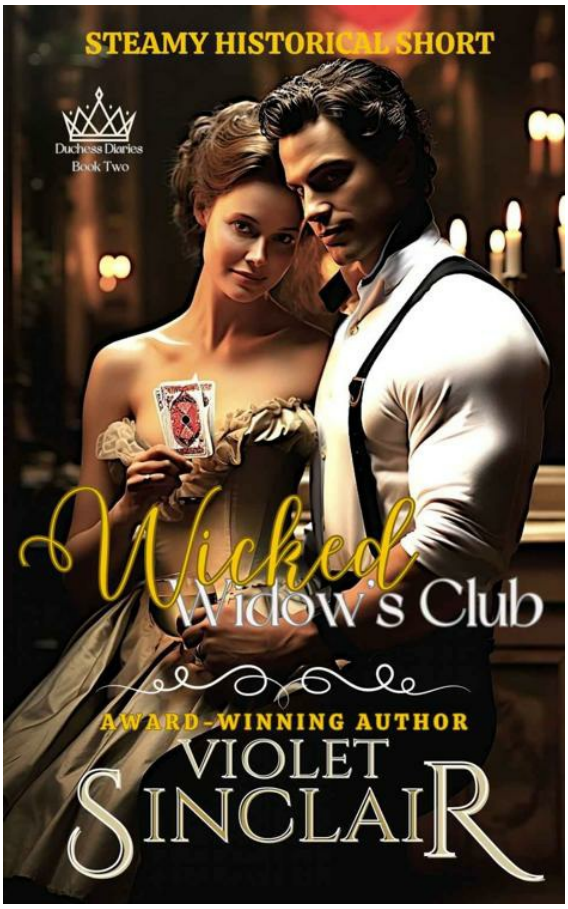


One year after the death of her husband, the Dowager Duchess of Devonshire gladly shed her mourning clothes. At six and twenty, Lilly is one of the richest and most influential young women of the ton. And quite possibly the most innocent of the widows. Finally free from her horrid marriage, one devoid of love, tenderness, and any kind of pleasure, the last thing Lilly longs for is the company of gentlemen.

Determined to show Lilly all the joys of being a widow, her oldest and dearest friend, Lady Anne, convinces Lilly to join her for the weekend at the Rycroft's infamous house party in Surrey. A weekend that promises to awaken a passion Lilly knows lays buried deep inside her. A desire that will put Lilly on her way to becoming one of the ton's most wicked widows.

The stage is set. The players are in place. What or whom will be next on Lilly’s list of awakening?

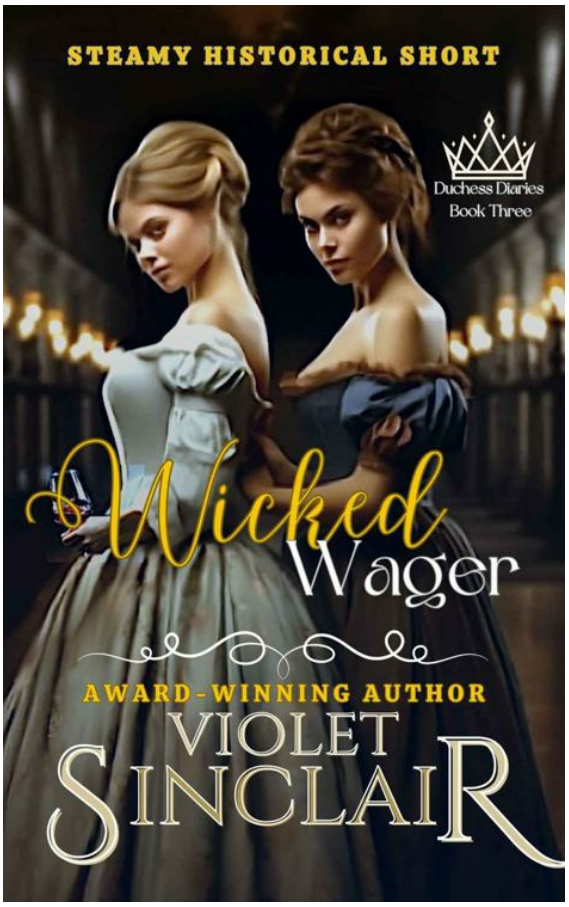
Wicked Widows Club – Book 2



The dowager Duchess of Devonshire's return to London high society is a fabulous one indeed when she accepts an invitation from Lady Pettiford to join an exclusive club of free women. The old countess runs the secretive Lady's Side, hidden behind the walls of the famed Whitterfield's gaming hell. Here the widowed women of the ton are free to pursue every pleasure—with their money, their desires, and most importantly—their bodies.

London's season of royal splendor and hidden debauchery is beginning. The ladies and gentlemen of the ton are flooding into town eager to mingle and posture, for gossip and scandal. Debutantes prepare to preen and attract proper husbands. And the Duchess has an agenda of her own. Awakened to her sensuality and sexual cravings, Lilly boldly explores new sensations and lustful fantasies in the pursuit of fulfilling her wicked list.

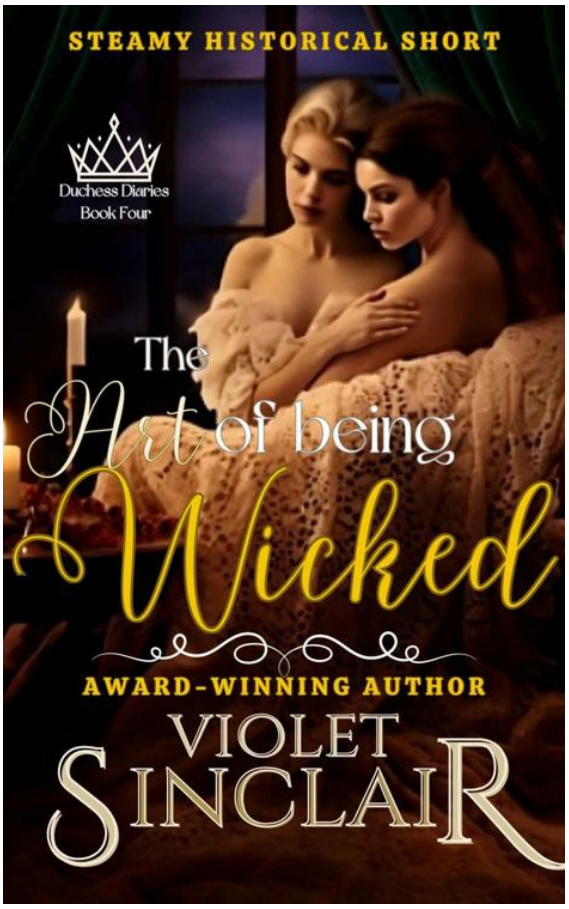
Wicked Wager – Book 3



In this third tantalizing installment of the Duchess Diaries Series, the audacious Lilly, the dowager Duchess of Devonshire, and Lady Anne embark on a daring game. The stakes are as scintillating as they are shocking.

The young and innocent Lady Jane has entered the scene. Intent on saving her from the potentially harsh realities of the marriage market, Lilly and Anne devise a cunning plan. They will test the mettle of Jane's suitors in a way only they can – through seduction. Each dalliance becomes a litmus test to eliminate unsuitable candidates and protect Jane from an ill-suited match. And an opportunity for these gorgeous widows to tally more gents off their scandalous lists and fulfill their wicked wager.

The Art of Being Wicked – Book Four



Behind the glittering façade of London high society, repressed passions smolder. When recently widowed Lilly, Dowager Duchess of Devonshire, receives a scandalous invitation, she's tempted to indulge her forbidden desires. But in this provocative world of illicit art and masked balls, embracing sensual freedom comes at a high price.

As Lilly's wanton adventures entangle her with her dearest friend and a seductive artist, she discovers that true liberation lies not only in unbridled pleasure, but in daring to be her authentic self.

A Hauntingly Wicked Eve – Book Five



When the enigmatic Marquess Blackthorn sends Lilly, the daring Duchess of Devonshire, an invitation to his notorious All Hallow's Eve masquerade ball, she cannot resist the lure of an evening cloaked in mystery and decadence. Venturing to the shadowy Ravenswood Hall with her trusted friend Lady Anne, Lilly finds herself caught up in a dizzying night of dark delights and unrestrained passion. But as ghostly whispers swirl through the manor's haunted halls, she begins to realize there are more secrets between these walls than she ever imagined.

After a passionate encounter with the Marchioness Blackthorn, Lilly becomes enthralled by a seductive masked stranger whose touch ignites her body like fire. She knows she should resist, yet cannot help surrendering to the raw, primal desire that consumes her. But is he truly flesh and

blood, or something far more dangerous? Trapped in a dizzying world of illusion and sin, Lilly must navigate the tangled passions of the living and the dead if she hopes to uncover the truth.

With shocking twists that will leave you breathless, A Hauntingly Wicked Eve is an erotic story alive with thrills and temptation. Let Violet Sinclair sweep you into the haunting, decadent world of the Duchess Diaries once more.

Uncover their sordid adventures and unexpected discoveries in a world where pleasure and propriety collide. The rules of society are about to be rewritten, and every reader will want an invitation to this ball.

A Very Wicked Highland Christmas – Book Six



Join Lilly as she discovers love, passion, and her true self in the enchanting halls of Glenmoor Castle this holiday season.

When hearts are as wild as the Highland winds, love knows no season.

This Christmas, Lilly's return to Glenmoor Castle is about more than holiday cheer—it's about seduction, secrets, and a second chance with the earl who still haunts her dreams.

Lilly never imagined that her widowhood would be filled with such... wicked intentions. With a list of suitors from her past to tempt and tease, she arrives at the frost-kissed Glenmoor Castle for

a Christmas she won't soon forget.

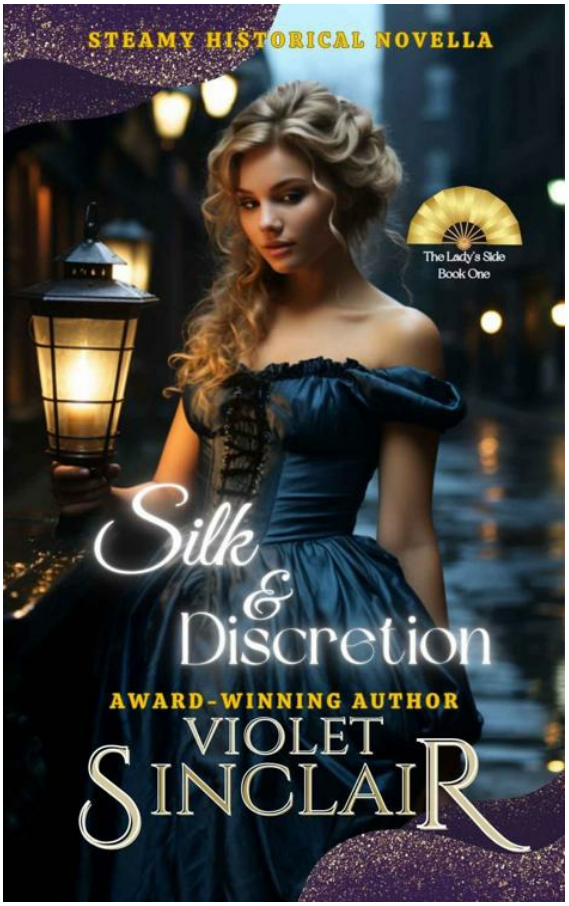
Graham, Earl of Crawford, is a laird bound by duty but yearning for love lost. When Lilly, the woman who once chose a title over his heart, reappears, their past passion reignites with the flicker of the Yule log.

As the Highland cold sets in, the warmth of newfound love blossoms, yet, with every stolen kiss, secrets of the past threaten to tear them apart. Can the magic of Christmas and the spirit of the Highlands heal old wounds and guide Lilly and Graham to a love that endures?

Step into the sixth installment of the Duchess Diaries, "A Very Wicked Highland Christmas," where the festivities are as intoxicating as the desire, and the spirit of the season may just bring the gift of love for those brave enough to unwrap it. Dive into the pages of this sizzling historical romance, where passion burns brighter than the Yuletide fires and love is as unpredictable as a Scottish storm.

The Lady's Side Series

Silk & Discretion – Book One



In the glittering world of Regency London, where whispers behind silk fans and closed doors can make or break a reputation, Lady Anne Hayworth finds herself at a crossroads. Widowed and longing for independence in a society that prizes male dominance, Anne's life takes a thrilling turn when she is introduced to The Lady's Side Club—a secret haven for the elite women of London.

"Silk & Discretion" is the first book in the captivating "The Lady's Side" series, where hidden desires meet daring actions. Within the walls of this exclusive club, Lady Anne discovers a

world where women defy convention and embrace their desires, free from the constraints of societal expectations.

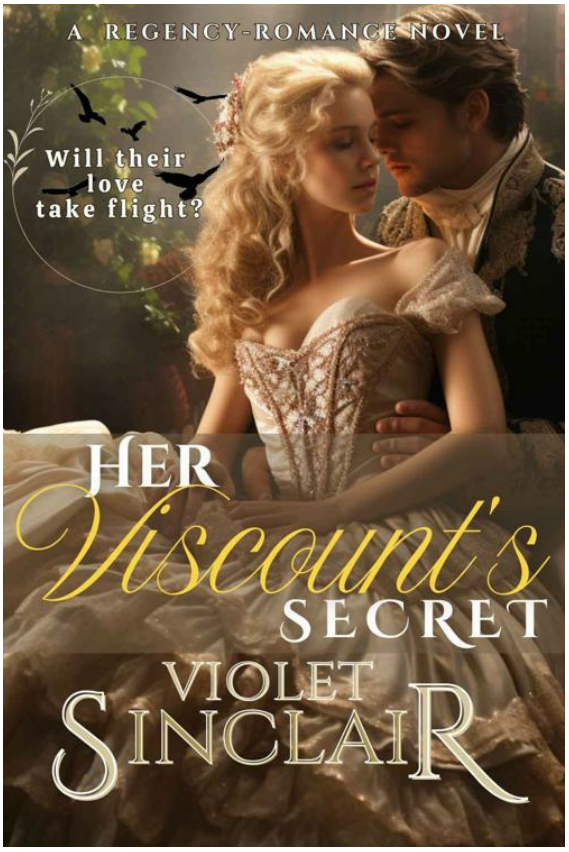
Haunted by the shadows of her abusive marriage, Anne’s journey to self-discovery is anything but easy. As she navigates the treacherous waters of high society, she must also confront her own fears and desires. When she crosses paths with Arthur Crowley, a man of mystery with his own scars, Anne finds herself drawn into a passionate awakening that promises liberation and love.

But with her newfound freedom comes danger. Rumors and deceit swirl around Anne, threatening to ruin her reputation and her newfound sanctuary. Armed with her wit, the support of the fiercely loyal women of The Lady's Side Club, and the unexpected affection of Mr. Crowley, Anne takes a stand for her future.

From the opulent ballrooms of the ton to the intimate gatherings of The Lady's Side Club, Anne’s story is one of courage, passion, and the quest for true independence. "Silk & Discretion" weaves a tale of sensual discovery, empowering friendships, and the unyielding strength of a woman determined to write her own story.

As alliances are forged and secrets revealed, Lady Anne Hayworth emerges as a beacon of hope and a trailblazer for women daring to challenge the status quo. Will she succeed in reclaiming her life and securing her heart’s desires, or will the weight of scandal and society’s expectations prove too much?

Her Viscount's Secret



In Regency-era England, Jane Seymour dreams of publishing her illustrations of rare birds, but societal expectations threaten to clip her wings. Enter Sebastian Westwood, the brooding Viscount with secrets as dark as his estate's shadowy corridors. When circumstances force them into a marriage neither expected, Jane and Sebastian must navigate a landscape of half-truths and hidden passions.

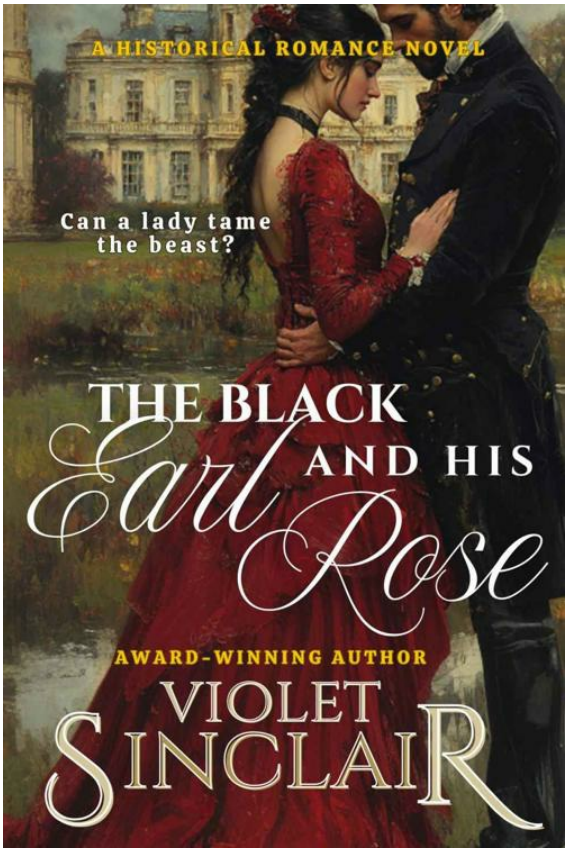
As Jane works to complete her magnum opus in the newly built aviary, she finds herself falling for the complex man behind the Viscount's mask. But Sebastian's past threatens to unravel their budding romance. With Anabelle, Sebastian's young ward, caught in the middle, Jane must decide if love is worth the risk of a broken heart.

Amidst the fluttering of rare birds and the rustle of sketch papers, can Jane and Sebastian build a

love strong enough to weather any storm? Or will the secrets of Westwood Manor tear them apart?

"Her Viscount's Secret" is a sweeping Regency romance that will captivate fans of Julia Quinn and Lisa Kleypas. With its unique blend of artistic passion, family secrets, and tender romance, this novel proves that sometimes, love is the rarest bird of all.

The Black Earl and His Rose



A Beauty. A Beast. A Love That Defies All Odds.

Lady Rose Sheffield has never quite fit into the mold of a perfect lady. With her sharp wit, cutting tongue, and a refusal to conform to society's expectations, she's always been an outsider in the world of ballrooms and polite conversation. When a scandal forces her from London, she finds herself in the untamed countryside, working for the brooding Earl of Ashbourne.

Henry Grayson, the Earl of Ashbourne, has earned the moniker "The Black Earl" for his reclusive and tempestuous nature. Preferring the solitude of his estate, he has little patience for society and even less for the fiery young woman who disrupts his peace. But Rose, with her fierce independence and unflinching spirit, stirs something in him he thought long dead.

As sparks fly between them, Rose and Henry must navigate a world where propriety and passion are at odds. In the wild countryside, they'll discover whether love can heal old wounds—or if their pasts will forever keep them apart.

The Black Earl and His Rose is a captivating historical romance filled with biting humor, deep emotion, and the undeniable chemistry between two souls who were never meant to fit in—but may have just found where they belong.